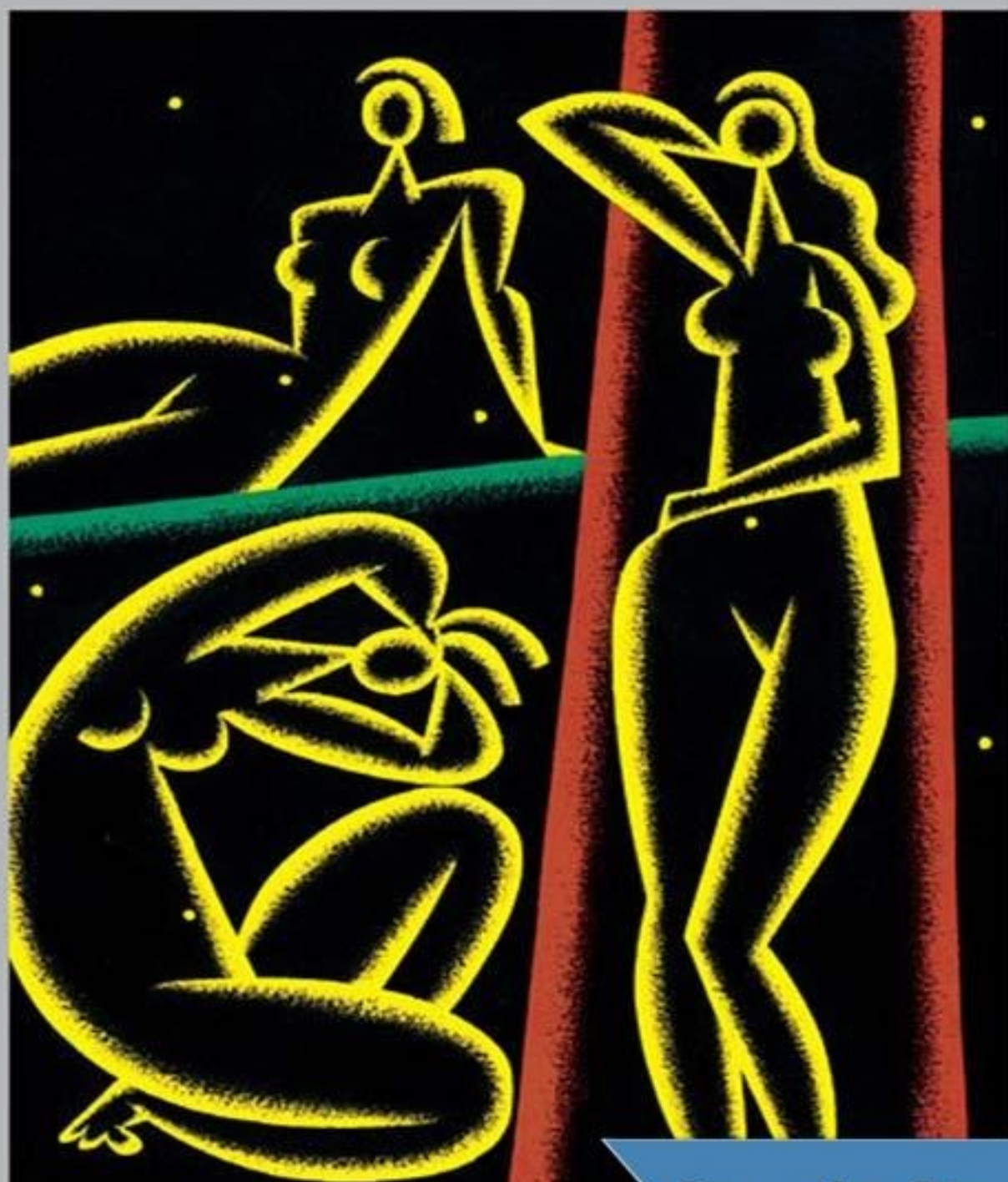


se

Luis Mateo Díez
El paraíso de los mortales



Lectulandia

Ésta es una novela de humor y misterio, es decir, divertida y misteriosa, en la estela más regocijante del autor de «La fuente de la edad».

A Mino Mera la vida no le sonríe: es un adolescente a quien su familia acaba de dejar en la ciudad, en un agosto t rrido y desolado, con media docena de asignaturas suspensas y el compromiso de recuperar el tiempo perdido.

Pero el teléfono puede sonar cuando menos se espera y, a veces, una llamada desvela un secreto que promueve una de esas aventuras que encaran nuestro propio destino y acaban haciéndonos comprender algo del posible sentido de nuestra existencia. A Mino Mera le aguardan dos días y dos noches entre desaforados vividores y locos maravillosos, que intentan compaginar el río del cuerpo y el mar de alma, sin que parezca importarles demasiado jugarse hasta las pestañas o venderle el alma al diablo.

El mundo de Luis Mateo Díez, dueño de un universo tan fascinante como exuberante, siempre poblado de personajes inolvidables, se extiende en esta ocasión a los paraísos de la ilusión y la juventud, a los placeres que perduran en las noches aventureras de la imaginación el sueño.

Lectulandia

Luis Mateo Díez

El paraíso de los mortales

ePub r1.0

Trilobites 14.01.2017

Título original: *El paraíso de los mortales*

Luis Mateo Díez, 1998

Retoque de cubierta: Trilobites

Editor digital: Trilobites

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Para Lucio Criado Placin y
Julio Álvarez Rubio*

1. Brumas

Mino Mera no sabía que su tío Fabio había estado tres días en el infierno. En realidad, hasta aquel trece de agosto ni siquiera sabía que tenía un tío de ese nombre, un hermano menor de su padre al que en casa jamás había oído nombrar.

El verano de Ordial resultaba tan caluroso que la familia de Mino decidió anticipar unos días las vacaciones. Su padre cerró el despacho la víspera de Santiago y esa misma tarde emprendieron el viaje hacia la costa de Albera, al hotelito de la playa de San Sindo, donde los veranos de la infancia de Mino tenían el color de las brumas matinales.

—Más de lo que te he dicho —repitió don Suero, con el gesto amargado que derivaba de la indignación y el disgusto, mientras recogía los últimos papeles en el portafolio— no te voy a decir. Del desastre estabas más que advertido y lo que no has hecho en el curso va a ser difícil que lo hagas ahora, pero allá te las entiendas. Tu madre, tu hermana y yo, no vamos a sufrir pensando que aquí te quedas: papando moscas, pasando calor o haciendo, al fin, lo que debes. Tú te lo has buscado.

Mino prefería los arrebatos de su padre a las amargas amonestaciones generalmente teñidas de pesadumbre y enojo, aunque alguna que otra vez esos arrebatos estuviesen acompañados de una bofetada que con frecuencia no le alcanzaba porque don Suero tenía muy mala puntería, tan mala que entre los peores recuerdos de su fugaz pasado de cazador se encontraba la muerte por la espalda del perro de un amigo.

—Ya sabes cómo organizar las comidas y las cenas —indicó don Suero, como si la mención de la intendencia fuese lo único que aplacaba la pesadumbre de saber que su hijo quedaba solo y a merced de sí mismo, lo que su mujer había aceptado muy a regañadientes, aunque compartía la indignación y el disgusto de su marido sin ninguna reserva—, y ya sabes que en la Academia Bernal en agosto el horario sigue siendo de nueve a dos y don Rito tiene órdenes estrictas de atarte corto y no andarse por las ramas.

La Bernal era la academia más dura de la ciudad y cuando a don Rito, que la dirigía desde su ingrato pasado de matemático echado a perder en unas oposiciones sacrificadas en el último ejercicio, tras una noche en blanco y una lata de sardinas en malas condiciones, los padres indignados le entregaban a sus hijos para que los atase cortos vengaba la herencia de aquella desgracia sin andarse con contemplaciones, ajustando las cuentas de cualquier error o distracción.

La puntería de don Rito era la del fusilero, no la del cazador fugaz. Algunas de sus bofetadas no sólo habían retumbado en los arcos de Torre Ontoria, la plaza en cuyo primer piso estaban las aulas de la Bernal, motivando la salida de los dependientes de las tiendas de abajo, a los que la costumbre había llevado a contabilizarlas en sus apuestas, sino que habían hecho vibrar, como un raro eco desnortado, la campana de la capilla de las monjas del cercano convento de Santa

Pita. En el barrio de la Torre las bofetadas del matemático se escuchaban con respeto, del mismo modo que sus gentes se compadecían del destino de aquel sabio malogrado tras una noche en blanco y una lata de sardinas.

Mino ayudó a la familia a cargar el equipaje en el viejo Ford, que mostraba palpablemente, sobre todo en las aletas delanteras, los efectos de la miopía de don Suero, y vio el rostro contrito de su madre, que todavía sacaba la mano por la ventanilla para indicarle el botón del cuello de la camisa a punto de desprendérsele.

—De lo que hagas o no hagas —concluyó su padre, mientras el Ford arrancaba con dificultad—, eres el responsable. Edad ya tienes para saber lo que te conviene.

Estaba claro que don Suero no iba a ceder ni un ápice de su autoridad, realimentada en la indignación de los cinco suspensos con que Mino había batido su propio récord, lo que preludiaba su condición de repetidor: la afrenta que ni siquiera doña Eda, su madre, podría moralmente soportar.

Los ojos húmedos de doña Eda, y el dedo de su mano que tras la ventanilla seguía indicando el botón desprendido del cuello de la camisa, mientras el Ford vapuleaba a los coches aparcados delante y detrás, fueron los signos más tristes de la despedida, los que arañaron el corazón de Mino, que en ese instante añoraba las brumas matinales y percibía, sustituyéndolas, la tiza que don Rito derramaba sobre el encerado con la fruición del matemático furioso.

El Ford culebreó por la calle Arienza, y Lila, la hermana de Mino, marcó su rostro con la boca abierta y la lengua fuera en el cristal de la ventanilla trasera haciéndole, a la vez, burla con las manos en las sienes. Era lo que menos podía importarle porque Lila, seis años más pequeña, había dejado de ser un estorbo con el que tropezaba en el pasillo para convertirse en un liviano fantasma de dudosa presencia.

A Moro, el amigo cinegético de su padre, dueño del perro fusilado, le había oído comentar en más de una ocasión, mientras don Suero le escuchaba paciente, con el débito y la mala conciencia del homicida, que los domingos a mediodía, en el paseo de la Gola, podían contabilizarse con exactitud los hijos de Ogino de las familias tradicionales de Ordial, todos ordenados en la alternancia de algún sospechoso plazo que, a veces, más que en hijos los convertía en nietos. Aquel comentario había inducido a Mino a una discreta investigación, ya que el asunto no quiso comentarlo con sus amigos y, solventada la misma en el correspondiente diccionario de la Biblioteca Silvela, tuvo la sospecha de que su hermana entraba en el cómputo dominical. La única vez que insultó a Lila, cuando todavía era un estorbo y no un fantasma, mentando la dudosa filiación, recibió las mejores bofetadas que don Suero pudiera propinar, dignas de alguien que hubiese afinado la puntería en el tiro al plato.

Lo primero que hizo Mino Mera cuando subió al piso, después de la despedida, fue asomarse al balcón que daba a la calle Arienza para comprobar que definitivamente el Ford había superado la distancia urbana que borraba su huella, lo que suponía que su padre se encaminaba a la carretera de la Cima para, en los casi

doscientos intrincados kilómetros a la costa de Albera, ir arriesgando la integridad familiar.

Sintió el aire cálido de la tarde como una caricia bastante desolada y no pudo evitar el negro pensamiento que revelaba la impericia del conductor, las manos indignadas de don Suero aferradas al volante como dos garfios mientras mantenía la obsesiva perorata sobre el hijo irresponsable, la voz de doña Eda suplicando que se callara de una vez, el viraje en las rampas más violentas del puerto del Cerval, la cara asustada de Lila que sacaba la lengua más de lo debido, casi tanto como los ahogados, y el Ford que se iba al fondo del desfiladero, hacia el río de los salmones carnívoros que aguardaban hambrientos.

En el piso se remansaba la calurosa penumbra que doña Eda le había encargado mantener, y en el salón el aroma de la cera fluía derretido, con los paños como baldosas improvisadas para surcar la tarima, entre la mole de los muebles cubiertos con fundas y sábanas, como si para preservarlos del polvo hubiese que condenarlos a la desaparición.

Fue en ese instante, después de cerrar el balcón y apurar el negro pensamiento en el que don Suero liquidaba final y fatalmente a la familia, demostrando, como bien se sabía, que el carnet de conducir lo había conseguido mediante cohecho, cuando Mino sintió una pena de luto, leve y melancólica, algo parecido al desánimo que destila el dolor cuando no conmueve, porque, a fin de cuentas, la orfandad provenía del abandono: sus padres y su hermana le habían dejado tirado en el mundo sin mayores miramientos.

Esa sensación promovía un vacío, nada ajeno a la disolución que alteraba su ánimo cuando observaba los libros de texto amontonados en la mesa de estudio de su habitación: los cuadernos esparcidos y la novela del Oeste asomando como el cuerpo del delito, con la mugre acumulada de los pistoleros del quiosco Ripalda, que disparaban sin desmayo y acertaban siempre en la frente de los colonos, hasta que llegaba el sheriff y ponía las cosas en su sitio.

2. Los platos rotos

La tarde se fue entre el desconsuelo y la abulia, sin que Mino llegara prácticamente a sentarse en la mesa de estudio ni a leer media página de la mugrienta novela.

Cuando los necrológicos pensamientos se borraron por completo, confiado en que

la impericia del conductor, a quien tantas veces había visto romper el faro y abollar la aleta al meter el Ford en la cochera, se compensaba con la avizorante prudencia de su segunda de a bordo y la cantinela de Lila, que solía entretenerse en los viajes advirtiéndole de los camiones que venían y repitiendo los insultos más cruciales de los conductores, se dedicó a recorrer la casa, pasillo y habitaciones, como el náufrago en la isla de su condena.

Mino Mera había tomado conciencia del fracaso que suponían los cinco suspensos, de la herencia desgraciada de un curso en el que, al menos, había tres acontecimientos que apoyaban su derrota, por mucho que no la justificasen, pero el pesar no superaba la convicción de que el mundo se confabulaba contra él, entendiendo el mundo en el más amplio sentido de la palabra: la vida en general y la condición humana en particular.

—Cuando a uno no lo comprenden —se decía, rebuscando en la mesilla de la alcoba de sus padres algún paquete de tabaco rubio de los que don Suero abandonaba siempre con dos o tres cigarrillos—, nada se puede hacer. Te creen tan poco que ni te ven, y cuando menos se piensa te pisan la cabeza.

Encendió uno mientras regresaba por el pasillo, donde la cera derretida se mezclaba con el aroma del alcanfor y la pátina olorosa de las hortalizas cocidas que fluía de la antigüedad de la cocina. No midió bien la primera calada y, como solía sucederle, del fondo de los pulmones se expandió la nube tóxica que hizo que su cabeza se extraviara un instante, y los pasos descontrolados desnivelaran su equilibrio, motivando que su mano derecha buscara amparo precipitadamente en la pared y derribara el jarrón de flores secas, que tanto apreciaba doña Eda.

Las flores se habían desparramado y el jarrón estaba roto en tres pedazos, tan proporcionados que hacían sospechosa su exactitud.

—No soy el primero —dijo Mino, observando los pedazos cuando logró inclinarse para recogerlos—, pero siempre me tendrán por el que rompe los platos, el culpable de todo lo que suceda, un roto para un descosido. Este jarrón estaba ya de las manos de mi padre, como hay Dios que con tantas dioptrías nada deja sano en casa, aunque jamás reconozca un destrozo.

Con el segundo cigarrillo la nube tóxica se difuminó dejando el rastro de una dulzura evanescente que apenas amargaba la nicotina, y Mino comenzó a reconciliarse con la conciencia del fracaso y a considerar, una vez más, los tres acontecimientos que auspiciaban su derrota.

Se había recostado en uno de los sillones del salón, sintiendo el frescor de la sábana que lo cubría, y se había servido una copa de la botella de coñac que su padre ocultaba al fondo del mueble bar, donde mejor podía zafarla de los invitados entendidos.

Los tres acontecimientos confluían desde el amor y la amistad y fluctuaban entre la mala suerte y el menosprecio. No tenía Mino una valoración muy alta de sí mismo, aunque con alguna frecuencia intentaba mentalizarse de que tampoco era un pobre

desgraciado, pero los dos rivales que habían zanjado a su favor la historia de las hermanas Bersite eran viejos camaradas del Club Montañero, habituales de los futbolines Torozo y alumnos repetidores del Colegio Odomino, donde recalaban los que habían perdido toda esperanza en cualquiera de los otros centros de Ordial.

Las gemelas Bersite le dieron a Mino dos pases, sucesivos y caprichosos, cuando después de tanto tiempo casi todavía no era capaz de distinguirlos, y lo dejaron clavado, mientras una y otra se iban con Berelo y Baltanás, echándole a perder los exámenes parciales después de la incruenta persecución a que las había sometido con los buenos oficios de Olirio, el primo de las gemelas, y Mario, su compañero de fatigas. De Berelo y Baltanás tuvo que soportar, en el Torozo, bromas de mal gusto, tomaduras de pelo y partidas perdidas hasta dieciséis veces, muchas en la última bola.

Las matemáticas, la física, la historia, el latín y la religión fueron cayendo en el primero y segundo trimestres; y en el tercero, cuando Mino se enmendaba y el recuerdo de las Bersite ya no tenía la aureola de aquella duplicada melena rubia que ondeaba en los sueños con la misma turbación que en los malos pensamientos, apareció Neva y Mario, el insobornable compañero de fatigas que había llegado a las manos con Baltanás defendiendo la esquilhada honra del amigo, se enamoró de ella con el mismo desgobierno que Mino.

Ya no se trataba de dirimir la lealtad o el amor, de lo que se trataba, después del oprobio de las Bersite, era de pillar a Neva como fuese, porque tanto el Club Montañero como el Torozo seguían sirviendo de caja de resonancia al gemelo fracaso amoroso, y Mino tenía el prestigio por los suelos y la autoestima disuelta. Amigos, amigas y compañeros de armas asistieron demudados e indefensos al duelo de los compañeros de fatigas, los vieron tras el rastro de Neva por el barrio de la Consolación y el parque de Candal, en los cines Esperanza y Prado, rotas las amistades y realimentado el rencor en lo que uno y otro consideraban una traición que no paliaba la rivalidad.

Neva resultó, a la postre, una más de aquellas chicas ajenas y misteriosas, que surgían de algún barrio que ellos no frecuentaban y volvían a desaparecer sin dejar el menor rastro, tras alguna efímera demostración de frivolidad. Mario la había acompañado alguna tarde y Mino, en el límite de la desesperación, le había hecho llegar una carta usando otra vez los buenos oficios de Olirio, que había dejado de hablarse con sus primas gemelas. En la carta proponía una cita a la que ella no acudió. Olirio acabaría confesándole más tarde que cuando fue a dársela no quiso cogerla y, al insistirle, la rompió y tiró al suelo.

La tarde que Mino esperó a Neva en los soportales del Prado llovía a mares y, cuando ya llevaba dos horas y había consumido todas las colillas de los cigarrillos robados a su padre, vio a Mario cruzar la plaza con la lentitud desorientada de quien viene hundido en el peso de la misma mojadura.

—No da el brazo a torcer —dijo Mino, recordando aquella desgraciada historia, en la que la imagen empapada de Mario resumía muy bien la mala suerte de la

amistad echada a perder—, y yo tampoco voy a darlo.

Mario era probablemente el único que subsistía como él en el verano de Ordial, con todas las asignaturas suspensas y la amenaza paterna de quitarlo del medio y llevárselo a trabajar a las Pañerías Balmano, donde el hijo díscolo tendría que atarse al mostrador y acabar buscando un futuro de viajante.

El tercer cigarrillo le hizo recuperar el suave desvarío de la toxicidad, que acumulaba también la segunda copa de coñac de la preciada botella de don Suero. Tenía previsto ir rellenando aquella botella con el contenido de las otras, convencido de que su padre mantenía en el gusto la misma mendacidad que en la vista, la coquetería que le llevaba a negar la necesidad de usar gafas o hacer observaciones gastronómicas que provocaban la burla de doña Eda.

—Matarratas... —musitó Mino, viendo las pavesas de la colilla sobre la sábana y expulsando el humo como una tromba azulada en la penumbra del salón.

3. Un secreto familiar

El trece de agosto cuando sonó el teléfono, Mino Mera estaba recostado en el mismo sillón, sobre el frescor de la sábana que lo cubría y que, en los días transcurridos, acumulaba la huella de las pavesas de las colillas y la suciedad de los zapatos.

La abulia de las tardes había segregado una masa polvorienta que atenazaba la penumbra, y la toxicidad de los cigarrillos ayudaba a recrear en su cabeza una difuminada fantasía de aventuras y perdiciones. La botella de coñac tenía la línea de flotación mucho más baja de lo preciso, en paralela proporción a las que le habían servido para rellenarla, y últimamente había recurrido a otras mezclas con anís y ponche.

Desde que le dejaron abandonado, el sentimiento de orfandad continuaba cobrando su dosis de indignación y menosprecio, y las sensaciones de disolución y ruina a que le conducía la conciencia del abandono sólo se paliaban en las horas de intendencia, la comida y la cena en el Bar Padormo, donde Herminia y Dolo, los dueños, se compadecían de aquel muchacho espigado y triste que remediaba el abatimiento aceptando cualquier capricho, y la copa y el tabaco que Dolo le suministraba sin que se enterara su mujer.

El teléfono repicó en el pasillo y Mino pensó que no era la hora de la llamada familiar, la intermitente requisitoria de don Suero o la lánguida amonestación de doña

Eda, pero apagó la colilla con menos cuidado que nunca y derramó el licor, que sumaba una mancha más en la sábana.

—Lo que me falta —se dijo, más inquieto que nervioso— es que al miope le dé por aumentar el control. Lo que un rícano no ahorra en conferencias lo invierte en quemarle la sangre al más pintado. En el puerto del Cerval se perdió la oportunidad de quedar huérfano de veras.

Descolgó el teléfono y el vacío de una larga lejanía le confirmó que sería la voz de su padre la que tronaría con la mayor amenaza, convencido de que, al fin, habría hablado con don Rito y éste le habría evaluado, con paralela inquina, el desastre de su aprovechamiento en la Bernal.

—Aquí la Eternidad —dijo una voz del más allá, que tenía un timbre musical y profundo.

El corazón de Mino dio un vuelco, aunque lo que acababa de oír no contribuía a librarle del sopor de aquellas horas, en las que los pistoleros del quiosco Ripalda apenas habían disparado tres veces. De suyo, la mugrienta novela que estaba leyendo desde hacía veinte días se mantenía en el mismo capítulo.

—Diga —musitó Mino, sintiendo en el paladar el amargor de la nicotina que la mezcla de ponche y coñac no borraba.

La voz repetía la procedencia de la llamada como si nadie pudiera dudar de que la Eternidad era una referencia con suficiente prestigio para que cualquier mensaje resultara atendido, y Mino Mera tuvo el presentimiento de que don Suero había culminado su faena con la familia, pagando mortalmente el cohecho de su carnet de conducir.

—Al habla Aníbal Meroy —aclaró la voz con mayor cercanía—. Es un triste deber el que justifica mi llamada, pero todos sabemos que hay que estar a las duras y a las maduras.

Mino repitió un diga todavía más desconcertado y el presentimiento encontró una temblorosa certeza en el triste deber que la voz anunciaba. Esa temblorosa certeza hizo que el auricular resbalara en su oreja y que la nube tóxica del último cigarrillo regresase como una bruma venenosa.

—¿Qué pasa? —inquirió con el agobio de quien se dispone a recibir la peor noticia de su vida, aturdido por el reflejo helado que vibra en el cristal de la Eternidad.

—Pasa lo que aquí nadie esperaba —dijo aquella voz que ahora sonaba cordial y explicativa—. En la Eternidad los fijos tienen las garantías lógicas de su hospedaje, aunque todos sabemos que nadie vive eternamente y que a quien Dios se la da no siempre San Pedro se la bendice. Nadie esperaba que fuese tan imprevisto, tan repentino. Una vida no tiene por qué ser un suspiro.

—No le entiendo a usted —acertó a decir Mino, recuperando la lucidez que, desde que se había ido su familia, tenía vendida al tedio y la holganza—. Me parece que se equivoca de número.

La voz no dudó un instante y sonó más rotunda:

—Igual no me explico como debiera —reconoció—. No sólo los amigos estamos consternados, la verdad es que en estos tristes momentos toda la Eternidad se siente compadecida. Fabio era un fijo y, al margen de los débitos, siempre cuantiosos, un pupilo de lujo.

—La verdad es que no le entiendo —repitió Mino.

—¿Usted sería tan amable de decirme con quién tengo el gusto? —inquirió entonces la voz con mucho interés.

—Soy Belarmino Mera.

—Mil disculpas —escuchó con más sosiego—. Es con don Suero Mera Fenar con quien necesitamos comunicarnos. Aquí en la Eternidad su hermano Fabio ha pasado a mejor vida, a la vida eterna propiamente dicha, y no hay noticia de familiar más cercano. Simplemente cumplimos con el doloroso deber.

—Mi padre —informó Mino sin salir de la sorpresa— no está en Ordial, toda la familia está de vacaciones en la costa.

—Pues la hemos hecho buena —consideró la voz como si hablara para sí misma—. Una vida no tiene por qué ser un suspiro, pero una muerte tampoco se improvisa, aunque nadie se muere cuando no le corresponde. Fabio se ha ido sin avisar, ésa es la verdad.

—Yo puedo llamar a mi padre —decidió Mino sin mucha convicción— y decirle lo que pasa.

—¿Usted es hijo de don Suero?

—Sí.

—Sobrino carnal por tanto de Fabio, el pariente más a mano salvo error u omisión.

—No conozco a mi tío —aclaró Mino con cierto nerviosismo, desconcertado por todo lo que poco a poco derivaba de la llamada y hasta temeroso de la misma— ni sabía que lo tuviese.

—Conocerlo ya no le va a ser posible —dijo la voz, acentuando la pesadumbre—, pero de él puede, y acaso debe, saber algo, al menos lo poco que todo ser humano merece. Fabio Mera Fenar yace aquí en la Eternidad y quienes lo velamos somos cuatro gatos, todos buenos amigos, por supuesto. De las exequias no hay nada decidido, aunque agosto es, como fácilmente se entiende, el peor enemigo de los muertos.

—Voy a llamar a mi padre —aseguró Mino.

—Hágalo —convino la voz—. El velatorio, ya le digo, tiene lugar en la misma habitación que Fabio ocupó estos últimos veinte años, en Ferrocarril número dos primero izquierda. Aníbal Meroy es quien tuvo el gusto de hablar con usted, aunque la penosa encomienda reduce el gusto a la mínima expresión, qué más hubiese querido yo que cantar el gordo de Navidad o felicitarle por la onomástica.

Cuando Mino Mera regresó al salón, decidido a recuperar la colilla y a beber un

trago directamente de la botella de ponche, intentó ordenar la cabeza antes de llamar a don Suero.

La existencia del hermano de su padre no cuadraba en ningún recuerdo ni en ninguna referencia más o menos sospechosa, no había nada que delatara esa existencia, ninguna suspicacia en la intención, secreta y siempre difícil, de ocultarla hasta el límite de la absoluta desaparición, al margen de las razones que para ello hubiese. Saberse dueño de un secreto familiar de tal entidad, desvelado tan casual y penosamente, reforzó, de entrada, la animosidad hacia su padre, como si la herencia de aquel abandono que padecía encontrara en la revelación razones más que suficientes para corroborar su condición mezquina.

—Nadie medianamente digno —se dijo, escupiendo una brizna de tabaco después de apurar la colilla— condena a un hermano de esta manera. O este Meroy es un chiflado o soy el hijo de un ogro que me tiene el aborrecimiento de haber cargado no las cinco asignaturas sino las cuentas de Ogino. Otro trago —decidió envalentonado— y me oye.

No estaba don Suero y doña Eda suspiró con la congoja de quien no puede contener la pena, como si la pena sobrepasara cualquier animadversión, porque la muerte siempre pone irremediamente las cosas en su sitio.

—Ese hombre —dijo entre sollozos—, ese pobre desgraciado, que habrá muerto como un perro.

Mino quedó desarmado ante la aflicción de su madre, pero le advirtió que quería hablar con su padre lo antes posible, que le llamara nada más llegar.

—Tu padre no tendrá nada que decirte —opinó doña Eda—, porque ese hombre no era nada para él, no era nada para nadie. A la abuela Mapa la mató a disgustos y el abuelo Tomé lo echó de casa cuando no había cumplido veinticinco años.

Hasta que dos horas más tarde volvió a sonar el teléfono y don Suero arrancó con una fuerte perorata sobre la responsabilidad de los estudios y lo que con ellos se jugaba para bien o para mal, Mino hizo un concienzudo registro en la habitación de sus padres, en el despacho y en los muebles del salón.

Recopiló todos los álbumes de fotos familiares y fue repasando las más antiguas: las de los abuelos, las de la infancia de don Suero, las del noviazgo de su madre. En ninguna encontró el rastro del hermano pródigo. Las imágenes infantiles de don Suero con los abuelos mostraban a un niño que podía pasar por hijo único, desfigurado el rostro por unas gafas desproporcionadas. Las imágenes juveniles de su padre y su madre no mostraban muchas compañías, y era fácil apreciar en ellas alguna reunión o excursión de amigos, siempre con don Suero mirando desde la impávida lejanía de las lentes de aumento.

—No he conseguido hablar de nuevo con don Rito —dijo don Suero tras la arrebatada perorata—, pero me temo lo peor. Si de las cinco no apruebas por lo menos tres, el curso que viene repites, pero en el Odomino, y ésa será la última oportunidad antes de buscarte un puesto de dependiente o mandarte de mancebo a la

botica de Saba, para que aprendas lo que es penicilina.

—Estoy estudiando —mintió Mino—. Estoy toda la mañana en la academia y la tarde aquí metido como un presidiario. No hay día que no me acueste con dolor de cabeza, porque para aspirinas no me dejasteis presupuesto, ya se lo he dicho a mamá. Lo que quería decirte es que llamó un hombre para hablar contigo, para decir que murió Fabio.

—No conozco a nadie de ese nombre —afirmó don Suero tajante—. No hay Fabios ni Fabias. En mi familia no existen los sinvergüenzas, a no ser que tú vayas por donde no debes y acabes donde no me importe.

Mino Mera reconoció su incapacidad para retomar la valentía que se había propuesto e informó de la conversación telefónica sin hacer comentarios.

—Te olvidas de esa llamada —ordenó don Suero taxativo—, y si vuelve a repetirse, cuelgas sin más. Nadie va a remover la vergüenza de lo que no existe, porque ni la muerte más mísera vale de paliativo. Aprieta los codos de veras y no te distraigas.

4. La Eternidad

La misma masa polvorienta que atenazaba la penumbra de la casa se adueñaba de la noche de Ordial y la atmósfera se enrarecía con el fuego que desperdigaba las cenizas.

No era una ciudad abandonada en la ruina de agosto, sino transportada al sueño de la mayor inmovilidad, cuando ya ni siquiera subsiste la respiración de los dormidos, porque en el sueño la vida pierde su voluntad y anticipa la costumbre de la muerte.

Al menos ésas eran algunas de las confusas sensaciones que lastraban la existencia de Mino Mera en las noches que habían precedido la de aquel trece de agosto, siempre sensaciones que no sabría expresar, emociones extrañas que desde el oscurecer alimentaban un melancólico abatimiento.

El sueño de Mino era un sueño lleno de inciertos presagios, donde la obsesión de sus suspensos y fracasos no solía tener cabida, apenas el temor incontrolado de un instante ante el encerado donde don Rito reprochaba su ignorancia. Sus desazones se prolongaban en la academia, cuando difícilmente lograba aislarse del ruido de los más impenitentes compañeros, y renacían en la soledad de las tardes con una fuerte carga de desaliento y amargura.

Cenó en el Padormo y aceptó el cigarrillo y el café que le ofreció Dolo, después de la recomendación de Herminia para que repitiera el postre, porque empezaba a advertir que estaba adelgazando y no quería que doña Eda llegara a pensar que no le habían atendido como es debido.

Muchas noches daba un paseo alrededor de la manzana, hasta el jardín de Arenta o la Colegiata. Otras subía directamente a casa decidido a repasar algo de Física o de Lengua, y acababa extraviado en la cabalgada del pistolero del Ripalda que, al fin, había secuestrado a la novia del sheriff.

Hasta llegar a la calle Ferrocarril, en el barrio de la Estación que, en su tramo más largo, enfrentaba las vías más cercanas, las que poco a poco iban quedando en desuso, con los vagones que ganaban el olvido en vez del desguace, fue Mino Mera convencido de que llevaba un rumbo ajeno, disimulando la voluntad de seguir o de variar mientras cruzaba el puente del Nega y se asomaba al río, que reflejaba en la noche el caudal de las estrellas en las aguas quietas.

No era raro que algunas de aquellas tardes y noches en las que dejaba resbalar los sentimientos por el conducto de la desidia, como si el desamparo le vaciara, comenzase a percibir una extraña emoción que aumentaba el desasosiego de saberse solo. También la ciudad estaba vacía, los pocos que en ella quedaban desaparecían en las horas más desoladas y en la noche ya no había nadie, lo que motivaba que en algunos de sus paseos hasta el jardín de Arenta tuviese la sensación nada grata de ser una especie de último superviviente. El único mendigo que en Arenta dormía su habitual borrachera, bajo el tilo más cercano a la fuente de la Aurora, se había ido la primera semana de agosto.

—Hay otro tilo, chaval —le había dicho sin levantar la cabeza del banco, cuando Mino atendió su petición de un cigarrillo y lumbre—, en la orilla del río Buria. Voy quince días desde hace diez años, porque cambias de sitio y mudas de costumbre, pero no de árbol: son los días que me lavo la cara.

Llegó a la calle Ferrocarril y le pareció que aquélla era la noche en que la ciudad estaba más esquilmada. La masa polvorienta supuraba el aroma de la carbonilla, y la mole de la estación ni siquiera conservaba la esfera del reloj luminoso: el ojo vivo de los viajeros insomnes y la única huella fiable del tiempo con que contaba Ordial.

El portal del dos tenía una luz mortecina. Desde la acera de enfrente espió Mino sin detenerse los balcones del primer piso, clausurados con esa determinación acorazada de las cajas fuertes. La oscuridad permitía apreciar la herrumbre de los herrajes y las contraventanas, una lepra nada distinta a la de los vagones de las vías muertas. Era un edificio de tres plantas sobre cuya fachada, al igual que en la de los vecinos, el humo y la carbonilla habían solidificado una costra de locomotoras y vapores sin horarios ni destinos.

Decidió cruzar la calle y sólo un instante, antes de entrar en el portal, sintió la zozobra de aquel rumbo ajeno que le llevaba fuera de la línea de lo que podía considerar las cosas corrientes de su existencia, donde todo estaba contabilizado, sin

que los deseos y las frustraciones supusieran otro impulso que el que habitualmente se anegaba en su intimidad, y donde no había más secretos que los que llenaban sus ensoñaciones.

Fue un instante en que el pensamiento de Mino Mera, tan embotado en la desidia del abandono, tuvo el resplandor mortecino de una bombilla que orientaba algo más misterioso, como si ese pensamiento todavía bastante aturdido pudiera forzar el impulso de su voluntad para que la vida subiese esa noche algunos impredecibles peldaños.

La puerta del primero izquierda tenía un letrero que anunciaba la Pensión Eterna, con la desvaída propuesta de estables y transeúntes. Debajo del letrero colgaban los restos de un amarillento cartón que mostraba una leyenda que Mino tardó en descifrar: «Ni vengas ni vayas», decía, «ni pidas ni recibas si no tienes y quieres». El timbre no funcionaba y los nudillos golpearon con excesiva timidez. Mino acercó el oído a la puerta y percibió el mismo silencio que ascendía del portal al rellano: la atmósfera mortecina donde todavía se respiraba el vapor de las máquinas de maniobras.

—Hay luto y no hay camas —dijo la mujer que abrió la puerta, antes de que Mino lograra mostrar siquiera su sorpresa—. Eterna está acostada y la cocina recogida, las cenas ya se sirvieron.

Era una anciana que mantenía entornada la puerta e inclinado el rostro, como si el peso que doblaba su espalda tampoco le permitiera alzar los ojos del suelo.

—Yo venía por lo del luto —acertó a decir Mino—. A casa llamó un tal Meroy, soy el hijo de don Suero Mera.

—El luto es privado y las órdenes que tengo, si es que no se me olvidan, es que nadie moleste el cadáver, y menos persona extraña. Aníbal ahora no está. Eterna sigue con la jaqueca dichosa, y las cenas, ya le digo, se sirvieron a su hora.

—Fabio es mi tío —afirmó Mino, mientras la vieja hacía un esfuerzo enorme por alzar el rostro.

—Qué buena planta y qué mirada ladina —musitó la mujer—. Uno de esos hombres que se pierden por gentiles y cariñosos. ¿Qué será de la Eternidad sin él? Si es pariente, como dice, vaya a velarlo, pero no me engañe que las órdenes que tengo son muy concisas.

La puerta abierta dejó ver un largo pasillo que se bifurcaba al fondo. En el vestíbulo había una lámpara encendida, el mismo fulgor mortecino y un olor de cocina y colada que no derrotaba por completo los vapores ferroviarios. La anciana caminó por el pasillo y Mino cerró la puerta dispuesto a seguirla. La afirmación de que Fabio era su tío había subido a sus labios con la inusitada naturalidad de lo que no se piensa.

—Ya no, ya no... —decía la anciana, cuyos pasos eran más veloces de lo previsible—. Ese galán ya no puede serlo porque muerto no es nada. Familia no le conocí, pero amistades muchas, amo res y deudas. No hubo seis de abril en el tiempo

que aquí vivió que no trajese la tarta de mi cumpleaños, alguna a cuenta de las mensualidades, bien es cierto, pero siempre con las velas precisas.

La anciana giró al fondo a la derecha y se detuvo un instante para indicarle con la mano izquierda, cuando Mino la alcanzaba.

—La última, allí reposa, en la misma habitación donde hizo de sus días sus noches.

La oscuridad resultaba casi completa, apenas paliada por el filo de algún resplandor en las puertas cerradas. Mino no tuvo tiempo de sentirse extraviado y superó la indecisión caminando por donde le indicaban, aunque todavía le acosó el pensamiento del rumbo ajeno que le estaba llevando donde menos podía imaginar. Le animaba saberse dueño del secreto familiar que tanto indignaba a su padre, la decisión de hacer de ese secreto su propio secreto, también la curiosidad por culminarlo con el descubrimiento de los restos mortales de un ser tan misterioso como desconocido.

—La última —indicó un hombre que asomaba a la puerta que Mino acababa de rebasar—. Lo que no puedo decirle es si Meroy habrá cerrado con llave, porque lo mejor es no fiarse. En la Eternidad hay de todo y un chivato cualquiera puede serlo, sólo hay que pensar en Judas y en la putada que le hizo al mismísimo Jesucristo. ¿Es pariente?

—Sobrino.

—Pues le acompaño en el sentimiento, porque Fabio me dejó a deber setecientas pesetas, pero un muerto no se deshonra por las deudas sino por los embustes que salen a la luz después de muerto y le cambian a uno la idea que de él tenía, aunque de todos es sabido que las del juego son sagradas. No llame, entre, si Meroy cerró es que se temía lo que cualquiera puede temerse.

El hombre le había alargado la mano sacándola por la puerta con más dificultades de las razonables y Mino se la estrechaba un tanto aturdido.

—De cualquier modo —dijo el hombre antes de volver a cerrar—, Meroy viene pronto porque algo habrá que hacer. Lo mío, ya le digo, fueron setecientas, apuesta arriba apuesta abajo.

De la puerta de la última habitación salía un fulgor tembloroso. Mino tuvo la sospecha, cuando se dispuso a abrirla, de que alguna otra había rechinado en la desvaída oscuridad del pasillo, lo que indicaba que alguien más habría asomado para espiarle. La puerta cedió con suavidad y el parpadeo de las lamparillas que flotaban en el aceite hizo que sus ojos flotaran inquietos en la penumbra, antes de que lograra cerciorarse de lo que tan precariamente iluminaban.

5. La carne del secreto

Las lamparillas navegaron ligeramente alteradas al cerrar la puerta. Estaban en dos vasos sobre la mesilla, a la izquierda de la cama, que ocupaba la mayor parte de la habitación. Al fondo de la misma había un armario y una ventana cerrada. Junto a la mesilla dos sillas y otra a los pies de la cama, al lado de un perchero del que colgaba un gabán que parecía la piel de un animal cazado en el invierno.

Mino Mera contuvo un instante la respiración y en seguida percibió el agobio de la atmósfera donde se mezclaba el aroma del aceite y el alcanfor con una rara emanación de perfume y medicina.

Había cerrado los ojos y volvía a abrirlos para comprobar que la sábana que cubría la cama, como las que cubrían los muebles del salón tan escrupulosamente preservados del polvo por su madre, también preservaba lo que debían ser los restos de aquel ser inexistente que acababa de llegar a su vida desde el aviso de su muerte. Era una sábana enorme que lo tapaba por completo, de los pies a la cabeza, como consumando su desaparición.

Dudó en alzarla para mirar el rostro del muerto pero no se atrevió. En realidad esa indecisión le molestó porque, al menos hasta aquel momento, el rumbo de los acontecimientos de la noche se sumaba no tanto a la voluntad de contravenir lo que su padre le había ordenado, como a la de dejar que todo fluyese con la libertad de un impulso, cada vez menos ajeno, que no quería remediar.

Le molestó la inseguridad que le imponía aquel oscuro hueco del mundo donde la muerte había encontrado un cobijo tan extremo, porque no deseaba reconocer que era el miedo y no el respeto lo que hacía que su mano temblara al acercarla a la sábana. El rostro del muerto sería lo más inminente del secreto que estaba haciendo suyo, y era imprescindible mirarlo, porque de los secretos sólo acaba uno adueñándose totalmente cuando los desvela y los guarda.

Las lamparillas flotaban en el silencio mortuorio de la habitación como vuelan las moscas desorientadas.

Mino se santiguó y se sentó en la silla más cercana a la cabecera de la cama. Intentó rezar pero no pudo.

La muerte irradiaba un miedo tembloroso que se aliaba con la inquietud de aquel cobijo que pertenecía a la intimidad de alguien que allí había guardado su ausencia al menos durante veinte años. El miedo también bordeaba la intranquilidad de una espera extraña, y la sensación de que alguien respiraba con mayor agobio en la misma atmósfera, como si el muerto hubiera cedido el eco del último suspiro para hacer más larga su despedida.

Mino Mera quiso convencerse del desvarío de sus figuraciones intentando de nuevo santiguarse sin lograrlo, porque ahora el temblor de la mano no se lo permitía. Escuchó una tos, un carraspeo y una tos seca y reincidente, pero no tuvo la voluntad ni la presencia de ánimo suficientes para considerar que el cadáver se había movido.

El tramo hacia la puerta era muy corto y la silla en que estaba sentado cayó al incorporarse, cuando de nuevo el carraspeo precedió a la tos y la sábana vibró sobre el bulto mortal, como si los muelles del somier hubiesen cedido.

—No logro calcularla... —dijo una voz en algún lugar oculto, cuando Mino ya alcanzaba alterado la puerta—. Trabajo me cuesta reconocerlo, pero me doy por vencido.

El hombre que salía de debajo de la cama tenía una afilada perilla y un brillo vidriado en los ojos.

Mino le vio incorporarse con esfuerzo a la altura del armario, y su volumen fue creciendo en la penumbra del espejo, de modo que por un momento tuvo la duda de si no era del mismo espejo de donde ascendía aquella sombra doblegada por las toses. Estaba envuelto en una capa y tardó en aliviarse de ella, sacudiendo el polvo y buscando un pañuelo para sonarse con estrépito la nariz.

—Uno ya no está lo fino que estuvo —reconoció decepcionado—. La metempsicosis requiere más soltura, no se puede acertar sin ejercitarla con pulso. Estos dedos ya no son lo que eran —afirmó mostrándoselos a sí mismo—, y en la concentración mental una polilla distiende lo que en su día no lograba un dolor de muelas. Es el declive de la edad y el paro, resignación.

El hombre se había quitado la capa. La sombra perdía el volumen de unas alas desplegadas y se reducía a un mástil ligeramente contrahecho. Colgó la capa en el perchero y todavía siguió sacudiéndose el polvo del pantalón.

—Eterna confía demasiado en Edesma, esa vieja polvorienta —aseguró—. Y no dude usted que la pelusilla de la Eternidad la incrementan las canas de quien barre sin tino. Esta pensión era un crisol cuando en el Teatro Celebrities debutó la compañía de Merlín Ceballos, un suceso, pero el declive es general.

Mino había recuperado la silla pero no se atrevía a sentarse.

—Siga, siga velando —aconsejó el hombre—. A los cristianos compete encomendar el muerto, aunque Fabio que se sepa no rezaba. Yo ya le digo que de la transmigración no puedo responder, y bien me duele. A Fabio el orfismo no le disgustaba como no debe disgustarle a cualquiera que sea un poco pitagórico. No ejercía de vegetariano, es verdad, pero en cada filete apreciaba el destino de un semejante, aunque las posibilidades de apreciarlo son muy contadas en la Eternidad. Yo, que sí ejerzo, me perdono esas contadas ocasiones, tampoco quiero pasarme de tropósofo.

El hombre alzaba la sábana a la altura de los pies del cadáver.

—Voy a pedirle un favor, si no le importa —requirió a Mino—. Es casi una chapuza brahmánica, pero como no estoy fino, me la voy a permitir. El alma transmigrada deja su recuelo en el cuerpo y las comprobaciones cabales son las que intentaba antes con tan inútiles resultados. Los dedos gordos de los pies son, en el orden fisiológico de la espiritualidad transmigratoria, los postreros, donde el alma aguanta para dar el último paso, algo que tiene una lógica casi simbólica, no me diga

usted que no. En ellos todavía se puede hacer un intento, si me ayuda.

Mino se acercó al hombre que ya había descubierto los pies. Las lamparillas tendían hacia ellos una luz trémula y aceitada que remarcaba su incongruencia, como si la muerte hubiera disuelto el resto del cadáver para preservar aquellas extremidades que albergaban el rumbo de un cuerpo en la vida que ya nadie, sólo ellas, indicaban.

Esos pies llenaron de congoja a Mino, porque eran lo primero que mostraba la carne de su secreto. Sintió que en ellos estaba el peso del destino de su tío Fabio: aquel ser inexistente que llegaba a su vida desde la muerte, que era un muerto familiar aborrecido y denostado. Los pies de Fabio parecían demasiado grandes, tal vez en la desproporción del cadáver disuelto, y Mino supo que comenzar a verlo desde ellos sería un modo de empezar a conocerle por la extremidad de sus huellas en el mundo, o por el límite donde su alma habría aguantado hasta el final, como decía aquel hombre que se disponía a cogerle los dedos gordos.

—No se me eche encima —suplicó—. Donde lo necesito es a la cabecera. Tiene usted que presionar ligeramente los párpados, al tiempo que yo lo hago en los dedos, cuando le dé el aviso.

Mino se movió atolondrado. La idea de alzar la sábana para descubrir el rostro del muerto y, además, posar la yema de los dedos en los párpados incrementó su temblor.

—No hace falta que lo descubra, con que los busque a tientas, vale —indicó el hombre con su despego profesional—. Se trata de compaginar la doble pulsión al mismo tiempo en ambos puntos sensibles: una chapuza brahmánica de la que el mismísimo Platón se descojonaría pero que, a veces, resulta. ¿Me los tiene usted a punto?

Los dedos de Mino rozaban la sábana sobre el rostro del muerto y detallaban la cavidad de los ojos con un temblor descontrolado.

—Cuando diga tres —advirtió el hombre—, presiona sin duelo. A Fabio ya no le queda nada que ver de este mundo inanimado. Por cierto, que no me ha dicho usted si es pariente o deudo.

—Sobrino —musitó.

—De Merlín Ceballos lo fui yo, del que llamaron el Mago de la Zamanda, íntimo amigo del de Logrosán, con quien buscó los Tesoros de Somiedo. Todos devotos de la Madame y del teosofismo y todos disciplinadamente transmigrados a donde ordena la Secta. Vamos a proceder, si le parece.

Mino Mera cumplió como pudo la solicitud de aquel hombre y las yemas de sus dedos se hundieron levemente en la cavidad que denotaba una frágil blandura bajo la sábana.

—Nada —aseguró el hombre con desánimo—, no hay nada que rascar. Yo juraría que el cuerpo está vacío pero no podría extender un certificado. Las almas son sustancias que es imposible calibrar a ojo de buen cubero, y las hay tímidas pero también inquietas y caprichosas. Empiezo a pensar que la de Fabio no tenía afanes transmigratorios y que se fue a lo suyo, allá donde le venga bien.

Se había dado la vuelta y acababa de chocar con el perchero donde estaban colgados el abrigo y la capa. Palpó el paño del abrigo y Mino, que le observaba atento y desconcertado, vio que el brillo de sus ojos reflejaba de pronto una atónita codicia, como si hubiera caído en la cuenta de algo imprevisto. Las manos del hombre rebuscaron con urgencia en los bolsos del abrigo.

—Era una idea vana pero no descabellada —reconoció en seguida—. Almas inquietas y livianas, o sencillamente retozonas, juegan al escondite y lo mismo les vale una prenda del dueño que la gaveta del escritorio. La habitación la tengo registrada, no se crea que las horas que llevaba debajo de la cama eran el trabajo de un iluso. La preocupación mía y de Aníbal —confesó recogiendo la capa— es que el alma tropezara en el cuerpo de alguno de los estables de la Eternidad, porque a veces no se mejora transmigrando, no crea usted que todo el monte es orégano: hay almas que pillan el cuerpo de un lisiado o de un pobre de espíritu, y en la Eternidad hay de todo.

El hombre alcanzaba la puerta y volvía a sacudirse el polvo.

—Pero siéntese usted, por Dios —pidió solícito, antes de abrirla para irse—, y vele tranquilamente. Aníbal no tarda. El cuerpo todavía flota en la nada de este mundo, está vacío, yo juro que está vacío. Y no se apene más de la cuenta: el alma de Fabio, haya ido donde haya ido, era hermosa porque Fabio jamás castigó el cuerpo que la contenía, siempre le dio lo que quiso, y ésa es la manera de que las almas se conserven incólumes.

Mino volvió a sentarse en la silla. El hombre había salido, pero en seguida abrió de nuevo la puerta y asomó la cabeza.

—No me presenté, no me lo tome por una descortesía —se disculpó—. Estaba tan a lo mío que no me enteraba. Soy Oscis, magia blanca, juegos de manos, malabares, faquirismo, variedades sumas. Lo que queda de la escuela de Ceballos.

Una de las lamparillas languidecía, pero el fulgor aceitado continuaba iluminando los pies que Oscis se había olvidado de cubrir.

Mino Mera escuchó un rumor precipitado en el pasillo, la voz de la vieja que le había abierto la puerta y otras voces y pasos. No lograba apartar los ojos de aquellos pies que habían traído y llevado por el mundo el alma de Fabio.

6. El sueño en el Edén

—Aquí se encomienda el alma y luego Dios dirá —ordenaba la vieja, que

acababa de abrir la puerta y hacía un decidido intento para sujetar a los que asomaban tras ella—. Eterna viene a rezar en cuanto le haga efecto el analgésico, la pensión es católica, apostólica y romana, todos los huéspedes están bautizados.

—Edesma, por lo más sagrado... —suplicaba la voz más reiterativa, tras la puerta que la vieja había logrado cerrar con más fuerza y resolución de la previsible—, que no es el alma, que es el mismísimo cuerpo.

—Avisáis a Aníbal —requirió, salvaguardando con su encorvada espalda la puerta en la que acababa de echar el pasador—, porque él mismo estuvo de acuerdo en el responso y el rosario y prometió que haría todo lo posible para que celebrara la exequia fray Baldovino de la Valdavia. Que Fabio no practicara no quita para que se le lleve como un bicho. Aquí se encomienda el alma porque en la Eternidad el que muere no se va con las manos vacías, como el mendigo de la esquina. Los Misterios Dolorosos como poco.

Mino se había levantado de la silla y observaba a la vieja Edesma que tardó un momento en darse cuenta de su presencia. La puerta estaba siendo vapuleada.

—Ésos no respetan el sueño de Fabio —dijo, con tanto enojo como pena—, y usted le pone al aire los pies y apaga la lamparilla. Los pies del muerto, querido amigo, son los del Crucificado, y las candelas ayudan a que los vivos aprendamos lo que de veras somos cuando nos llega la hora: a ver lo que ha de tocarnos. Mucha gaita y mucha sinfonía.

Edesma cubrió los pies del cadáver y encendió la lamparilla apagada antes de que Mino lograra abrir la boca. Los de fuera seguían suplicando y vapuleando la puerta.

—Si Fabio despierta —gritó Edesma airada, con tanta convicción que todos callaron—, se verá lo que un muerto puede hacer a los vivos que no lo respetan. La bulla no se consiente donde cayó el rayo de Dios: el que no esté de acuerdo que se vaya de la Eternidad, que aquí sobran pupilos y mangantes.

Del silencio emergió una voz más contemplativa.

—Edesma, por lo que más quieras —suplicó—, que es un asunto de vida o muerte.

—De vida imposible —opinó la vieja, que acababa de sentarse en la silla a los pies del cadáver—, y de muerte no hay más asunto que apiadarse y sufrir. Hágame usted el favor —requirió a Mino— de decirles que el Primer Misterio es la Oración del Huerto.

En la mano derecha de Edesma había un rosario. Mino fue hacia la puerta. Los ruidos exteriores sumaban un murmullo desalentado que se rompió con algunos pasos y la voz que alertaba la presencia de Aníbal y pretendía resumir atropelladamente algunas explicaciones.

—¿Hay alguien con la vieja? —escuchó preguntar Mino.

—El sobrino de Fabio —informó la voz que le había requerido desde una puerta del pasillo recordándole la deuda de setecientas pesetas.

Mino Mera accionó el pasador. Edesma rezaba encogida sobre la silla como un

ovillo que se devanaba con las cuentas del rosario.

—Si es su señor padre quien le envía —dijo el hombre que entraba, haciendo un esfuerzo para que nadie le siguiera—, es señal de que la ocasión la pintan calva. Soy Aníbal Meroy, que tuve el gusto de hablar con usted por teléfono. Le doy la izquierda —justificó extendiendo la mano que Mino Mera estrechó dubitativo—, porque la derecha la tengo privada. No soy manco en el sentido literal, pero con el índice y el pulgar la disposición y destreza no es la misma. Un ebanista al que se le va el santo al cielo cuando está en la sierra, es igual que un domador de leones que ofrece la mejor tajada al más hambriento.

Ciertamente, el hombre sólo tenía en la mano derecha los dedos índice y pulgar, discretamente salvaguardados en la manga de la chaqueta. Tras él habían logrado entrar otros dos hombres.

—Jurial y Molpe —indicó Aníbal, como si su presentación no necesitara más explicaciones, inclinándose en seguida para hacer una comprobación debajo de la cama—. Oscis ya se esfumó —les dijo—, y eso llevamos adelantado. Con que Eterna dé el visto bueno podemos ir a lo nuestro, siempre que Edesma no se pase de la raya. Su querido tío —le informó a Mino— era agnóstico pero, por encima de todo, complaciente y mirado. No vamos a consentir un feo que en vida hubiese sido impensable. Pero ahora lo más urgente es lo de su señor padre, porque tal como están las cosas hay que atar cabos.

Aníbal retiraba a Mino hacia un lado, mientras los otros dos hombres hacían cálculos y comentarios en los que no parecían estar muy de acuerdo.

—¿Habló con él tal como me dijo por teléfono? —quiso saber Aníbal.

—Mi padre —informó Mino, tan cohibido como avergonzado— no reconoce tener un hermano o, casi peor, aborrece que se lo digan, se pone furioso. Yo de esto no sabía nada, es la primera noticia de que tengo un tío que se llamaba Fabio.

—Bueno, bueno, no demos el brazo a torcer ni pensemos que el mundo se acaba. Las familias tienen sus pleitos y sus telares, un quítame allá esas pajas es, a veces, suficiente para que una suegra maldiga a la nuera o dos cuñadas se saquen los ojos. En las familias los instintos primarios campan por sus respetos, piense usted en la cantidad de bichos que se comen a las crías. Ahora de lo que se trata es de que Fabio repose.

Jurial y Molpe parecían haber llegado a un acuerdo. La vieja Edesma seguía con sus rezos.

—Está cubicado —dijo Molpe, cuando Aníbal se dio la vuelta hacia ellos—. Con menos rigor —indicó pellizcando sobre la sábana que cubría el cuerpo—, hubiera cabido en la pequeña, sin forzarlo. Ahora tiene que ser la grande y la furgoneta.

—Mientras antes despejemos —opinó Jurial— y antes lo hagamos, mejor. Hay por lo menos tres personas en la Eternidad capaces de vender a su madre.

—Hablo con Eterna —decidió Aníbal—, mientras convencéis a la vieja de que un Misterio basta. Y despejáis el pasillo. Si cada huésped está en su habitación la

Eternidad cobra la calma, mirones y espías mejor cerrados con llave. Usted —indicó a Mino— venga conmigo, le interesa conocer a Eterna y ella no nos perdonaría que no se lo hubiésemos presentado. Veinte años de la vida de Fabio tuvieron su favor, entendiendo que la vida de Fabio era libre y el favor de Eterna desinteresado. Una pensión es un mundo más pequeño que este donde se aloja la humanidad, pero de parecidas características, la única peculiaridad es que en la pensión se multiplican los solitarios. Eterna misma, que jamás sale, es la mayor solitaria del universo.

Algunos de los huéspedes que se arremolinaban por el pasillo simulaban participar en los rezos de Edesma. Aníbal y Mino cruzaron entre ellos. Al final del ala derecha el aroma a cocina y colada era más intenso y la oscuridad mayor. Meroy abrió y cerró dos puertas sucesivas y luego le indicó a Mino que tuviese cuidado con los escalones. Mino le escuchó golpear con los nudillos en otra puerta. No se veía nada.

—Si duerme, el mundo se resquebraja cuando vuelve del sueño —comunicó Meroy en un susurro— y, a veces, pierde el conocimiento. Si está despierta puede estar ensimismada, tan lejos del tiempo y de la vida como su nombre indica.

Se escuchó una voz o, al menos, Aníbal dijo escucharla y abrió la puerta con sumo cuidado. La impresión, en la penumbra que suavizaba el fulgor de una lámpara, era de un enorme espacio, como si el lecho que la luz hacía brotar en la lejanía y la figura que yacía en él, flotasen en una extraña inmensidad, confundidos en el vaivén de las olas que esparcían un olor de menta y espliego.

—Belisco lo sabe —dijo la voz de Eterna, que sonó en los oídos de Mino con una musical cercanía.

—No nos coge de sorpresa, no te preocupes —convino Aníbal Meroy—. Lo estamos disponiendo todo y en menos que canta un gallo entramos en acción. Sólo quería informarte y decirte que todo se hará como debe hacerse, que lo sepas.

—Oscis no tuvo suerte.

—A Oscis —opinó Aníbal— le falla la inspiración. Por otro lado, las almas no son los cuerpos. En tres horas, que es lo que pidió de remanente, ni movió el cuerpo ni calculó el alma. El último cuerpo que hizo desaparecer Oscis fue en el Circo Melquiades cuando todavía vivía Ceballos.

—Y el de su hijo, el pobre Crilo.

—Sí —reconoció Meroy, que llegaba a los pies del lecho de Eterna seguido tímidamente por Mino, que según se acercaba comprobaba que el lecho era extremadamente pequeño, lo que tal vez abonaba la impresión de que la estancia fuese tan grande—, el pobre Crilo, perdido en el éter con billete de ida y vuelta y sin que jamás regresara, menuda jugarreta. Un padre atribulado por la magia del transformismo y la desaparición, y un hijo víctima del truco y la incompetencia. Dios nos libre de las artes transmigratorias, sean espirituales o materiales, y de los hijos calaveras.

—No seas descreído, Aníbal, siempre hay esperanza en el misterio, la vida no

puede ser sólo lo que vemos y tocamos. Seguro que este joven que viene contigo está de acuerdo.

Mino asomaba a los pies de la cama, incapaz de decir nada. El lecho de Eterna tenía la cabecera dorada y su cuerpo reposaba en los enormes almohadones que lo sostenían como si en cualquier momento fuese a desplomarse. Era, en lo que se podía apreciar y adivinar bajo la colcha y las sábanas, un cuerpo liviano, frágil. Sin embargo en su rostro había una extraordinaria vivacidad: un fuego oscuro que vibraba en sus ojos como el resultado de una desatada fuerza interior.

—Es el sobrino de Fabio —dijo Meroy—, se llama Belarmino Mera. Ha acudido a rendir el tributo familiar que por otro conducto no parece muy propicio. Quería presentártelo.

—Lo conozco —afirmó Eterna—, Fabio me hablaba de él. El tío y el sobrino tienen la misma nariz y supongo que alguna semilla de lo mismo en el fondo del corazón. Si me das un beso en la frente no voy a encontrar hoy mejor consuelo.

Mino no parecía capaz de reaccionar y fue la presión de Aníbal, probablemente con el garfio de la mano derecha, la que le incitó a moverse y cumplir lo que Eterna solicitaba.

La lámpara iluminaba con un brillo de ópalo el rostro de la mujer, sobre todo su frente. Sintió la inminencia de sus ojos como una llama duplicada en el sueño de alguna de sus noches más secretas y la calidez de la piel de la frente como el recuerdo de una caricia que jamás contaría a nadie.

—Tu tío —le dijo Eterna, acercando su mano derecha a su mejilla— decía que eras un chico espigado y triste, con su nariz. Le recordabas a él a tu edad y adivinaba parecidos sufrimientos.

—No lo conocí —confesó Mino azorado—, ni siquiera supe que existía.

—Esta pensión lo tuvo de huésped veinte años —suspiró Eterna, reclinando la cabeza en los almohadones y cerrando los ojos—, y eso es casi una vida, si de veras la vida son los días y no las noches, ya que las noches de Fabio no eran de este mundo.

Los garfios de Aníbal volvían a presionar a Mino para atraerle, indicándole que tenían que irse lo antes posible. Eterna guardaba silencio.

—Todo se hará como debe —dijo Meroy—, tienes que descansar y no preocuparte.

—Es Belisco quien más me preocupa —musitó Eterna—. No es hombre que dé fácilmente el brazo a torcer. Lo sabe. Godo y Lubia están en ello, porque les llegó la noticia cuando el cuerpo de Fabio todavía no estaba frío. Y no se atenderá a razones: lo que es suyo es suyo y no hay precio que discutir.

—La familia está presente ahora en la persona de este muchacho —opinó Meroy—. La ocasión la pintan calva y al que madruga Dios le ayuda. Belisco tendrá que guardar el bisturí, las razones científicas, si por tales las tiene, que ya hay que ser transigente para así tomarlas, se estrellan con los vínculos y la voz de la sangre. Los

amigos garantizamos el reposo de Fabio.

—Su sueño —volvió a musitar Eterna con un rictus en los labios que denotaba dolor— es por lo que de veras hay que velar: por su sueño en el Edén.

7. Las cuatro cosas

Eran Jurial y Molpe los que transportaban la cesta por el pasillo, una cesta enorme, cuadrangular, de mimbre, con la tapa perfectamente cerrada.

Los curiosos que seguían los rezos de Edesma se hicieron a un lado y, cuando los transportistas entraron en la habitación y requirieron a la vieja para que diera por finalizados los rezos, ella no les hizo caso.

—Encomiendas el alma, y el cuerpo lo echas a perder —le dijo Molpe enfadado, pero la vieja se mantenía a los pies de la cama desgranando las cuentas del rosario con premeditada parsimonia.

Aníbal llegó seguido de Mino, dispuesto a dar órdenes tajantes: la primera despejar el pasillo, hacer que los huéspedes se fueran a sus habitaciones, eliminar testigos inútiles o enojosos.

—Ya oyó usted lo que contó Eterna —recordó, mientras Mino intentaba alcanzarle—. Godo y Lubia andan a la que salta como auténticos agentes de Belisco, el que no corre vuela. Fabio vivo no es lo mismo que Fabio muerto, el respeto que conlleva el temor y el carácter se transforma en absoluta falta de consideración y eso facilita los intereses bastardos.

El pasillo quedó despejado. Mino iba a entrar en la habitación, donde el rezo de Edesma no cejaba, y sintió que alguien le tocaba la espalda.

—No confíe más de lo debido, las deudas eran muchas y de los compromisos casi es mejor no hablar. Muchos ojos ven mejor que pocos y algunos sabemos tanto como los que se las dan de listos. Y le juro que no lo digo por las setecientas pesetas, Dios me libre: lo que pasa es que a fin de mes, quien más quien menos, llega apretado.

Meroy había logrado que la vieja diera por concluido el rosario.

—Atiende a Eterna que con la dichosa jaqueca no es capaz de dormirse —le sugirió— y, cuando nos vayamos, cierras a cal y canto. De Fabio lo único que sabes es que lo reclamó la familia.

—Nada sé que no sea que ese cuerpo gentil y galano ya no vendrá a darme los buenos días cuando venía a acostarse ni las buenas noches cuando se iba. El sol se puso en la Eternidad y no vuelve a salir mientras alguien lo iguale, cosa que yo no podré ver.

Jurial y Molpe abrían la cesta al pie de la cama y hacían los últimos cálculos y comprobaciones.

—No quiero llorarlo —decía Edesma, que se resistía a salir de la habitación—, porque no hay razón para que la gallina llore al pavo real. Me duele que la muerte no lo lleve en carroza, con todos los merecimientos de quien en vida hizo lo que le dio la gana. Nunca se olvidó de mi cumpleaños y jamás dejó de encarecerme la mantilla con que los domingos voy a misa. Ya no hay sol en la Eternidad.

Meroy le indicaba a Mino que la sacase de la habitación y Mino no sabía cómo. Edesma había guardado el rosario y se sonaba la nariz con el pañuelo. Fue hacia la

puerta y Mino la acompañó.

—Convenga usted conmigo —dijo, mientras enfilaba el pasillo con la espalda completamente doblada— que el mundo está mal hecho. No hay cosa en su sitio ni mentira que no se disfrace de verdad para que todo valga, revuelto y sin tino. Mal, rematadamente mal, con mucha gaita y mucha sinfonía.

Los lentos pasos de la vieja se perdían en la penumbra del ala derecha. Se detuvo un momento y su voz sonó más autoritaria.

—Vamos, no se quede como un pasmarote —ordenó a Mino—, alguien tiene que hacerse cargo de las cuatro cosas de Fabio. Madrina fui de su juventud florida —musitó con la misma parsimonia del rezo—, y guardiana de su granada muerte, porque en mis brazos lo hizo, solitario y silencioso, como habitualmente mueren todos los huéspedes de las pensiones, ya sean estables o transeúntes.

Mino volvió a cruzar la cocina y siguió a la vieja durante un tramo completamente oscuro.

—No se impaciente —la escuchó a dos peldaños de distancia—, porque el problema no es encontrar la llave sino abrir la puerta. La despensa de la Eternidad tiene el candado para que los estómagos maltrechos no le jueguen una mala pasada. Yo tengo el sueño leve y el oído fino, las dos condiciones del vigilante y, aun así, cuando vienen Nistal Pena y Fulvio Rosma, ambos de los Almacenes Moratinos, tejidos y novedades, me la dan con queso. El pillo y el zalamero juegan iguales cartas con la misma astucia.

En la oscuridad la llave encontraba dificultades para abrir el candado y la puerta. Cuando la vieja Edesma lo logró no pudo contener un suspiro de satisfacción. Mino entró tras ella. Una bombilla desnuda colgaba del techo como una más de las ristras de ajos. La bombilla no iluminaba la estancia, sólo derramaba un fulgor macilento sobre la multitud de bultos que amontonaban la intendencia.

—Si algo blando pisa —advirtió—, haga de tripas corazón, porque una lo que ya no tiene es la vista que tuvo. No hay en la despensa orden ni concierto, pero lo que se procura es que cada cosa esté donde debiera, como en cualquier ultramarinos. En los sacos legumbres, en la panera el pan, chacinas y embutidos en la mosquera. El que vendió la primogenitura por un plato de lentejas aquí pudo hacerlo.

En alguna incierta esquina, a la que Mino tardó en llegar porque Edesma se perdía en el desordenado arsenal y sólo su voz alertaba sobre su situación, tentó el cuadro de una puerta con las bisagras desnudas y escuchó los pasos que ascendían algunos escalones. En lo que debía ser un altillo rechinó otra puerta sobre las bisagras herrumbrosas. Algo parecido a una luz cenital, azulada y fría, se derramó en la oscuridad de los escalones como un puñado de escamas.

—Aquí mora la que menos pinta en la Eternidad —dijo la vieja Edesma con voz fatigada—, pero la que gobierna el día a día, que no es otro que la administración y el sustento. Fui niña pispá, jovencita casquivana, mujer de armas tomar y viuda revoltosa. Ahora lo que me queda es seguir viendo el afán de los huéspedes por

pasarse de listos.

8. La pobre pescadilla

La vieja estaba sentada en un jergón. La luz se azulaba en la claraboya que filtraba el resplandor lunar. Mino asomó indeciso.

—Cuando vino Malcientes —dijo Edesma que, sobre el jergón, parecía encontrar una postura más aliviada para su espalda—, ni la misma Eterna logró calarlo y, sin embargo, yo nada más mirarlo supe que no habría huésped de peor calaña en los anales de la pensión. Malcientes Moredo, cualquiera lo recuerda en los periódicos, aun sin haberlos leído. La mirada del protervo, la encarnadura del pérfido y los pies planos del que hunde en el mundo el peso de la mala fe. No tuve duda, pero también me la dio con queso. Sus crímenes ferroviarios campaban por sus respetos y en cada línea había un cadáver, con más o menos unto. Medio año de fijo y todas las sospechas que a una puedan caberle en la cabeza, pero jamás aquélla. ¿Usted recuerda el caso o es de los que no leen los periódicos ni escuchan la radio?

Mino se encogió de hombros, sin superar todavía la indecisión de entrar.

—Al menos sabrá quién era el hijo de Lumero, el de la Vidriera, un jovencillo que salió de casa a dar un paseo y no volvió nunca. Raptado y, como tal, desaparecido, sin más gaitas ni más sinfonías. Un mes y otro mes y Lumero pagando la cantidad que le exigían, cumpliendo los plazos con el mayor secreto. El mundo es de los malos porque los buenos nunca tienen la misma inteligencia.

La vieja se incorporaba con mucha dificultad. De debajo del jergón extrajo algo parecido a un sobre.

—Cuatro cosas le dije por decir —comentó con un suspiro que denotaba el esfuerzo—, porque con tres va que chuta. Fabio vivía en el límite de lo que no se tiene, y es que los hombres gentiles con la gracia y el donaire están servidos. Ésta es la carta de Dolina, la única que guardó de las seiscientas treinta y cuatro que había recibido. Todas las quemé en la cocina, según sus órdenes, y por lo que una percibe a la luz del fuego, todas sumaban la misma melodía: amores y disparates. La de Dolina le merecía el respeto de un dolor muy grande, no sé si de un amor de igual tamaño.

Mino tomó la carta y la mantuvo en las manos sin saber qué hacer con ella. La vieja arrastraba algo con esfuerzo.

—De igual modo Citino me pareció lo que acabó siendo —dijo cuando el pesado baúl quedó bajo la luz azulada de la claraboya—, porque si Malcientes fue el de peor

calaña en los anales, Citino fue el mejor huésped de la historia universal de las pensiones. Citino Sorado traía la bondad y el corazón en el muestrario y todo lo que caía en sus manos lo santificaba, de modo que la Eternidad se convirtió en un tabernáculo los tres meses que aquí vivió, y bajo su ejemplo y edificación se convirtieron Renero y Albusa, un blasfemador de tomo y lomo y una mujer de la vida a la que el vicio había dejado coja. Santo no de altar ni peana pero sí de condición, sin las gaitas y las sinfonías de los que canonizan en Roma.

Era difícil calcular lo que contenía el baúl. Edesma, arrodillada en el suelo había emprendido una desordenada rebusca en la que las manos intentaban palpar lo que la vista no percibía.

—Si me ayuda —solicitó sin mucho convencimiento—, a lo mejor damos antes con ello. Las armas de la fortuna lo eran lo mismo de la buena que de la mala, ya se sabe que el azar no establece compromisos porque es caprichoso. Fabio vivía resignado al albur de ese destino, que es como viven los jugadores. Más veces lo vi derrotado que ganador, pero siempre la misma sonrisa. Los pocos ahorros de una vieja a su disposición los tuvo.

Edesma rebuscaba cada vez con mayor desorientación, como si sus manos estuviesen tan erradas como sus ojos. Mino se había arrodillado a su lado e iba amontonando lo que ella le daba.

—Siga usted y no le importe ponerlo patas arriba —le dijo—, que se me está ocurriendo otro sitio. Ya le contaba que Malcientes raptó al hijo de Lumero, el de la Vidriera, un jovencillo que daba pena, una desdicha de chico, muy delicado, con un soplo en el corazón. Pues aquí lo tuvo, fíjese qué hazaña y qué desdoro para la Eternidad. En el armario de su habitación, echada la llave, o debajo de la cama, sacándolo a hurtadillas al retrete, hecho unos zorros el pobrecillo, hasta que, como era de prever, se le fue de las manos: muerto de asfixia o envenenado con las pastillas que le suministraba. Y yo que tan calado tenía a ese protervo no albergué sospechas, Dios me perdone. El cadáver lo sacó cuando quiso, y desnudo apareció en el tramo ferroviario de Santasmartas, donde Domingo el guardaguasas creyó que era un pescado que hubiese caído de alguna caja del mercancías, tan escuálido y deslucido estaba.

Edesma se había vuelto a sentar en el jergón.

—Era más lógico que lo guardara en el cajón de la mesilla —reconoció extrayendo algo envuelto en un periódico—, pero en el baúl están las cosas que más se aprecian: ajuares y regalos que ya ni se sabe quién hizo. Hay gente que desconfía de los baúles de las pensiones, allá ellos, yo sólo digo que la humanidad necesita guardar cosas en algún sitio y que nada nos iguala más a los seres humanos que aquello que dejamos, lo que queda de lo que fuimos: un pendiente, un collar, una camiseta, un mandil, una miga de pan.

Mino tomaba el pequeño envoltorio que Edesma le ofrecía. Había guardado en un bolsillo del pantalón la carta y comenzaba a sentir que las cosas de Fabio, que la vieja tan trabajosamente recuperaba, le llegaban como los objetos que legaba su secreto, lo

que el mar de su vida arrojaba como despojo a aquella escondida playa.

—Citino Sorado, San Citi en los anales de la Eternidad, aterrizó cuando vino en la misma habitación en que estuviera Malcientes, donde se produjo el milagro y la conversión de Renero y Albusa que, por cierto, se unieron en matrimonio como manda la Santa Madre Iglesia y todavía fueron padres de familia numerosa. A Citino se le apareció el chico de Lumero, la pobre pescadilla que Domingo había recogida en la vía. Una y otra noche la misma visión y un resplandor de escamas perladas. Yo ya sabía que Citi era santo, que ayunaba lo que don Marbo no hubiera imaginado, y eso que don Marbo fue el pensionista más ayunador de la Eternidad porque era estable sin pensión completa y por culpa del ruido de las tripas hubo que cambiarlo hasta seis veces de alcoba ante la queja de los huéspedes vecinos. Citi ayunaba por penitencia lo que don Marbo por necesidad, los santos se hacen de renunciadas no de precariedades. Ese pensionista tuvo un colapso y Oscis captó el alma que salía disparada como un cohete, igual que el reo huye de la prisión donde lo tuvieron a pan y agua. También las almas sufren la indigencia de los cuerpos, no vayamos a pensar que Dios hizo de material contrario la carne y el espíritu.

La vieja deambulaba por la habitación, iba y venía de frente al armario ante cuya luna se detenía un instante, como si intentara mirarse sin lograrlo.

—Arriba va a tener que subirse usted —dijo de pronto—. De las tres sillas, dos tienen una pata rota, pero no sé cuáles. Se sube con cuidado y lo comprueba.

Mino obedeció. La primera silla se fue a pique apenas puso el pie encima. La segunda le permitió sostenerse sobre ella con un peligroso equilibrio que lo dejó indefenso.

—Ande, ande, bájese —ordenó Edesma contrariada—. De tres oportunidades elige las peores y lo paga el mobiliario. Tenga esta que es la buena, y no me la eche a perder.

Mino comenzó a tantear el alto del armario. Subido en la silla sana tampoco las tenía todas consigo, las patas no parecían muy sólidas.

—A Malcientes lo detuvieron en el nudo ferroviario del Viral, dos crímenes después. Citi consolaba al chico aparecido que lloraba por el dolor de su padre y su madre en el mismo armario de su cautiverio, este al que está usted subido, porque cuando el santo se fue yo me lo traje como parte del tabernáculo. El día que detuvieron a Malcientes el chico dejó de aparecerse y San Citi hizo el milagro para que toda la Eternidad supiera que Dios bebía por sus vientos.

Lo que la mano derecha de Mino rastreaba no era posible determinarlo y, según escuchaba a la vieja, crecía su aprensión. Había algo parecido a una bola, acaso el ovillo de una madeja, cajas de cartón, las cuentas diseminadas de un rosario, cuadernos, las cubiertas de un libro, pequeños objetos sin identidad, una capa de polvo espesa, como musgo reseco.

—Si lo que hace es revolver —dijo Edesma de nuevo contrariada—, estamos aviados. Así no hay modo y, además, acabará rompiéndome la única silla que queda

sana.

—Es que no sé lo que busco... —acertó a decir Mino.

—Lo que no se sabe no hay más remedio que preguntarlo, caballero. Buscamos lo que Fabio más quería y no hay ninguna razón para que yo lo haya puesto ahí arriba, entre otras cosas porque no recuerdo cuando subí la última vez. Baje usted con más cuidado que subió, no vayamos a accidentarnos. Son demasiadas las cosas que una tiene en la cabeza.

Mino obedeció y retiró la silla.

—Abra el armario —ordenó Edesma—, verá la reliquia de San Citi y el calabozo de la pescadilla.

La puerta del armario rechinó y el espejo movió la penumbra azulada donde las figuras de Mino y la vieja se disolvieron como dos fantasmas de vidrio. La oscuridad era absoluta en el interior y daba también la impresión de un vacío total.

—De la percha cuelga la chaqueta del santo y en el bolsillo derecho de la misma está el pañuelo con la sangre que un día le manó de la nariz. Acuérdate de nosotros pecadores —rezó la vieja, mientras se santiguaba—, en el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo, amén.

Mino se asomó al interior.

Olía al vacío que deja la desgracia y el sufrimiento de los cautivos, al sudor y la pena de su amargura. La oscuridad, sobre la que colgaba la reliquia, abría el vértigo de una profundidad insondable, como el pozo donde persistieran el miedo y los malos sueños.

—Vimos al chico por el pasillo —dijo Edesma con la misma unción de sus rezos—, y lo llevaba de la mano Citino como quien va de paseo. La misma orla dorada para cada uno, igual que en los milagros de las estampas. Lo acompañó hasta la puerta y allí se despidieron como dos tarsicios. A Citino ya todos lo teníamos por santo y, quien más quien menos, había acudido con el dolor de muelas o la dichosa úlcera. La pescadilla daba tanta misericordia y tanta pena que desde entonces yo misma, sin encomendarme a Eterna ni a nadie, suprimí para siempre las de ración, sin atender siquiera a los huéspedes que hacían régimen.

Mino cerró la puerta del armario. El olor de la desdicha rezumaba la acritud del pescado descompuesto.

—Abra, abra —reaccionó Edesma—. En el bolso de la chaqueta de Citi está lo que falta de Fabio, ahora mismo caigo en la cuenta.

Era un vulgar papel doblado y, antes de alcanzarlo en el fondo del bolso donde indicaba la vieja, Mino no pudo evitar el arrugado roce del pañuelo con el que el santo se había aliviado la sangre de las narices.

—Lo que Fabio más quería era lo más valioso que nunca tuvo —dijo Edesma, emprendiendo el camino hacia la puerta—. Lo que pasa es que no siempre lo que más se quiere se puede tener, porque hay días peores y mejores según la fortuna o, de otro modo, según la suerte del que se juega las pestañas.

9. Almas hambrientas

La vieja cerró la puerta tras él y Mino Mera sintió que la oscuridad era la dueña de un desorden que ella gobernaba con la misma pericia que administraba la pensión.

Eterna debía morar en el más allá de sus recuerdos y enfermedades, un cuerpo tendido como una pluma en un lecho enorme, y Edesma iba y venía sin rumbo ni sosiego, pero con el mando de lo que la Eternidad necesitaba para subsistir. Era como ese segundo de a bordo que exime al capitán con el beneplácito de la tripulación.

Bajó los escalones y se percató de que todavía llevaba en la mano derecha el papel rescatado del bolso de la chaqueta del santo y en la izquierda el pequeño envoltorio que tenía un peso ligero. En el bolsillo había guardado la carta, la primera de las cuatro cosas de Fabio que la vieja había mencionado, y que al fin se habían quedado en tres. Lo guardó todo y tanteó en la oscuridad para alcanzar la entrada a la despensa, a donde no era difícil llegar siguiendo el rastro del agobiado aroma de la intendencia.

La bombilla que colgaba entre las ristras de ajos estaba apagada y el arsenal parecía expandir su confuso dominio como la bodega de un buque de cuyas mercancías ya nadie tiene memoria, o el almacén de coloniales que no encontró destino en ninguna herencia. Cruzarlo suponía arriesgar el rumbo, pisar algo blando, como había advertido la vieja, o extraviarse entre la multitud de sacos y bultos.

Lo primero blando que pisó Mino fue algo vivo que produjo un grito de susto y dolor, inmediatamente seguido de una maldición. Alguien se arrastraba por el suelo y una voz muy cercana pedía silencio.

—¿Qué fue? —se escuchó con más curiosidad que temor.

—La mano —dijo la voz dolorida—, acaban de aplastármela.

Mino se quedó inmóvil. La primera sensación era de haber pisado un roedor, pero la alerta contenía su respiración con el temor que advertía el peligro. Las voces surgían casi a su lado.

—Se te habrá caído algo encima.

—Ha sido un pisotón.

—Entonces no estamos solos.

—La vieja no es.

Mino tuvo la intención de descubrirse pero no le dieron tiempo. Los cuerpos comenzaron a reptar por el suelo y presintió que se alejaban. Se atrevió a dar unos pasos, con el rumbo completamente perdido.

—¿Morgado? —llamó una de las voces—. ¿Eres Morgado?

—¿Creto? —inquirió la otra—. Somos Benurio y Tito, tenemos la llave del candado de la mosquera.

—No cantes los nombres, zoquete —pidió la primera voz sin respetar el sigilo y con patente indignación—. Ni Alí Babá sabía el apellido de los suyos. No le hagáis caso, quiere disimular, somos dos transeúntes de Villallera, perfumistas.

El silencio hizo más densa la oscuridad. Las voces sonaban desnortadas, sin que Mino lograra determinar de dónde surgían.

—Vamos —incitó Benurio—, que no hay demasiado tiempo, que la vieja no tarda más de una hora en hacer la inspección. Si eres Tolindres te decimos dónde están las mantecadas.

—Soy Moreno —dijo una voz que parecía sonar en el techo, entre las ristras de ajos—, y vine solo, pero me parece que hay alguien más. Me subí a la viga porque oí algo raro.

—Debe ser Tolindres —reconoció Benurio molesto—, porque con tal de no repartir es capaz de no decir ni pío.

—No soy Tolindres —dijo otra voz temblorosa y lejana—, soy Pesto, pero como hay Dios que no le pisé la mano a nadie.

—¿Dónde conseguiste tú una llave, Pesto, si puede saberse? —inquirió Tito alzando la voz más de lo debido y sin disimular su enojo.

—Vine detrás de vosotros, me colé cuando entrasteis.

—¿Solo?

—Con Tiba.

Mino había decidido sentarse. Lo hizo con mucho cuidado, tentando la arpillera de un saco.

—¿Es que también está esa granuja? —preguntó Tito indignado.

—Esa granuja —dijo la voz de Tiba mientras masticaba— tiene como poco el mismo derecho que el último mono, y el último mono de los fijos, como él mismo reconoce, es Bandrián, ¿a que sí, Bandrián?

—Sí, señora, el último por orden de aparición en escena, como dice Oscis.

—¿Qué comes, Tiba, si puede saberse? —inquirió Benurio.

—Panceta.

—¿Es que habéis abierto la mosquera?

—Estaba abierta.

—Imposible. Jamás la vieja cometería ese error. Duplicar la llave de la mosquera fueron tres años de tira y afloja.

—La abrí yo —reconoció una voz que también bajaba del techo.

El arsenal había dejado de ser la bodega de un buque abandonado y los murmullos alteraban el olvido del almacén de coloniales que nadie quiso heredar.

—¿Cómo pudiste abrirla, desgraciado? —quiso saber Tito.

—La forcé —confesó la voz.

—Maldita sea tu estampa —gritó Tito—. Ahora en la Eternidad los hurtos son atracos y los descuidos extorsiones. ¿Qué rama viajas, sinvergüenza?

—No viajo, soy factor.

—Peor me lo pones, ése es un cargo de responsabilidad mercantil. ¿Es que te dedicas a desvalijar bultos en Consigna?

—No os metáis con él —pidió otra voz en las alturas—, que es primo mío.

—¿Primo tuyo, Marcial? —inquirió Benurio escandalizado—. En la pensión no tienes primos que se sepa.

—Lo traje de excursión, Benurio, no seas plasta. ¿Cómo piensas que vive una familia numerosa, por muy factor que sea el cabeza de la misma, si además tiene a su cargo suegros y cuñada?

—Ahora resulta que la Eternidad es la Beneficencia —dijo Tito—, yo tenía entendido que los ferroviarios van al Economato.

La discusión acrecentaba las voces hasta que la más autoritaria de Benurio exigió silencio. Todos le hicieron caso. Mino alzó la cabeza. Entre las ristas de ajos se escuchó el ruido de los que se deslizaban de las vigas.

—¿Hay alguien más? —quiso saber Benurio, con la curiosidad contrariada de quien no supo pasar lista.

—Sali —dijo una voz tímida y remilgada.

—¿También tú, Salina? —se extrañó Tito.

—Por el chocolate —reconoció la voz a punto de alcanzar el llanto—, por el dichoso chocolate que no me deja vivir.

—¿Algún otro?

—Conmigo vino Meracio —confesó Salina—, pero se rilo hace un rato.

—¿Es que está aquí la Eternidad al completo? —inquirió Benurio desesperado—. ¿Es que nadie vela a Fabio? ¿Desde cuándo la necesidad se sobrepone al aprecio, el hambre al luto?

—Callad vosotros —dijo la voz más socarrona—, que sois los mayores vándalos. El saqueador profesional es el que menos puede hablar.

—Te reconozco, Bandrián, no creas que no. Y de sobra sabemos que por un encurtido eres capaz de vender el alma.

—Almas hambrientas —dijo Tiba que no dejaba de masticar— y corazones entecos. Si hablarais menos, mejor haríamos la digestión.

Mino había oído el rechinar de la puerta de la habitación de Edesma, los pasos que apuraban penosamente los escalones. El silencio de la despensa vaticinaba que nadie era ajeno a la alerta de la inspectora.

—Lo que ordena Dios lo desordena el mundo —se escuchó con la misma parsimonia del murmullo de un rezo—, y no es cristiano quien no entiende que el mundo es la morada transitoria donde la humanidad mora con sus gaitas y sinfonías, siempre haciendo lo que no debe, que es la mejor manera de no hacer lo que Dios quisiera. Somos la raspa, la monda, la piel, la cáscara, la cascarilla, nada de lo que se precisa, sólo lo que sobra. Ay de mí y también de vosotros, ay de aquellos y de los demás. Una vieja que no ve y muchos que no escuchan, todos cortados por el mismo patrón, en el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo.

El silencio y la oscuridad se espesaron cuando concluyó el monólogo de Edesma. Mino la presentía a su lado. Entonces se escuchó un estrepitoso estornudo.

—No me la das con queso, Rabonillo —dijo la vieja—, siempre supe que hasta

los ratones más listos acaban acatarrándose.

El chillido de un ratón rasgó la oscuridad cuando Edesma comenzó a repartir escobazos.

10. El gabán

La habilidad con que los huéspedes se recogieron en las distintas habitaciones dejó a Mino en la mitad del pasillo, inerte y sobrepasado por el vértigo y el desconcierto. Había salido con el tropel de los huidos, mientras la voz de Edesma continuaba mentando al ratón fugitivo, y en la sigilosa desbandada sólo logró escuchar alguna queja y el dolor contenido de los que tuvieron peor suerte.

Cuando pudo orientarse decidió caminar hacia la habitación de Fabio. La oscuridad y el silencio se habían apoderado de toda la pensión y aquella imagen de caja fuerte que había observado desde la calle le vino al recuerdo para afianzar la intensidad de la clausura.

Mino sintió que sus pasos vacilaban porque dudó que la noche, en tan poco tiempo, le hubiera llevado tan lejos.

Sólo vibraba la luz de una lamparilla en la mesita, pero era suficiente para percatarse de que el cuerpo de Fabio ya no estaba en la cama. Cerró la puerta tras él sin decidirse a llamar a Aníbal. La cama estaba deshecha, con el colchón vencido y la borra asomando en alguna de sus costuras.

—Siempre le queda a uno el resquemor de no haberlo calculado todo —dijo Oscis exculpándose al asomar bajo la cama, con la perilla revuelta y el brillo de los ojos más acentuado—. ¿Se va el alma y permanece el cuerpo, se va el cuerpo y permanece el alma? O hacen juntos el tránsito igual que en esas ascensiones del Nuevo Testamento. Fabio no está transmigrado, ése es finalmente mi parecer facultativo, tras las dudas que pudieran quedarme. El éter, la nada, el elixir mortal de la existencia, es lo que podemos respirar de él. Mis servicios acabaron, ahora sí.

Oscis se limpiaba el polvo de los pantalones y la chaqueta.

—No sé si le conté a usted la muerte de mi tío Merlín Ceballos, el Mago de Zamanda. Una muerte para nada acorde con su vida, si coincidimos en que a una vida mágica debería corresponderle una muerte esotérica. El caso es que no fue así, aunque tras la muerte a buen seguro que acató la disciplina transmigratoria de la Secta, y eso que su mujer se lo puso bien difícil.

Había cogido un pedazo de borra para sacar brillo a los zapatos.

—Este buen hombre murió de anginas, de lo que cualquier facultativo tildaría de amigdalitis, ya sabe usted: una tosca inflamación de esos nódulos linfáticos. A su señora, mi tía Zósima, una ilustre amazona del Circo Oriente, no le gustó un pelo aquella manera de morir, habida cuenta del prestigio de Ceballos. Solución: Vladimiro Polenta, tragasables, le seccionó la cabeza. Lo que la naturaleza no quiso, lo remedió Zósima que, como usted puede figurarse, era mujer de armas tomar.

En la familia supimos, más tarde que en el circo, que Polenta era amante de la amazona, pero ya se sabe que en esos ambientes la fidelidad no es valor de cambio. El cuerpo de Ceballos está enterrado en su villa natal y la cabeza en el panteón de su señora en alguna ciudad de las riberas del Mosa. La gente del espectáculo no tenemos patria pero sí sentimientos.

Oscis observaba el gabán de Fabio que colgaba del perchero.

—Me parece que tiene su medida —dijo, mirando también a Mino—. Le ruego que lo pruebe porque se me ocurre una idea que acaso no resulte descabellada.

—Yo buscaba a Aníbal —afirmó Mino.

—Le espera, no se preocupe, Meroy no es de esos a quienes se lleva el viento —dijo Oscis, que había descolgado el gabán y se lo ofrecía a Mino para que se lo pusiera—. Así, así, un momento que le ajusto las sisas.

Mino Mera sintió un escalofrío que venía de algún invierno del que Fabio se refugiaba por las calles más extremas de Ordial, donde las noches nevadas tenían el resplandor de la ceniza. Volvió a mirar la cama deshecha, el vacío que temblaba en el palor cada vez más mustio de la lamparilla. Al escalofrío le sucedió una sensación de fiebre, como si la intemperie de aquellas noches nevadas legara un ardor de brasas.

—Justo —confirmó Oscis, cada vez más satisfecho—. Lo que va a permitirme, si usted accede al número, una de esas demostraciones con las que los profesionales venidos a menos se rehabilitan ante sí mismos, ganando la confianza perdida. Yo, querido amigo, ya no soy el que era, ¿quién puede serlo después de que un mal truco me privara del ser más querido? —rememoró emocionado—. Pero no puedo tirar la toalla, el mismo Fabio me animaba siempre. Su gabán es el objeto de este compromiso.

Las manos de Mino Mera acariciaban trémulas el paño que denotaba la vejez del uso, los grandes botones a punto de desprenderse. La fiebre se aplacaba en un calor más sosegado y el frío había desaparecido. En las noches nevadas de Ordial la soledad del invierno tenía el mismo color marrón de aquella tela tupida que era la piel de Fabio.

Cuando quiso darse cuenta, Oscis le había obligado a tenderse sobre el colchón y, al recordar el cuerpo de su tío, tuvo la sensación de estar robando su espacio en este mundo, como si esa sensación suscitara la idea de que no le sucedía sino que le despojaba, sustrayendo el lugar que le había pertenecido: lo más sagrado de su recuerdo.

—Quieto, quieto —ordenó Oscis, cuando intentó incorporarse—. Es un instante

de inspiración, un momento de misterio. Haga el favor de extender los brazos, de ponerlos en cruz, así, así, estupendo. Ahora cierre los ojos y, por lo que más quiera, no los abra hasta que se lo mande. Vamos a apagar la lamparilla, necesitamos oscuridad absoluta. Yo debería encomendarme al mismísimo Zamanda, pero con la dichosa decapitación no sé si a su tronco y extremidades o a su cabeza. Ni mire ni suspire, ni sueñe ni cavile.

El pensamiento extraviado de Mino Mera se fue un instante a la rugosa oscuridad del encerado donde intentaba resolver, sin la menor probabilidad de conseguirlo, una ecuación de segundo grado, mientras la voz de don Rito, probablemente desde el fondo del aula de la Bernal, voceaba su fracaso y le amenazaba con la más estruendosa bofetada.

Escuchó un murmullo, tal vez la voz de Oscis que simulaba algo parecido al rezo de Edesma, y un leve aleteo se posó en sus párpados para desplegar la placidez del sueño.

Ahora Mino huía de la academia, tal vez por alguna de las calles que salían de Torre Ontoria, y la voz de don Rito tronaba desde el balcón, mientras los dependientes de las tiendas de abajo hacían a gritos sus apuestas.

—Venga usted conmigo —pidió Oscis—, venga y mírese en la luna del armario —indicó, tomándole la mano en la oscuridad—. A un profesional, Dios lo sabe, no se le puede perder el respeto por mucho que él mismo tenga perdida la estima.

Oscis había encendido de nuevo la lamparilla y la acercaba a Mino que, ante la luna, comprobaba la desaparición del gabán. Su figura se reflejaba en la penumbra del espejo, vacilante, inquieta, como si la magia de Oscis hubiese alterado algo de su propia personalidad. No tenía el gabán puesto y lo primero que se le ocurrió, tras comprobarlo, fue mirar al perchero.

—No, no, Dios me valga —dijo Oscis satisfecho—, el número era de mayor envergadura, usted mismo lo comprobará cuando llegue el momento, porque el resultado del mismo se aplaza para darle mayor emoción y sorpresa. Ahora sí que no le retengo más. ¿Quién puede negarme que algún día regresará mi hijo, si sigo en mis cabales y subsano el error cometido, ese truco fatal que hasta transformó las propias leyes de la naturaleza?

Oscis volvió a apagar la lamparilla y Mino le siguió por el pasillo. Caminaba en las sombras con el instinto del murciélago.

—No conviene hacer ruido, ya sabe usted cómo están las cosas —comentó al abrir la puerta de la pensión—. Éste es un duelo secreto como secreta fue la vida de su protagonista. Hay que conseguir que Fabio repose en el Edén, porque ésa fue su voluntad.

Cerró la puerta y Mino quedó sumido en la oscuridad del rellano.

La atmósfera mortecina devolvía el vapor de las máquinas de maniobras. Intentó alcanzar los peldaños con mucho cuidado y los fue bajando sin lograr orientarse. La puerta del portal no estaba abierta y decidió mantenerse pegado a la pared, seguir la

línea del zócalo que llenaba sus dedos de polvorientas escamas.

—¿Pero dónde se mete usted? —inquirió Aníbal Meroy desde algún incierto rincón—. El tiempo es oro y la noche no tiene rabo. Jurial y Molpe ya se fueron y, tal como nos temíamos, los agentes de Belisco andan a la que salta. Eterna tiene que depurar la concurrencia, no hay nada peor que el enemigo en casa.

—Oscis me entretuvo —alcanzó a decir Mino, que no se atrevía a despegarse de la pared.

—Oscis, Oscis. La estirpe de Ceballos corre el destino del propio Merlín, como Ana Bolena si se descuidan. A Oscis no le funcionan las bielas, ¿es que no se ha dado cuenta? A Ceballos lo decapitó el amante de su señora, lo de la amigdalitis es un cuento infantil. Ella era peor que la Batory.

—¿Y el hijo?

—¿Crilo? Todo lo contrario de lo que él piensa. El chico era una alubia y aprovechó un número para tomar las de Villadiego. La típica desaparición del pillo redomado que no quiere saber nada de su progenitor.

La puerta del portal dejó entrar un filo de claridad lunar y Mino percibió la sombra sigilosa de Aníbal.

—Hay que asomar el morro, no queda más remedio. Jurial y Molpe se las tienen que arreglar por su cuenta y nosotros por la nuestra. Venga aquí, va a salir usted primero. Toma la acera de la derecha y camina hasta la esquina del Bar Ferroviario. Yo vigilo si algo se mueve.

Mino obedeció y llegó al lado de Meroy.

—Lo lógico es que hayan seguido a la furgoneta y que piensen que en ella van los allegados, pero fíese de la caridad y será pobre toda la vida. Me espera en la esquina. Godo y Lubia saben más de la cuenta y sospechan lo que ignoran. El doctor Belisco no cejará hasta conseguir lo que considera suyo. Su señor padre, amigo mío, nos podía haber resuelto mejor que nadie el problema, pero yo comprendo que las desavenencias son sagradas. Caín y Abel ya echaron el primer pulso, y fíjese la friolera de años que hace de ello. Vamos, salga y no recele, camine como si fuera a misa.

Mino Mera presintió el fuego que encendía el corazón de la noche y escuchó el pitido lejano de la última locomotora.

11. In memóriam

Mientras salieron de los alrededores de la estación y hasta bastante después de cruzar el puente del río Nega, Mino caminó presuroso sintiendo a sus espaldas, a la vuelta de cada esquina, la solapada voz de Meroy que le orientaba.

En los tramos más abiertos, por el paseo de la Gola y la plaza de Cebedeo, la voz de Meroy se convirtió en un eco sigiloso que no se sabía de dónde venía. En esos tramos la luna era la perdición del furtivo y, aunque en ningún momento Mino vio a nadie, no lograba espantar la sensación de que le vigilaban a cada vuelta.

—Ahora —dijo Aníbal llegando a su lado, cuando subía por la Calzada Gemina—, no sólo importa que nos echen el ojo, casi interesa. Seguir a dos exige mayor esfuerzo y dedicación y el lógico menoscabo de la fuerza disponible. Labor de desgaste, ya sabe usted. Lo de Belisco no es un ejército, pero la voz de mando es dura de pelar y la infantería se deja la piel. ¿Conoce a alguien en el *Vespertino*? Si nos ven entrar juntos sabrán que venimos a lo mismo.

Mino no conocía a nadie en el periódico ni jamás había entrado en la redacción. El desmadrado edificio, ante cuya fachada había pasado muchas veces sin fijarse siquiera, tenía el aspecto de un almacén rehabilitado al que no había sido posible despojar de la herencia de sus penosas mercancías. Los abonos y los nitratos sumaban al plomo y a la humedad de las resmas una atmósfera de fertilización podrida, que anegaba los talleres y daba al papel impreso un aroma salino.

—Por la hora que es —dijo Aníbal tocando el timbre de la pequeña puerta, que parecía una escotilla al lado del enorme portalón del antiguo almacén—, pueden estar Molino y Caviedo. ¿A don Sifo no lo conocerá su padre?

—No lo sé.

—Sampiro es el que más nos convenía, pero vaya a saber. El tiempo de la prensa casi nunca es el de la humanidad.

La puerta se abrió con un chirrido eléctrico. Una empinada escalera conducía a la redacción y las oficinas, y sólo al final de la misma se podía adivinar alguna luz dudosa. Del acceso a talleres, en la penumbra que acrecentaba, bajo algún extraño reflejo lunar, el perfil dormido de las máquinas y el rodillo monstruoso de las resmas apiladas, manaba el tufo de la oxidación.

—No me pierda el rastro —ordenó Meroy—, que estas escaleras son las que más salen en la sección de sucesos del *Vespertino*. No hay otra razón para que una plantilla de veintiséis personas tenga media docena de lisiados, incluido el redactor jefe.

La dudosa luz demarcaba la cristalera de la redacción y el corto pasillo de las oficinas, donde se adivinaban algunas ventanillas. Tras la cristalera crepitaba una máquina de escribir.

—Es Caviedo —dijo Aníbal, haciendo visera sobre los ojos para distinguir tras los cristales la figura que trabajaba en una de las mesas bajo el resplandor de un flexo—. Todo depende de la gota. Es la misma razón de sus críticas, sean de la índole que sean. Fíjese usted, que tendrá mejor vista, si la pierna izquierda la tiene alzada y

apoyada en una silla.

—No distingo.

—Hay que tentar la suerte. El ácido úrico en los cartílagos ha costado, que yo sepa, seis querellas, una concejalía, dos entrenadores y más de una docena de vocaciones literarias y plásticas. Ese ácido es letal en la prensa.

Caviedo cojeaba. Había extraído el folio de la máquina y lo iba a dejar en la mesa que presidía la redacción. Mino vio a Meroy caminar tras él y saludarle con más efusión de la que parecía corresponder a su confianza. El brazo y la mano izquierda de Meroy mostraban el exceso de una elocuencia que contrarrestaban su brazo y mano derecha, inmóviles en la manga y el bolsillo de la chaqueta. Mino observaba que Aníbal Meroy exageraba su teórica condición de manco.

—Agosto y a estas horas —decía Caviedo como hablando consigo mismo—. La parienta mosqueada y sin cenar. Los tontos estamos donde quieren los listos, o los listillos, vete a saber. Tres redactores en la impunidad del verano, cuando todo el mundo sabe que un periódico da más lata cuando no pasa nada que cuando pasa demasiado.

—De las plumas diligentes se abusa con mayor facilidad —opinaba Aníbal, zalamero.

—¿Y tú qué pintas? —inquirió Caviedo de regreso a su mesa, con la cojera acentuada y un tono intempestivo—. Si sabes la hora que es, no me explico para qué tocas el timbre.

—Las desgracias —dijo Aníbal cariacontecido— no tienen horario. Venía por una esquela. Pensé que andarían por aquí Molino o Sampiro.

Caviedo se había sentado y metía otro folio en la máquina.

—Alcánzame esa silla, la del cojín —ordenó dolorido—. Molino se la menea y Sampi bajó a tomar un café. El trío de la bencina hace que el *Vespertino* cumpla con lectores y anunciantes sin el menor desmayo, aunque la única noticia fidedigna debería ser el menoscabo de la salud y el cabreo generalizado. ¿Quién se murió, si puede saberse?

—Fabio —dijo Meroy después de acercar la silla donde Caviedo puso el pie izquierdo conteniendo un grito.

—Todavía mueren los vividores, ésa es casi una noticia en los tiempos que corren. ¿No habrá muerto de propia mano?

—De lo suyo, del corazón, según certificó el doctor Viñuela. Pero, tal como dices, debería ser una noticia. La esquela sería un modo demasiado frío de publicarlo.

—La esquela no es fría ni caliente, tiene la temperatura de la muerte. Lo que pasa es que hay que sufragarla, el *Vespertino* no malgasta tinta ni en sus empleados. ¿Eres el albacea?

Caviedo había comenzado a escribir después de encender un cigarrillo.

—Cada vez quedáis menos, Aníbal —comentó desinteresado—. Si le administras la herencia a lo mejor puedes jubilarte.

La voz de Molino llevó a Meroy a su encuentro.

—No me digas que Fabio se fue al otro barrio —dijo sin que la extrañeza promoviera demasiada curiosidad—. Todos acabaremos en lo mismo, unos con más que contar que otros, pero todos igual. No me imaginaba yo que estuviera tan tocado del ala, aunque la vida que se lleva acaba pasando factura. ¿Y ese chico?

Mino se había quedado en la puerta. Avanzó indeciso unos pasos.

—Es el sobrino —dijo Aníbal—, el hijo de don Suero Mera, su padre no está en Ordial y él es el familiar más cercano.

—No era precisamente una alhaja para la familia —opinó Caviedo sin alzar los ojos de la máquina—. El garbanzo negro nadie lo pone en la solapa, la esquila que más puede interesar es que ni Dios se entere de que entregó el alma.

—La esquila acaso no sea lo más adecuado —convino Meroy siguiendo a Molino a su mesa—. Yo pensaba que podía publicarse una nota sobre su fallecimiento, haciendo constar discretamente el pesar de la familia.

Molino se había sentado y metía un folio en la máquina.

—Espera que suba Sampi que es el que lleva sucesos. Aunque eso el único que podría hacerlo es Egido. ¿Qué se puede decir de Fabio, cómo se le acarician las orejas a un bicho que no las tiene? Egido hizo la semblanza de Fato, aquel tonto del culo del barrio de la Orilla y le salió la historia de un iluso ejemplar. A Fabio o le echas imaginación o cuentas la aventura de un randa. Los tahúres y los donjuanes no tienen prensa en los tiempos que corren.

—Sobre todo —dijo Caviedo después de un dolorido juramento— si la estela más visible son las deudas y alguna que otra viuda enojada. No creo yo que ese chico esté al tanto de lo que su tío era. La mejor discreción es callarse la boca, Aníbal: que la familia haga oídos sordos.

Mino sentía algo indefinido donde se mezclaban el desconcierto y el malestar. No acababa de comprender lo que Aníbal Meroy había ido a buscar en aquel agujero nocturno tan ajeno a la memoria de Fabio, a lo que Fabio hubiera sido o hubiera dejado de ser, involucrando además a la familia, cuando de sobra sabía que su padre no quería saber nada de nada.

—Muere en Ordial una de las más preclaras aves nocturnas —dijo Molino con guasa—. ¿Tú crees que este titular, por diminuto que sea, se sostiene en la página de última hora? Don Sifo puede suspendernos de empleo y sueldo.

—Damnificados de las timbas del Ferroviario, Café Solera, Salones Meredito y Bar Lastre —citó Caviedo después de volver a jurar— pueden asociarse para las reclamaciones. El albacea de Fabio es Aníbal Meroy, atiende en la Pensión Eterna en horarios habituales.

—Murió del corazón quien tanto lo derramó —propuso Molino—. El Fabio de las alcobas del Peregrino y del Pinedo, el de las duras y las maduras.

Aníbal ya no era capaz de reírles la gracia y Mino acababa de abrir la puerta para irse cuando entró Sampiro.

—Murió —musitaba Aníbal— de lo que le dio la gana, lo que muy pocos consiguen.

—Nadie muere de eso —decía Molino despectivo—, porque sólo se muere de la mierda de lo que se vive.

—Ahogados vamos a morir todos —opinó Sampiro, que caminaba hacia su mesa con pasos no muy seguros—. La próxima tormenta será de agua hirviendo.

—Atiende a Meroy —ordenó Molino—, que tiene una noticia de las tuyas.

Sampiro se sentó y Aníbal acercó una silla para hacerlo a su lado.

—Vamos a ello, amigo mío. ¿Hay novedades en el extrarradio, nuevas apariciones en la Eternidad o las vías férreas devuelven algún cadáver entre la carbonilla y las traviesas?

—Murió Fabio.

Sampiro había metido con dificultad un folio en la máquina.

—Fabio Mera, in memóriam... —tecleó y leyó en seguida—. La edad no puede calcularse en los rostros que beben la vida hasta el infinito. Mi buen amigo Fabio, muerto de la vida y no de la muerte, podemos decir que tenía la edad de una generación que se extingue y de la que acaso era firme y definitivo exponente. ¿Te va gustando? —quiso saber, y el asentimiento de Aníbal le animó, aunque no muy lejos se escuchaba alguna risa soterrada—. Del corazón morimos y moriremos casi todos los mortales, Fabio Mera también, pero de usarlo, de exprimirlo, no de guardarlo hasta sentirlo seco.

—Subes inspirado, Sampi —dijo Molino, que tecleaba en su mesa—. Si tienes cuerda, me echas luego una mano con las expropiaciones del Pantano de Rumia.

Sampiro encendía un cigarrillo con mano temblorosa.

—Fabio, las esperanzas cortesanas... —declamó antes de seguir escribiendo—. Lo propio, amigo Meroy, sería parodiar la clásica epístola, haciéndola inmoral en vez de moral. Ordial pierde a uno de los suyos —tecleó y leyó—, y con esto quiero decir que la ciudad, en este agosto incendiario, queda más sola, porque ¿quién sustituye a Fabio, cómo se llena el vacío de sus noches y de sus madrugadas? Fabio, mi amigo Fabio, no acudió a ninguna despedida, siempre estuvo con los que jamás se fueron a ninguna parte, aunque ahora, eso sí, se fue donde todos acabaremos yendo, y sólo queda desear que en paz descanse.

—La última frase —dijo Molino— no me gusta, demasiado voy y vengo.

—La quitamos, no pasa nada —se avino Sampiro, con el cigarrillo colgado de los labios—. Dime tú otra mejor.

—Fabio, mi amigo Fabio —propuso Molino, mientras Caviedo juraba alzando el pie en la silla—, ha muerto, finalmente, como lo hacen los restos de serie.

—¿Restos de serie o fuera de serie? —quiso aclarar Sampiro mientras tecleaba.

—Restos, joder —sentenció Caviedo—, que ya te subiste demasiado a la parra.

Aníbal releía lo escrito por encima del hombro de Sampiro.

—... y sólo queda desear que en paz descanse, punto final. Una necrológica de

las clásicas: escueta, sentida. ¿Estamos de acuerdo?

—Estamos —asintió Meroy—. Lo único que te pido es que hagas referencia al domicilio funerario.

—Casa doliente... —tecleó Sampiro.

—Arienza veinticuatro, tercero derecha —dijo Aníbal con la velocidad y el sigilo de quien acaba de arrodillarse en el confesionario.

—¿Habría foto de Fabio en el archivo? —inquirió Sampiro incorporándose y aireando el folio en la mano como un gallardete.

—En la carpeta de si te he visto no me acuerdo —dijo Caviedo, escupiendo la colilla sobre las mesas.

12. Los tres dedos

Aníbal Meroy vigilaba la noche como si de su ruina pudiera desprenderse una gárgola y caerle encima de la cabeza. A Mino le costaba trabajo seguirle.

—Juntos pero no revueltos —había dicho al salir del *Vespertino*—, como quienes comparten igual encomienda pero jamás comieron del mismo plato. No sería buena la impresión de que se nos viese conchabados. En la plaza del Ramo partimos las diferencias.

La luna era un faro sobre la conciencia dormida de la ciudad, el faro que delataba la miseria del sueño donde se escurren los deseos y anhelos que jamás se confiesan, y que van bordeando la noche hacia el mismo sumidero.

—Se pueden oír, si usted afina el oído —dijo Meroy, cuando Mino le alcanzó en la esquina—. Infinitas veces con su tío hacíamos la prueba, lo mismo en estas noches de agosto donde la luna es como la linterna de la policía, que en las más nevadas del invierno. Las conciencias duermen intranquilas y el sueño tiene el rumor de un reguero que se lleva los residuos. Fabio decía que en el sueño se va el lastre de lo que somos, que sin él ninguna conciencia podría aguantar la porquería acumulada. Cierre los ojos, si le apetece, y escuche el murmullo de la sentina de Ordial.

Cerró los ojos y escuchó lo que llena el vacío en las calles postradas, lo que la noche tiende por ellas como una multitud de dedos fugaces que las recorren y señalan para que la orientación no se trastorne en la memoria dormida. Ningún murmullo, ningún arroyo, la atmósfera quemada, el cuarzo de la luna como un cristal de acero.

Aníbal no estaba cuando los abrió. Las correderas llevaban a la plaza del Ramo y Mino dio unos pasos inseguros. Ahora escuchaba algo menos difuso que ese vacío de

las calles, el aliento de una lamentación o de una llamada.

—Por el Badillo —dijo Meroy, asomado bajo un arco de la plaza— puede usted ir bajando hasta casa con menos compromiso que si volviera por donde vinimos.

Su brazo derecho se alzaba en la indicación y al final del mismo la mano mostraba el vacío de la mutilación, como si los tres dedos que le faltaban fuesen de aquellos que formaban parte de los que tendía la noche señalando las calles.

—El meñique —dijo Aníbal, que había reparado en la mirada curiosa de Mino— fue el primero en irse con viento fresco. ¿Usted entiende que un niño travieso piense que un dedo es un tesoro y que pueda enterrarlo para que ese tesoro sea el máspreciado secreto de su vida? Pues ya ve, lo fue y lo sigue siendo: el único buen recuerdo que me queda de una infancia de las que no desearía a nadie. Del anular no se puede decir lo mismo, por que la juventud es más impía, pocos se libran de sus quimeras y desvaríos. No creo que usted haya conocido a ninguna mujer que se llame Valtusia, yo sí. Todo lo que hice para que me quisiera fue poco. Entonces, cuando me vi más desesperado caí en lo que sólo hacen los que están de atar: le mandé el dedo con la alianza más cara que encontré. Un certificado, ya ve qué ocurrencia. La interesada lo rehusó y la oficina de correos tardó un mes en devolvérmelo. Fue el tiempo justo para que el olvido empezara a hacer efecto.

Aníbal había bajado el brazo y devolvía la mano al bolsillo derecho de la chaqueta.

La plaza estaba sumida en la nieve lunar, como si el invierno hubiese recuperado la posesión perdida con la ayuda del fulgor helado. Por los soportales se colaba una brisa de pavesas arrecidas y, con ella, el temor de los bichos que olfatean el alimento cuando asoman en la cueva.

—¿Y el otro? —quiso saber Mino, que no lograba borrar de los ojos la diminuta huella de los muñones.

—El corazón se llevó la peor parte, ésa es la verdad —reconoció Meroy—, porque lo peor de todo es desprenderse, y nunca mejor dicho, de algo tan propio por dinero. No vendido al mejor postor, Dios me libre, pero sí en una jugada penosa.

Mino imaginó los dedos de Aníbal esparcidos por el camino como las cuentas que van indicando la dirección de regreso, lo que tan dolorosamente se pierde para en algún momento saber volver. Lo imaginó como si el sueño se le mezclara con el pensamiento y por vez primera, en la noche que llevaba un rumbo ajeno, tuvo el presentimiento de que era el sueño el que gobernaba sus pasos, del mismo modo que hacía nevar sobre el pavimento de la plaza, que ahora tenía el cobalto de una luz petrificada.

—Por el Badillo —repitió Meroy—. Y por lo que más quiera no diga nada a nadie, ni abra la boca. Lo que hacemos no es otra cosa que intentar cumplir la voluntad de Fabio. Usted a lo suyo, llamándose andana.

Mino iba a cruzar la plaza. El sueño descolgaba un silencio blanco y seco, como si la noche hubiera reconvertido el sigilo y el luto en la huella de la mortaja. Caminó

desconcertado y en seguida escuchó de nuevo la voz de Aníbal que le llamaba.

—Las llaves —le dijo—, las llaves de su casa, téngalas, que las perdió usted en la Eternidad.

Era el camino más corto: bajar por Badillo, llegar a la Colegiata, cruzar el jardín de Arenta. Tenía la sospecha, y también la confianza, de que Aníbal Meroy vigilaba sus pasos, pero en ningún momento miró a su espalda. En algunos tramos incrementó la velocidad y hasta corrió ligeramente sofocado. La advertencia de Aníbal no le causaba especial preocupación porque todavía no le era posible ordenar medianamente lo que estaba ocurriendo.

La primera alerta le llegó al descubrir al mendigo de la fuente de la Aurora, tumbado en el banco bajo el tilo. Pensó que no era posible que hubiese regresado ya de lavarse la cara en el río Buria, y no tardó en percatarse de que no era el mendigo. Pasó lo más lejos posible del banco, pero el hombre que estaba tumbado en él se incorporó sin el menor disimulo y en seguida supo que le iba siguiendo.

A Mino Mera nunca le había seguido nadie en su vida. El contraste de esa inexperiencia eran las múltiples persecuciones y merodeos en sus desventuras amorosas, cuando la incapacidad o la desesperación le llevaban como un torpe e incongruente rastreador que, antes que otra cosa, intentaba dejar constancia de su desdicha. De esa desdicha y de esas persecuciones se avergonzaba ahora, cuando el recuerdo del rastro de Neva por la Consolación, el Candal y los cines Esperanza y Prado, le hacía sentir el bochorno del adolescente.

Más allá del temor o la zozobra de lo que aquello suponía, Mino tuvo conciencia de que sentirse perseguido estaba muy lejos de ese bochorno, y que en el misterio o el riesgo de que eso sucediera había algún peldaño necesario.

Del jardín a su casa, parte del paseo habitual en aquellas noches desoladas, había pocas variaciones, y se le ocurrió dar el rodeo más largo, lo que iba a permitirle incrementar la seguridad de que el hombre le seguía sin ninguna duda.

Dio la vuelta completa a la manzana y salió a Arienza en la esquina más lejana al portal del veinticuatro. Avanzó por la acera, se detuvo un instante a la altura del escaparate de Confecciones Pampa y comprobó que el hombre no venía, al menos detrás de él. En ese momento tuvo la impresión de que el perseguidor conocía de sobra su camino, que en aquel tramo final le había sobrepasado por otro sitio para aguardarle.

Estaba apoyado en el quicio del portal y no estaba solo. Eran dos hombres, uno alto y fuerte y el otro bastante desmedrado. Le miraban: le estaban esperando.

Mino contuvo como pudo el nerviosismo de verse cogido en alguna suerte de trampa, de las que Meroy parecía haberle advertido, siempre con menos claridad de la necesaria. Llegó al portal con más decisión de la que pudiera haber previsto. Los hombres le dieron las buenas noches, con el visible esfuerzo de quien quiere aparentar amabilidad.

—¿Es usted Belarmino Mera, el sobrino de Fabio? —inquirió el desmedrado, que

sin duda era el que le había seguido.

—Sí —dijo Mino.

—Pues le acompañamos en el sentimiento.

—Gracias.

—Queríamos saber si se puede velar el cadáver.

—No —negó Mino taxativo, sin pensarlo un segundo—. La familia prefiere la mayor discreción. La desgracia nos ha pillado a todos por sorpresa.

—No sólo somos nosotros los interesados en acompañar los restos —continuó el desmedrado con el tono comprensivo de quien respeta el luto—. Hay un gran amigo de su tío, una persona a la que Fabio debe mucho y que acaso usted no conozca.

—De mi tío sabía pocas cosas —reconoció Mino.

—¿Su padre está en Ordial?

El interrogatorio comenzaba a molestarle, pero no veía otra salida que contestar con la mayor naturalidad, aunque Aníbal le había recomendado no abrir la boca.

—Está a punto de llegar —afirmó.

—¿La conducción será mañana?

—Supongo que sí.

—¿Y le enterrarán aquí, en Ordial?

—No lo sé, ya les digo que la familia quiere la mayor discreción posible. En cualquier caso, en la más absoluta intimidad.

Los dos hombres intercambiaron una mirada y un gesto ambiguo, sin el más leve afán de disimulo. El desmedrado metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta, que le colgaba como si fuera dos tallas mayor de lo necesario, lo que sin duda contribuía a menoscabarle, y extrajo una abultada cartera de la que rescató un sobre pequeño.

—El pésame del doctor Delerio Belisco —dijo entregandoselo—. Conviene que lo lea y lo considere, por si acaso las cosas no están del todo claras.

El más alto y fuerte fue el primero en moverse. Lo hizo con extraordinaria pesadez, como si le resultara muy difícil ponerse en marcha. El desmedrado iba tras él con la clara intención de tardar lo más posible en alejarse.

Mino sacó la llave para abrir el portal, les observó un momento: la pesadez del alto se correspondía con sus andares de pies planos.

13. El presentimiento

Mientras Mino Mera subía al piso parodiando los andares de aquel hombre, sumido en la penumbra que sólo alteraba el resplandor lunar en la ventana de los rellanos, tuvo el presentimiento de que el muerto venía con él o acaso le aguardaba en la puerta del piso para regresar, al menos un momento, al hogar paterno.

En Arienza veinticuatro habían vivido los abuelos Tomé y Mapa hacía muchos años, y el piso había quedado para sus padres después de casarse. Le habían hecho muchos arreglos, y hasta transformado en buena medida la distribución, pero conservaba bastantes muebles del tiempo de los abuelos, y los objetos suficientes para que ese tiempo subsistiera en el recuerdo indiscriminado.

Los peldaños finales los subió con mayor lentitud. La cercanía del muerto salpicaba el presentimiento de una mezcla de temor y melancolía, como si el temor incrementara la memoria de unos pies que mostraban el espanto de su descanso fuera de la sábana, y la aflicción contagiara una nostalgia que envolvía vagamente la figura de Fabio.

No había nadie en el descansillo del tercero y Mino se apoyó un momento en el pasamanos y pensó que el secreto del muerto pertenecía a su vida desde aquella noche, no como el mero descubrimiento que alimenta la curiosidad de lo que no sabíamos, sino como lo que supone de ejemplo de lo que no querían que supiéramos, porque esa otra vida de Fabio, tan furtiva y distinta, tenía el curso de alguna misteriosa fascinación que le iba atrayendo.

La puerta no se abría y le extrañó que hubiera echado el pestillo. Habitualmente, contraviniendo las órdenes de doña Eda, se iba cerrando sin más. Con la otra llave comprobó que lo había echado, y abrió.

Fue entonces, antes de encender la luz del recibidor, cuando supo que su presentimiento no era imaginario, que alguna latente suspicacia alertaba aquel hallazgo que le iba a hacer temblar, como si el temor y la melancolía se disolvieran entre las mimbres de la fúnebre cesta que estaba arrimada a la consola.

Tembló hasta el punto de que las llaves se le cayeron de la mano y no hizo nada por controlar el gesto de huida que le encaminaba al descansillo. La luz del recibidor constataba que la cesta funeraria no era fruto de su imaginación. El temblor dio paso a la confusión y en seguida, ya decidido a recoger las llaves del suelo y cerrar la puerta, sintió que todo confluía en una misma trampa: que le habían tomado el pelo o que era la víctima de una pandilla de chiflados.

—Maldito Meroy —susurró, sin atreverse todavía a cruzar el recibidor y alcanzar el pasillo.

Mino se frotaba las manos sudorosas y hacía un esfuerzo para que los nervios se sosegaran. Volvía a maldecir a Aníbal y procuraba no mirar la cesta. La imagen de Fabio en su interior derrotaba su ánimo, no sólo por el macabro absurdo de aquella situación que le sobrepasaba, sino por el propio destino del cuerpo: la lamentable

forma de regresar a la casa paterna como un miserable envió.

—Pandilla de chiflados —repitió, explayando la indignación e intentando que fuera lo que más le ayudase a superar el temor y el desconcierto—. Tenía que haber hecho caso a mi padre, por una vez tenía que haberle hecho caso.

Fue a su habitación y se sentó en la cama dispuesto a pensar y decidir algo. Dejó las llaves en la mesita y en seguida se acordó de lo que había guardado en los bolsillos del pantalón: las cuatro cosas de Fabio que, como había dicho la vieja Edesma, al final sólo eran tres. Se puso de pie y vació los bolsillos: el sobre con la carta de Dolina, la única que Fabio guardó de las seiscientas treinta y cuatro que contabilizaba la vieja, el pequeño envoltorio con el papel de periódico ligeramente grasiento, y el papel doblado que rescató del bolso de la chaqueta de Citino.

Ahora, depositadas en la mesilla, perdían la condición de objetos devueltos a la playa en el mar de la vida de un aventurero, y mostraban esa presencia precaria y triste de las cosas menores que el olvido diluye.

Mino se tendió en la cama.

Había cerrado la puerta de la habitación y la que comunicaba el pasillo con el recibidor. Inconscientemente pensaba que sería la mejor manera de alejarse del muerto y tener así menos cercana la obsesión de sentirlo, aunque lo que más le seguía obsesionando era la penosa forma en que había sido remitido: como si lo hubieran expedido desde la Consigna de una estación, igual que un fardo del que nadie quiso saber nada.

Consideró primero la posibilidad de llamar a su padre. Era la más radical y decisiva de todas, pero la que acarreaba más problemas. Una decisión que, sin embargo, no podía desecharse. Luego le pareció que lo más justo era encontrar a Meroy, el culpable de todo, el que debía encargarse de deshacer aquel mortal embrollo. Eso era lo mejor y lo más urgente.

Se levantó, cogió la guía telefónica. Iba a acomodarse en el salón para buscar el número de la Eternidad, encender un cigarrillo, llenar la copa equilibrando el contenido de las botellas de anís y ponche.

Aspiró el humo tan profundamente que todo el cuerpo, de los pies a la cabeza, quedó inundado por la nube tóxica extraviando por unos segundos su mente, como si se disolviera por un agujero que le sacaba de la realidad y lo escurría en el sumidero del mundo.

La copa animaba una especie de regreso del más allá, ponía en la conciencia de Mino cierto sentido de fortaleza de espíritu, como si contribuyera a la lucidez de lo que su edad ya iba mereciendo. Sólo en las tardes o en las noches en que se pasaba de la raya, esa lucidez se contaminaba de alguna efímera explosión y en seguida llegaba el desánimo y, lo que era peor, los efectos de la resaca, el sueño intempestivo que tanto irritaba a don Rito cuando le pillaba desprevenido.

Cuando caminó hacia el teléfono para hacer la llamada le vino la idea de que Aníbal habría desaparecido. En realidad, todo lo sucedido estaba suspenso en la

extrañeza de una noche de la que nada razonable podía rescatarse. Meroy mostraba un simulado interés en que la familia, ya que no se encargaba de Fabio, al menos asumiera formalmente su muerte o que pareciera que era así.

—El caso es que el cadáver ahí está —musitó Mino desolado, descolgando el teléfono—, como un regalo envenenado capaz de levantar de la tumba a los abuelos y de llevarse al otro barrio a mi padre y a mi madre.

Marcó el número de la Pensión Eterna. Casi no estaba convencido de haberlo terminado de marcar, cuando escuchó una voz tan precipitada como ansiosa.

—Te dije que no, que no y que no, que no son horas y que no me comprometo.

La voz pasaba de la precipitación al susurro, sin que Mino hubiese podido todavía articular palabra.

—Me oyen, cualquiera puede, hay más chismosos que ratones, estoy con el alma en vilo, por lo que más quieras, Abe, si de verdad soy lo que dices para ti, si soy la Elo de tu vida, no me hagas esto, ni se te ocurra. Aparte de la vergüenza que me da.

Un mínimo silencio, que Mino no aprovechó, fue el prelude de un largo suspiro. El suspiro derivaba, sin disimular el nerviosismo, con notables altibajos, en un raro jadeo. El jadeo estaba moteado de algunos forzados gritos, como risas histéricas.

—No hago más, Abelardo —dijo la voz contrariada y medrosa—. Si todavía no estás servido, allá tú, casi prefiero, Dios no me oiga, que la misma Vilna te colme: esa mala pécora que tengo por hermana y que quisiste más que a mí.

Otro silencio. Mino ya no se atrevía a decir nada, tenía la sensación del intruso que no sabe dónde se encuentra.

—Sólo el postre —dijo la voz, como cediendo enfurruñada a un último capricho—. Abe, Abe, Abeló, Abito, mira lo que tengo, lo que toco, lo que quieres, lo que más te gusta, arrugadín, madurito, más mío que tuyo, Abelardín: la flor, el flan, la nata, la figurita de Eloísa...

—Oiga —musitó entonces Mino, haciendo de tripas corazón.

—¿Abelardo...? —inquirió la voz temerosa y avergonzada.

—¿Es la pensión Eterna?

—¿Quién llama? Por Dios, Abelardo, no me tomes el pelo, que cualquier día de éstos me muero del susto.

—Quiero hablar con Aníbal Meroy.

—Entrometido, sinvergüenza —escuchó, antes de que se cortara violentamente la comunicación.

Mino volvió a comprobar el número, estaba seguro de haberlo marcado bien, pero esperó un rato para repetir la llamada.

La puerta cerrada que daba al recibidor evitaba que pudiera ver la dichosa cesta y, por un instante, se engañó pensando que no la había visto, que no estaba allí.

Dejó el teléfono, abrió la puerta. El fúnebre envío mantenía al lado de la consola su incongruente presencia, como si de veras la muerte hubiese buscado una absurda estratagema para que el hijo pródigo volviera a casa.

Ahora la llamada se prolongaba y nadie cogía el teléfono en la Eternidad, pero Mino estaba dispuesto a aguardar lo que fuera. El maldito Meroy tenía que aparecer lo antes posible.

—Oiga, amigo —dijo una voz tan indignada como intemperante y somnolienta—, ¿es que no sabe usted meneársela por sí mismo, es que quiere acabar con la salud de esa pobre desgraciada y de paso machacarle el sueño a quienes mañana tenemos que madrugar? A la próxima lo capamos, como hay Dios que se queda sin juguete.

Esta vez Mino no llegó a decir nada, no tuvo tiempo. Regresó a la habitación, se desnudó con desgana, se tumbó en la cama. La idea de llamar a su padre y afrontar definitivamente el asunto, aunque fuese por el conducto más duro, revoloteó en su cabeza y acabó por crearle mayor confusión. No era posible imaginar a don Suero frente a la cesta que contenía el cadáver del hermano desheredado, no había palabras para explicarle lo sucedido.

—Ese chiflado —masculló metiendo la cabeza debajo de la almohada después de apagar la luz—, ese maldito loco...

14. Un rastro fantasmal

Primero escuchó los pasos como un murmullo sosegado, el eco que va y viene en la distancia indeterminada del sueño, donde la resonancia estalla en un vacío de cristal que forman las lunas de los armarios y los espejos de la casa.

Pero sabía de sobra que no estaba soñando porque le había sido imposible dormirse. Tenía la conciencia despierta y se mantenía alerta, corroborando ahora la sospecha de que aquello pudiera suceder.

No es posible que un muerto regrese a la casa paterna en un viaje inútil, a la fuerza tiene que ser un regreso premeditado, una vuelta a esos lugares perdidos donde algo queda de lo que fue, como si resultara imprescindible volver para recuperarlo, antes de irse definitivamente.

Los pasos eran lentos pero no pesados. Iban y venían con suficiente determinación, aunque a veces parecían sumirse en el desconcierto de una orientación equivocada, y eso podía corresponder con las modificaciones que se habían hecho en el piso.

La memoria que el muerto pudiera tener de los espacios de la casa paterna era una memoria que no podría rastrear fielmente en la actualidad, aunque los muertos, pensaba Mino, trasponen la vida y con ella la huella de lo que vivieron con el tiempo

impregnado y el espacio que fue posible en la misma. La casa del muerto era su casa, por encima de las posteriores transformaciones: la casa que perduraba mientras sus pasos la hacían renacer en el susurro de su descubrimiento.

Poco a poco el temor de Mino Mera se fue diluyendo en proporción a la curiosidad y el misterio de aquel secreto que horadaba el sueño de la casa, donde las lunas y los espejos devolvían la presencia más antigua de Fabio, lo único que de él quedaba, como un rastro fantasmal de vidrio y tiempo.

Fue lo primero que Mino percibió cuando, tras el sosiego continuado de los pasos y el benigno susurro que apenas alteraba el silencio de las habitaciones, decidió levantarse. Al temor le había sucedido una emoción melancólica muy distinta de la que avalaba el tedio y la desgana de sus peores tardes: una emoción con la que parecía ganar otro peldaño, como se gana lo que se desconoce.

Fue por el pasillo, abrió la puerta del recibidor, vio la cesta mortuoria con la tapa abierta, caída hacia un lado, y percibió el vacío más oscuro de la misma, lo que el cobijo de un muerto contiene como depósito de su destino.

Fabio estaba en el salón, junto a la chimenea francesa, entre los dos balcones. No era una sombra entre las sombras derramadas bajo la claridad lunar que se filtraba por las contraventanas y reverberaba en las sábanas que ocultaban los muebles. Era una figura inmóvil que, encarada al espejo que colgaba sobre la chimenea, devolvía el fulgor de su mortal lejanía, como si en el vidrio recuperara el tiempo de lo que pudo haber sido cuando vivió allí.

La melancolía de Mino se acentuó en la emoción al mirar aquel fantasma entrañable y huido que había vuelto para recuperar en los espejos lo que la vida ya no podría devolverle.

—Así son las cosas, querido sobrino —dijo la voz de Fabio, y no era una voz espectral o extraña, era la misma voz cordial y cotidiana con que hubiese podido escucharle de haberle conocido en su momento—. Tengo que venir escondido como se esconde el furtivo en el monte porque, al final, en lo que derivó mi vida es en una muerte clandestina.

La figura de Fabio seguía encarada al espejo. Era un hombre alto, fuerte, pero que desde sus espaldas desprendía ese halo de la decadencia que implica el peso más sumiso de los hombros, la carga que empieza a desmoronarlos. Mino pensó en la dificultad de que aquel cuerpo viajara en la cesta, por mucho que hubiera oído a Jurial y a Molpe en la habitación de la Eternidad decir que estaba convenientemente cubicado.

—No hay nada importante que pueda recuperar en esta visita —confesó—, entre otras cosas, porque ya no hay nada necesario, con la vida se acaba todo lo que la vida acarrea. Pero era conveniente venir, además de la estrategia de hacerlo, porque uno no acaba de perder ese arraigo de lo que permanece en la memoria, los sitios, las estancias, los objetos, lo que menos vale, lo que más significa porque, sin saber por qué, permanece en el recuerdo por encima de todo lo demás. Siempre fui un

sentimental, no iba a dejar de serlo ahora que sólo me queda la última oportunidad.

Fabio llevaba puesto el gabán que Oscis había hecho desaparecer, aquel gabán que colgaba del perchero como la piel de un animal cazado en el invierno. El paño marrón cubría su cuerpo y sin duda contribuía al hundimiento de sus hombros. El animal cazado en el invierno entregaba una muerte fría y clandestina, la que corresponde al que en el bosque encontró su perdición.

—Podría contarte algo de mi vida —dijo Fabio, y giró levemente el cuerpo hasta apoyar el codo en la repisa de la chimenea, pero sin dejar de encarar el espejo—, aunque no sé si merece la pena. No tengo mucha necesidad de hacerlo y supongo que tampoco tú tendrás excesiva curiosidad. Lo que no estaría mal es que intentara decirte algo de lo que para mí fue, ahora que ya pasó y puedo mirarla en el momento de la despedida. ¿No sé qué otra cosa podría ofrecerte, además de los precarios recuerdos que te entregó Edesma?

Mino Mera había avanzado unos pasos por el salón. Era imposible que de su garganta saliera una palabra y, sin embargo, no podía perdonarse no decirle a Fabio que lo que pudiera contarle era lo que más le interesaba del mundo, que por lo que más quisiese no dejara de hacerlo.

—De lo que fui, de lo que hice —musitó Fabio—, vas a enterarte por muy distintos con ductos, lo que te servirá para acabar teniendo más versiones de las precisas, tan contradictorias como inciertas, pero del total de las mismas algo quedará, sobre todo lo que tú decidas que quede, lo que más te agrada recordar. Eso sería lo mejor: que al final el secreto de tu tío fuera el secreto de lo que quisiste descubrir, y que ese descubrimiento formara parte de tu vida, te ayudase a comprenderla, te animara a vivirla.

La voz de Fabio se detenía con un suspiro irónico y la mano derecha se alargaba sobre la repisa, con los dedos tendidos como los de un pianista que sonrío al acariciar las teclas.

—No me voy a subir a la parra —aseguró—, porque estaría bueno que me pusiera a darte alguna lección, desde este más allá inmediato en el que todavía el mundo está más cerca que la nada, no te preocupes, no me lo iba a perdonar. Lo que pasa es que nunca tuve ocasión de contar con alguien como tú, de sentir que todo lo que se vive, mejor o peor, puede ser un legado para cualquiera de los que vienen luego. Eres mi sobrino y no me puedo quitar de la cabeza la idea de que te pareces a mí, el recuerdo de cómo era yo a tu edad.

La claridad lunar azulaba las sombras. El reflejo plateado de las sábanas tendidas sobre los muebles cobraba un brillo de espejo metálico, y la atmósfera del salón tenía el hálito de las ánimas que supuran el polen del tiempo y la costumbre.

Fabio parecía ajeno al arcano de esa atmósfera familiar, como si no perteneciera a ella, como si fuese el navegante que naufragó muy lejos de esa costa, perdida para siempre en el rumbo de su existencia.

—Nunca supe, querido sobrino —dijo Fabio poniendo los dedos de la mano

derecha sobre el espejo—, vivir con el sosiego necesario para que la vida se deje gobernar, para dominarla y hacerla mía. La vida me derrotaba siempre, porque nada colmaba mi ansiedad de poseerla. Con nada saciaba el ímpetu y el anhelo y el deseo, porque todo quedaba por debajo de lo que yo quería. La vida era demasiado pequeña, estrecha, limitada, y todo ayudaba a que fuese así, tan distinta de la que ansiaba. El desasosiego, el ardor, incrementaron mi angustia. Lo que el sueño auspiciaba lo desmentía la vigilia, lo que conquistaba la imaginación se estrellaba en la realidad. Poco a poco fui perdiendo lo que parece más razonable, alejándome de lo que querían enseñarme o predicarme, evitando la resignación que, al parecer, es el único camino para encontrar ese sosiego y esa lucidez que te permite dominar la vida, evitar que siempre te derrote.

Los dedos de la mano derecha de Fabio habían ascendido por el espejo y Mino sintió que aquella huella del vidrio marcaba la orientación del inmediato más allá, como los dedos mutilados de Aníbal marcaban, en las calles extraviadas de su existencia, una dirección de regreso.

—La libertad, porque al final de eso se trata —dijo Fabio—, estaba en dejarse vencer, en aceptar que la vida es una derrota que merece la pena, y que lo único posible es elegirla, no perder la batalla donde te llevan, sino donde a ti te da la gana.

Ésa es la libertad, precaria pero suficiente, del vividor, lo que yo acabé siendo y, como tal, del descarriado, del perdido, del que encuentra en el desorden el alivio de su angustia y desasosiego. Una vida que tampoco es nada del otro mundo, no te creas, pero que me parece importante que sepas que existe.

Mino quería agradecer lo que Fabio acababa de decirle, pero le seguía siendo imposible abrir los labios, articular palabra. Entonces recordó que nunca en los sueños logró hablar, que soñando siempre escuchaba pero jamás decía nada. El recuerdo de sus sueños era un recuerdo mudo, lleno como mucho de intensas emociones sin palabras.

—Ahora vete a dormir —le ordenó Fabio, y fue el único instante en que se volvió hacia él y Mino tuvo la sensación de percibir el brillo fúnebre de sus ojos, oscuros y temblorosos como las lamparillas de aceite—, quiero estar solo un rato, ya que no me queda mucho tiempo.

Fue entonces, al volverse para obedecerle, al caminar lento y melancólico hacia la puerta del salón y regresar a la cama, cuando Mino abrió la boca y logró musitar una única pregunta:

—¿Dónde vas a ir? —quiso saber, como si el destino mortal de Fabio pudiera colmar la mayor curiosidad o servirle de consuelo o completara lo que faltaba para llenar su secreto.

—Creo que al infierno —dijo Fabio, con la ironía de quien ya sabe lo que más le conviene. Hace tiempo estuve allí tres días y la verdad es que aquello me gustó.

15. El fardo

En la mesita estaban las cuatro cosas de Fabio y, todavía en la cama y con el peso del sueño como un espejo de confusión, Mino Mera pensó en ellas antes de hacerlo en la cesta donde su tío había regresado al hogar.

La luz de la mañana reponía el brillo lunar en la blancura de los visillos, y era un indicio de que la noche y el día de Ordial sumaban la solitaria iluminación de la misma ruina en el abandono de agosto.

Del sueño quedaba el lastre de la voz de Fabio como un eco que venía de la más recóndita distancia del mismo. Su recuerdo demoraba la emoción de una pérdida, que era lo que Mino sentía al despertar, con mucha más desazón que la evidencia del fúnebre envío.

Alargó la mano derecha a la mesita y cogió el pequeño envoltorio que deshizo con más aprensión que cuidado. El grasiento papel de periódico contenía una cajita de cartón en la que había una baraja muy usada. Los naipes se amontonaban abarquillados y borrosos. Los abrió en abanico sobre el embozo de la sábana y los estuvo observando un momento, como si ellos escondieran alguna contraseña de la vida de Fabio, más allá del reflejo de su condición de jugador que hubiese guardado la baraja por alguna razón especial. Era muy poco lo que Mino sabía de los jugadores, aunque había oído hablar de las timbas más sonadas de Ordial: del Café Solera y los Salones Meredito que Caviedo había mentado en el *Vespertino*, y pensaba que el juego estaba lleno de fetiches y manías, según se podía apreciar en los tahúres de las novelas del Ripalda y en alguna película.

Recogió los naipes y alcanzó la carta de Dolina, la única preservada entre las seiscientos treinta y cuatro que Edesma quemó. En el sobre la dirección de Fabio en la Eternidad estaba escrita con pulso nervioso, el mismo que componía una letra progresivamente deformada en las dos caras de la amarillenta cuartilla. La carta tenía una fecha ilegible y en el sobre no había remite. Dolina Borla firmaba «con el último aliento que me queda, que ya no es mucho», según hacía constar la caligrafía final completamente embarullada, «aunque espero que suficiente para hacer lo que debo».

Mino se disponía a leer entera la carta pero pensó que debía ser demasiado tarde. Localizar a Meroy resultaba imprescindible y la sospecha de que hubiese huido dejando el cadáver de su tío como un regalo envenenado volvía a colmar su desasosiego. Corrió al teléfono, comprobó de nuevo con exactitud el número de la Eternidad y lo marcó con cuidado, después de ratificar que la cesta permanecía cerrada al lado de la consola.

—Fajas Mustadín, elásticas, todas las tallas —dijo una voz que más que anunciar enumeraba las posibilidades de un imprevisto pedido—. Bragas Royal, opal, colores celeste y malva, tallas normales, también niña. Sujetadores Mirna, compactos, delicados, ensueño, sólo tallas habituales...

—Pensión Eterna —musitó Mino atribulado.

—Media docena mínimo, precios especiales desde tres docenas —continuó la voz—. Talía, medias cristal, doscientos pares, corsetería La Fama y Almacenes Lincon, precios pretemporada, a convenir.

—Por favor —suplicó Mino—, quería hablar con Aníbal Meroy, es muy urgente. La voz se detuvo un instante.

—¿Toma nota o no la toma? —inquirió destemplada—. O estamos a lo que estamos o no estamos para nada, y si no estamos lo mejor es colgar y pasar la llamada.

—Llamo a la Pensión Eterna —confirmó Mino sin desanimarse—, y le ruego que avise a Meroy, por lo que más quiera.

—Llamadas comerciales —zanjó la voz con resignación mal disimulada—, ¿cómo habrá que decirlo? Información del cliente, pedido, cuenta y saldo, el que prefiera ver el muestrario que lo haga constar. No estamos aquí para caprichos y menos para poluciones nocturnas, caballero, la seriedad es la marca de la casa.

La comunicación se cortó y Mino reprimió la intención de volver a llamar, convencido de que no había nada que hacer.

—No me queda más remedio que ir a buscarle, maldito loco —decidió desalentado.

Del sueño a la realidad la mañana iba imponiendo la constancia del muerto, y el halo nocturno de su imagen y de sus palabras se difuminaba con el mismo sentimiento con que Mino constataba su pérdida. El muerto volvía a ser, antes que nada, el penoso cadáver remitido en la cesta y de nuevo la inquietud alimentaba la aprensión y el más absoluto desconcierto.

La duda de llamar a su padre se hizo más densa mientras se vestía y la decisión de hacerlo, si al mediodía no había logrado encontrar a Meroy, le proporcionó una falsa tranquilidad.

—También me deshereda —se dijo—, pero antes recupera todas las bofetadas que falló conmigo, que son muchas.

Junto a la carta de Dolina, en la mesita, estaba el papel doblado que había recogido en el bolso de la chaqueta del Santo, la última de las cosas de Fabio. Era un recibo que justificaba un empeño en el Monte de Piedad.

Esas cosas, que Edesma había guardado, aliviaron por un momento la imaginación de Mino como huellas entretenidas de la investigación que un detective pudiera emprender en una mañana como aquélla, pero la cesta arrimada a la consola en el recibidor impuso la cruda realidad.

La observó de nuevo antes de cerrar la puerta y alcanzar el descansillo y la solitaria escalera, y no pudo contener una especie de ahogo que culminaba la aprensión de saber que el cadáver de Fabio era un fardo que había caído sobre sus espaldas.

La ciudad no espabilaba en la media mañana y en el camino hacia el barrio de la Estación había gentes somnolientas que tropezaban en las aceras. Mino sintió el

parentesco de aquellos seres desorientados que, como él, sobrevivían en el agosto de Ordial sin que nadie se apiadara de ellos.

Fue a la altura del puente del río Nega cuando se acordó de que no había desayunado y, al momento, tuvo la sensación de que le seguían. El aturdimiento era el causante de su descuido, poco razonable después de la persecución nocturna y, aunque no lograba superar la confusión ni deslindar otra alternativa que no fuese encontrar con la mayor urgencia a Aníbal, pensó que no debía bajar la guardia. Los secuaces del doctor Delerio Belisco, buscaran lo que buscaran, no eran menos sinuosos que el propio Meroy, y lo más lógico sería en cualquier caso andarse con pies de plomo. En el bolsillo izquierdo del pantalón palpó el pequeño sobre que le habían entregado a la puerta de su casa, el pésame de Belisco que le sugirieron que leyera y considerara, cosa que no había hecho.

Apoyó los brazos en la balaustrada del puente. El Nega bajaba lento y escuálido, las aguas arrastraban una suciedad de limos negros.

Cambió de acera y de dirección y en el camino de regreso no le fue nada difícil descubrir al desmedrado de la noche anterior que, a veces, hacía un juego tan solapado como inútil en su seguimiento: como si jugara intermitentemente a esconderse y dejarse ver. Su enorme chaqueta sobrevolaba las esquinas igual que el paño de una bandera que ondea donde no hace falta.

Las dudas de lo que debía hacer las fue considerando bajo el sentimiento cada vez más urgente de la persecución y, cuando tomó conciencia, no había solventado ninguna y estaba en Torre Ontoria, en el portal del quiosco Ripalda, que asomaba a la plaza con la penuria de un chiscón comido por las moscas.

Desde su entrada se podían controlar los balcones de la Academia Bernal, pero no era posible escuchar las bofetadas de don Rito, cuyo eco vibraba en los campanarios cuando los balcones estaban abiertos, apenas divisar su figura entre el humo de la colilla y las tizas.

—No te aconsejo que subas —le dijo Mento, el dueño del Ripalda—, Corvián y Lola acaban de bajar con un ojo a la virulé, expulsados de por vida.

—Era lo mejor que me podía pasar —reconoció Mino desesperado—. Lo que arrastro sólo se remedia con hechos consumados y de eso quien más sabe es don Rito.

—Si se te puede echar una mano, no dudes en pedir auxilio. Uno no es el sheriff de Minnesota, pero tampoco quedó cojo jugando al billar. Con tal que no sea dinero...

El desmadrado venía por la acera. Llevaba las manos en los bolsillos del pantalón y una colilla en los labios. La chaqueta casi alcanzaba la desproporción de un absurdo abrigo.

—¿Conoces a ése? —preguntó Mino.

—Conozco la chaqueta que lleva —dijo Mento asomando por el ventano del quiosco—. Todo el ajuar de Lipo Luvia proviene de los difuntos, de ahí que la confección y la talla no sean las más selectas. Si tienes algo con él, te aconsejo que te

esfumes.

16. Los reos

La puerta de la Bernal estaba abierta. Mino había alcanzado el portal y subido las escaleras como una exhalación, cuando Lubia sobrepasó el chiscón del Ripalda.

No intentó confirmar si su perseguidor se había dado cuenta.

Lipo Lubia iba a la suyo con la cachaza y la tozudez del perro de presa que sólo sabe hacer lo que le ordenan, y de la escueta información de Mento, más allá de la temerosa advertencia, lo único que aligeraba ese cerrado instinto del sabueso era su afición excesiva a la grifa: la nube que a veces trastocaba su destino.

—Compra y vende —dijo Mento—, pero es él su mejor cliente. En el Tercio fue corneta de la Bandera Lepanto, donde hubo seis de Ordial, todos desaparecidos menos Lipo. La chaqueta era de Felipe Marro, que murió hace cuatro meses en el barrio de La Breña, no lejos de mi casa, de un cáncer de estómago. Ves lo que lleva puesto y es igual que una esquela, se trate del muerto que se trate.

Lo más extraño era el silencio que, tras la puerta de la academia, presagiaba una especie de vacío en las tres aulas, imposible de entender en la media mañana, cuando las clases debían estar en su apogeo.

Mino fue por el pasillo con la cautela de quien quiere llegar inadvertido, consciente de que lo hacía sin la cartera, como el cazador que olvidó la escopeta y el perro. No era posible colarse en el aula de don Rito sin que él se percatara, pero a lo mejor todavía no se había dado cuenta de su ausencia y la podía disimular.

—Mera —escuchó a sus espaldas cuando iba a abrir la puerta del aula, aturdido por el silencio que convertía la Bernal en una cripta abandonada.

Doña Pura Lisco llevaba las gafas más vencidas sobre la punta de la nariz que cuando, semana tras semana, requería a los alumnos para hacer efectivos los recibos en el cuchitril de la secretaría, el espacio más ominoso de la Bernal.

Doña Pura compatibilizaba la burocracia académica y los latines, pero el prestigio de la Bernal no venía de ella ni de don Promo, que aunaba historia, geografía y otras disciplinas y dolencias renales, sino del ilustre matemático que había echado a perder su futuro con la dichosa lata de sardinas.

—No simule, que a nadie engaña —dijo la Lisco—. La falta la tiene anotada y, a mayor abundamiento, notificada, porque su padre habló con el señor director esta misma mañana. Entre y siéntese, que ya recibirá lo que le corresponde.

—Me dormí —musitó Mino con gesto pesaroso—. Anoche me dolía la cabeza y no pegué ojo.

—Las disculpas en Dirección cuando don Rito se reponga. Su padre tiene constancia fidedigna de su aprovechamiento y, a lo mejor, prefiere mandarlo directamente al Odomino que seguir tirando el dinero.

En el aula los alumnos permanecían extremadamente inmóviles, como si hubiesen sido testigos de algún accidente. Los ojos se clavaron en Mino, que avanzó por el pasillo central hasta alcanzar su pupitre.

—¿Qué pasa? —preguntó al compañero más cercano.

—Le dio un ataque.

—Corvián y Lola estaban en el retrete —informó Licio, pasándole una hoja del cuaderno con un obscuro dibujo de dos perros.

—Si no entra don Promo los tira por el balcón —dijo Toba.

—Los ha expulsado —afirmó Leno a sus espaldas—. Te perdiste el combate del verano, ardió Troya.

—Don Rito los sacó a patadas —dijo Licio—. A Corvián lo vimos con la bragueta abierta y el sacristán a la puerta, y a Lola con la trenza en la frente.

—No le hagas caso —indicó Mela—. No hacían nada, estaban fumando.

—Los pilló, joder —aseguró Telo desde el primer pupitre, sin lograr contener la rabia—. Como los perros que pinta Lici o los gatos que dibuja Mangana. Ahora los que vamos a pagar las consecuencias somos nosotros. Y sobre todo tú, Mera, que en diez días llegaste tarde tres veces.

—¿Me las cuentas? —quiso saber Mino indignado.

—Todas las que gano me las debéis en buena medida, porque el que está en el primer pupitre cobra las unas y las otras —evaluó Telo—, y lo propio sería que cada cual cargara con las suyas. Las bofetadas que les sobraron a Corvián y a Lola ¿quién se las quedó?

El silencio volvía a reinar en el aula.

—¿Le dio muy fuerte? —quiso saber Mino.

—A tope —informó Toba—. Después de pegarles y poco antes de mandarlos a la calle comenzó a ponerse morado. Corvián y Lola escaparon como pudieron. Cayó al suelo y empezó a patlear.

—Echaba espuma, macho —indicó Licio—. ¿Te acuerdas de cuando Burino le alzó la mano el día que le rompió la regla en la cabeza? Igual. Lanero fue a avisar a la Lisco, pero a ninguno se nos ocurrió, como aquella vez, meterle un pañuelo en la boca. Bueno, a mí sí, pero era mejor que se mordiera la lengua, porque así no le oiremos ladrar en unos días.

—No nos caerá esa breva —dijo Leno.

—No nos va a caer —aseguró Mela—. Don Promo se lo llevó, pero todavía le dio tiempo para decirle a Quito que borrara el encerado.

La nube de tiza envolvía la pizarra donde Quito, a pesar de las quejas, seguía

afanado en no dejar la mínima huella. Entre las toses de los primeros pupitres se alzó de nuevo la voz de Telo que se quejaba de su condición de chivo expiatorio.

La atmósfera del aula acrecentaba el oprobio de los alumnos enjaulados, el sudor de la mañana que los balcones cerrados exprimían hasta el ahogo, como si en esa atmósfera estuviese contenido el castigo que merecían todos los reos de la Bernal.

En ese castigo pensó Mino, en la desgracia de aquellas mañanas que la voz intemperante de don Rito atravesaba como un grito de discordia que transformaba el mundo en el lugar menos apacible. Lo estaba pensando y se estaba dejando vencer por el sueño que amparaba el rumor de la voz de Leno que comentaba algo indescifrable a su espalda, cuando escuchó su nombre, la requisitoria que provenía de algún incierto lugar donde el mundo se había hecho pedazos.

—Mera, Mera —resonaba el eco de la llamada en el vacío donde el sueño se mezclaba con la pereza.

Alzó los ojos y distinguió en la nube de tiza la calva sudorosa de don Promo, que iba a encargarse de la clase mientras don Rito se recuperaba.

—A Dirección... —ordenó, con el dedo índice de la mano derecha indicando el camino del patíbulo sin ninguna piedad.

Mino sintió la cercana e inútil conmiseración de Toba y Leno. Dio unos pasos lentos entre los pupitres y aspiró el humo intentando recobrar la nube tóxica de sus cigarrillos. La mano de don Promo se mantenía firme y la velada sonrisa que remarcaba la comisura de sus labios mostraba el desprecio al que le habían acostumbrado sus cólicos renales.

Por el pasillo, con los pasos todavía vacilantes, recordó las palabras de Fabio, lo que en el sueño había dicho de la vida y la libertad, una modesta consigna a la que le gustaría agarrarse para salir huyendo, porque esa derrota que Fabio aseguraba que merecía la pena había que elegirla, y lo último que él podía elegir era tener que vérselas con don Rito, aunque la libertad de escaparse tampoco estaba al alcance de su mano.

—Nulo —dijo don Rito nada más verle aparecer, cuando la Lisco cerró la puerta de Dirección tras él, después de empujarle sin muchos miramientos—. Nulo de nulidad —reafirmó la voz tomando una energía impropia de quien acaba de sufrir un ataque—. Nulo de nulidad y de anulación, nulo por inutilidad, ineptitud e ignorancia.

El matemático se crecía sobre el sillón de su despacho y con la mano izquierda golpeaba la mesa al ritmo de sus admoniciones. En la mesa había un folio garabateado con cuatro maltrechas operaciones y unos dudosos números sueltos. Mino reconoció en seguida el último ejercicio que evaluaba el precario aprovechamiento: la ecuación de segundo grado que había sido incapaz de resolver.

—Dentro de la cuadrilla de cateados que ensucia las pizarras y desprestigia las aulas de la Bernal —aseguró don Rito, cerrando de nuevo el tembloroso puño izquierdo—, se lleva usted la palma. Ni sabe, ni atiende, ni se fija. Y, además, incumple, omite, infringe, quebranta, contraviene y descuida. Es usted un momio y

no conozco a nadie que tire con mayor despego el dinero de su padre a la basura.

La tos entorpeció de momento la perorata y Mino temió que se repitiera el ataque y cruzó los brazos con el gesto precavido de quien prepara la defensa.

—Esta mañana hablé con su padre y le he dado cuenta milimetrada de su comportamiento. Dará usted con los huesos en el Odomino, no le quepa duda. Yo renuncio a atarle corto y allá se las entienda. La cartilla será su padre quien se la lea.

Mino hizo intención de irse, la tos convulsionaba al matemático, cuya mano izquierda recorría temblorosa la mesa hasta alejar despreciativamente el folio garabateado.

—Llévese esa porquería —le indicó—, y quítese de mi vista que no respondo. Las aulas de la Bernal jamás cayeron tan bajo como este verano, no se recuerda una jarca igual, están todos ustedes desahuciados.

Vio a la Lisco en el pasillo y en su mirada percibió la mueca rencorosa que tanto reconforta a los espíritus vengativos.

Don Promo divagaba en la nube de tiza sobre el confuso pleito de los Trastámaras y el compromiso de Caspe, mientras los alumnos observaban inquietos la entrada de Mino, sus pasos de regreso al pupitre, intentando adivinar la huella moral o física de la tortura.

Se sentó y pensó en Aníbal Meroy. Después, con mucho cuidado, sacó del bolsillo la tarjeta de pésame que los secuaces de Belisco le habían entregado la noche anterior.

Era una tarjeta de visita con el nombre del doctor impreso en redondilla, sin ninguna dirección. Una letra diminuta y no muy fácil de descifrar declaraba el sentimiento por la muerte de su viejo compañero Fabio y pedía al sobrino que fuese a verle lo antes posible y que no se fiara de nadie.

17. Vida y milagros

Cuando los diezmados efectivos de la Bernal se dispersaron por Torre Ontoria, lo hicieron con la conciencia de un ejército desmoralizado.

La academia era el reducto de una derrota que compartían intentando disimular el gesto humillado al que se hacían acreedores, y que don Rito escarnecía hasta doblegarlos. La ruina del verano desalentaba las penosas mañanas teñidas de pereza e ignorancia, y el inestable compañerismo, promovido por los suspensos y el castigo, no paliaba la amargura de los contendientes, sumidos en la indolencia y el fracaso.

Mino Mera observó desde el portal la desbandada y asomó, con mucho cuidado, cuando en la plaza la violencia de la luz salpicaba el pergamino de las paredes y hacía brillar el oro viejo de las piedras más recónditas.

—Vagos —había gritado don Rito desde la lejanía de su despacho, sin que el desordenado tropel, que bajaba las escaleras para huir de la quema, pudiese borrar el eco de su voz—. Vagos de gandumba, haraganería y holganza. Vagos de gandaya, gárrulos, malas pécoras...

Caminó por la acera sin mucha convicción de no ser seguido y, a la altura del portal del Ripalda, vio a Mento que le hacía señas para que se acercase.

—Te esperan en el Tubinga.

—¿Quién?

—Uno que quiere verte.

—¿Lubia?

—De la misma cuerda o parecida tela, pero amigo a lo que parece. Ni el sheriff de Minnesota podría echarle una mano con esas amistades que te gastas. ¿Don Rito pasó a mejor vida?

—No la hay —aseguró Mino muy convencido—. El quiosco y la pata te los cambiaba yo para siempre y, además, te regalaba una familia para que no sigas quejándote de huérfano.

Mento le miró con menosprecio.

—No adelantes acontecimientos, que eres joven —dijo—. Una pata jerela supone arrastrar por la vida algo de uno que murió anticipadamente, qué sabrás tú de lo que hay que cambiar.

Salió de la plaza y en la última esquina comprobó el vacío luminoso que casi la hacía desaparecer. No se veía a nadie.

—Pero hombre de Dios —le dijo Aníbal Meroy nada más entrar en el Tubinga—, creí que se me había perdido sin remedio. La de medias suelas que llevo gastadas no es para contarlo.

Bebía en el mostrador y el vaso emitía un destello granate en la apurada penumbra que las contraventanas cerradas no completaban. En el Tubinga había cuatro o cinco clientes y una atmósfera de moscas somnolientas.

—Mi tío —dijo Mino sin lograr que sus palabras recabaran el suficiente grado de indignación— está en casa, me dejaron la cesta.

Meroy le condujo a una mesa cercana.

—Pero ¿qué dice, cómo se le ocurre siquiera? La estrategia casi hubo que improvisarla sobre la marcha, pero sin cabos sueltos. Se recoge lo que se siembra, de eso no puede haber duda, pero no por mucho madrugar amanece más temprano, y desde luego un muerto no viaja en tranvía.

Mino se sentó bastante desolado. La amenaza de don Rito tras la conversación telefónica con su padre se acumulaba a lo que estaba sucediendo, y en ese momento era incapaz de deslindar el desorden de todo aquello.

—No hubo suerte con Sampiro —informó Meroy, apurando el vaso—. El *Vespertino* sale sin la necrológica y eso nos complica la existencia. Vamos a hacer un último intento, es indispensable que me acompañe.

—La cesta está en mi casa —aseguró Mino con más desánimo que enojo—. Usted me ha tomado el pelo.

—Dios nos libre, pero ¿de qué chifladura me habla? ¿No habrá pensado que en esa cesta está el cuerpo de Fabio? Ni en tranvía ni donde no puede, un muerto no es ninguna bagatela, aquí no jugamos al escondite.

Mino vio los dedos huérfanos de la mano derecha de Aníbal que sujetaban el vaso como si lo estrangularan.

—Vamos, por favor —le requirió—. A Sampiro podemos echarle el guante en el Moraña mientras come; luego, si te he visto no me acuerdo.

En el mostrador pagó la consumición. Las moscas del Tubinga se habían alterado y volaban como grumos en la atmósfera hendida por el filo de luz que se colaba por las contraventanas.

—¿Es que a usted no se le ocurrió abrir la cesta? —inquirió Meroy—. ¿Ni siquiera tomarla al peso? Se pasa de ingenuo que es casi tan malo como dárselas de listillo. El malentendido es morrocotudo pero, hombre de Dios, no le íbamos a hacer un regalo envenenado. La estrategia se inspiraba en un truco de Oscis. Contamos con dos cestas exactas y la que Jurial y Molpe bajaron de la furgoneta y dejaron en su casa era, obviamente, la que no contenía el cuerpo. De los resultados del engaño le pido disculpas, no faltaría más, y de que hayamos tenido que hacer el paripé usando su domicilio. En todo momento sabíamos que a Godo y Lubia los teníamos a la espalda y, además del engorro, era lo mejor para hacerles morder el anzuelo.

Meroy abrió la puerta del Tubinga con mucho cuidado.

—Los teníamos —ratificó— y seguro que los tenemos.

—Lubia —dijo Mino— me ha estado siguiendo esta mañana. Ayer por la noche me esperaban en el portal de casa.

—Y supo usted salir airoso. De tal palo tal astilla, su tío estaría orgulloso y, como hay Dios, que quieran o no reposará en el Edén, que es lo que pidió a sus amigos.

Mino sintió que le empujaba en la espalda.

—Vaya directo al Moraña, no perdamos más tiempo. Yo le voy a la zaga. ¿Conoce el bar? —Sí.

—La necrológica justificaría la reconciliación del muerto mencionando la casa doliente, pero sin ella estamos vendidos.

En ningún momento sintió los pasos de Aníbal tras él ni tuvo la menor sospecha de que Lipo Lubia le siguiera.

No tenía mucho interés en ir al Moraña y las explicaciones de Meroy habían contribuido a sosegarle, pero no le resultaban del todo fiables. La imagen de la cesta arrimada a la consola continuaba imponiendo su presencia de envío mortuario, y no acababa de creerse que el cuerpo de Fabio no estuviese dentro.

—Soy bobo... —musitó Mino, intentando no perder la escueta línea de sombra que aliviaba la acera, mientras llevaba la mano derecha al estómago urgido por un incipiente malestar que también amargaba su saliva.

En el Moraña comía una cuadrilla de ruidosos albañiles y acababa de levantarse de la mesa Sampiro, cuando Mino abrió la puerta y Meroy entró antes de que él casi se dispusiera a hacerlo.

—No hubo nada que rascar —dijo Sampiro, que alzaba en la barra una copa de coñac con hielo—. A don Sifo no se la colamos: donde hay patrón no manda marinero. De las cuatro cosas que miró fue a fijarse precisamente en la necrológica. Fabio no era santo de su devoción.

—Este chico es el sobrino, ya lo conoces —reiteró Aníbal oficioso—. Don Sifo igual se hizo ideas raras.

—Don Sifo, amigo Meroy, conocía la vida y milagros de Fabio, en la medida en que más o menos todos la conocemos en Ordial. Un pájaro de cuenta en el *Vespertino*, fue su comentario antes de tirar mi cuartilla al cesto de los papeles, ¿es que Sampiro confunde la indecencia con la hombría de bien o quiere tomarnos el pelo? Lo del domicilio doliente no se lo cree ni este muchacho, que tiene todo el derecho del mundo a llorar la muerte de su tío, pero será el único de la familia. Yo quise haceros un favor y lo que escribí, ya lo viste, era muy sentido.

—Una nota más sencilla, más disimulada —insinuó Meroy—. O la noticia escueta del entierro.

—Nada que rascar —confirmó Sampiro—. No me la juego. Ni una esquila pagada. Donde don Sifo pone el ojo no crece la hierba. Todo Dios anda por ahí diciendo que el *Vespertino* es un periódico feo, católico y sentimental, y hay que atenerse a las consecuencias. ¿Es que a Fabio lo entierran en sagrado?

18. La muerte clandestina

—Nada que rascar... —repitió Meroy tras salir atropelladamente del Moraña, mientras Sampiro se iba con paso ligero y, todavía desde la distancia, se volvía hacia ellos con el gesto irónico de quien se lava las manos.

—Una buena sepultura, Aníbal —había dicho palmeándole la espalda—, para que Fabio esté a gusto, porque en el infierno ya se encargará él de que nada le falte.

Mino dio unos pasos tras Meroy. El malestar crecía en su estómago promoviendo una sensación de ansiedad y disgusto. No había desayunado y la hora de comer se

atrasaba más de lo debido.

—La mala suerte se ceba con el que menos la necesita —dijo Meroy, mientras Mino le iba a la zaga por la acera que perdía la línea de sombra—. Un meapilas no puede dirigir un periódico sin que se note su condición, ya es castigo.

Mino decidió detenerse. El vacío del estómago irradiaba un ruido en las tripas desoladas. Meroy se alejaba.

—Vaya a casa y no se preocupe —le dijo a la vuelta de la primera esquina—. Mientras menos asome la gaita, mejor. Ya tendrá noticias y ya verá cómo todo acaba como debe, tampoco una esquela es el salvoconducto para el más allá.

—Oiga —quiso reclamarle Mino, dispuesto a correr tras él—, la cesta...

—Pero, hombre de Dios, con la que tenemos encima, no vuelva a lo mismo, no sea pestiño. ¿Cómo puede pensar siquiera en un regalo de esa categoría? Lo que más siento de todo es que me tome el número cambiado. El tiempo trabaja a nuestro favor, de veras.

Mino le vio desaparecer.

—Bobo, bobo perdido —se recriminó, y en ese momento, incapaz de cualquier decisión, pensó en su padre y, más allá del temor que incrementaba su recuerdo, sobre todo tras la amenaza de don Rito que preludiaba lo peor de lo peor, encontró cierto consuelo en la irremediable llamada que no tardaría en producirse.

La resignación era la mejor cobertura para acomodarse a lo que estaba sucediendo y la intervención de don Suero la única que, al fin, pondría las cosas en su sitio, con todo el coste personal que iba a suponer.

Mino llevó la mano del estómago a la mejilla y, en el desnortado camino hacia el Padormo, donde Dolo y Herminia le aguardaban preocupados porque llegaba tarde a comer, fue reconsiderando ese coste personal que supondría la intervención de su padre.

—Me mata —concluyó—, me mata vivo.

Rechazó la copa y el cigarrillo que Dolo le ofrecía después de que Herminia se quejara de su inapetencia.

—Me molesta el estómago —se había disculpado.

—Tanto estudio, tanto devanar la cabeza, y con este agosto que no deja respirar.

Arienza estaba sumida en la misma soledad abrasada que el mediodía de Ordial repartía a partes iguales en todas las calles, como si la agonía urbana, bajo el calvario del sol, tuviese un peso y una longitud que no respetaba fronteras. Esa soledad olía al olvido de los fugitivos y al estertor de los que desaparecieron en el sueño imposible de la siesta.

Mino retrasaba el momento de subir a casa. Por la acera de Arienza el mediodía había dejado un polvoriento resplandor de pavesas que ahora, cuando la tarde asumía su herencia, se iban convirtiendo en cadáveres de mariposas que mostraban su reflejo de plata sucia.

Alcanzó el portal y mantuvo la esperanza de que Lipo Lubia, o su compañero de

pies planos, todavía asomaran en el último momento, decidiéndole a regresar sobre sus pasos y aplazar el mayor tiempo posible el reencuentro con la dudosa cesta, la comprobación de lo que Aníbal afirmaba.

—No soy yo quien vivaquea en la chaqueta como un militar en el poncho de campaña —había dicho Meroy mentando a Lubia—. No me tome el número cambiado, que los verdaderos amigos de Fabio jamás despojaríamos a un muerto de la ropa que cubre la desnudez de su nada.

Cuando llegó a la puerta del piso, estaba sonando el teléfono y no tuvo duda de que era su padre. Sacó las llaves con más lentitud que decisión y tardó en abrir lo suficiente para que el teléfono dejara de sonar. El teórico consuelo de aquella llamada se difuminaba definitivamente en el temor y la opresión de tener que oírle.

Fue entonces cuando Mino tuvo conciencia exacta de lo lejos que de él estaba don Suero, de lo poco que su familia suponía en la distancia insalvable que él jamás hacía nada por paliar, porque todo lo que pudiera sucederle ni les concernía ni existía la menor posibilidad de que pudiesen entenderlo.

La soledad quemada de la calle se extendió a su ánimo hasta paralizarle, y afianzó el sentimiento de su orfandad, como si ese sentimiento conllevara una dosis equiparable de desolación y lucidez.

En la rala penumbra del recibidor percibió el túmulo como un bulto extraviado donde la muerte viajaba sin destino. Dudó un instante en acercarse a la consola y también en encender la luz para corroborar mejor lo que Aníbal mantenía.

—Así son las cosas... —musitó, repitiendo las palabras de Fabio en el sueño—. Tengo que venir escondido como se esconde el furtivo en el monte porque, al final, en lo que derivó mi vida es en una muerte clandestina.

La cesta tenía la tapa asegurada con dos livianos pasadores que Mino retiró fácilmente. Al mover la tapa se percató de que el peso era leve, pero el temblor de la manos mezclaba en igual medida el miedo y la aprensión.

El teléfono sonó de nuevo con un estrépito exagerado y contuvo con dificultad el susto. Por un instante dudó en levantar por completo la tapa, pero el estrépito le confundía y se apresuró a descolgar.

—Don Belarmino Mera —pronunció una voz que resonaba en el eco de una misteriosa lejanía y que más que un requerimiento parecía expresar una confirmación.

Mino asintió sin que la confusión se disipara, consciente del riesgo que acababa de correr ante la llamada ineludible de don Suero que no tendría el arrojo de contestar.

—Soy Delerio Belisco —dijo la voz, y el eco hacía prever una estancia de alto techo abovedado o la mera sonoridad de su engolamiento—. Le envié una tarjeta dándole el pésame por el fallecimiento de su tío, y en ella le indicaba mi interés en hablar con usted. Le reitero mi condolencia.

—Gracias —musitó Mino, sin apartar la mirada de la cesta que, junto a la

consola, recobraba su intrascendencia de objeto vulgar abandonado en el sitio menos oportuno.

—Necesito hablar con usted y estoy seguro de que, además, va a agradecermelo —afirmó la voz, cuyo eco tampoco era ajeno a la presunción del mensaje—. No me gustaría que un familiar de Fabio pudiera ser engañado y manipulado. Su tío era hombre de palabra.

—No le conocí —dijo Mino tan espontánea como ingenuamente, y en seguida se arrepintió de ello.

—Yo podría contarle muchas cosas de él, algunas pertenecientes al secreto de una larga amistad. Venga a verme y, por favor, no se demore. Conviene que hablemos. Decídase antes de que el engaño haga imposible que la palabra de Fabio se cumpla tal como la empeñó.

Las dudas de Mino se concentraban en un pozo oscuro del que le resultaba muy difícil improvisar una salida. Eran unas dudas tan sólidas como ingratas, que alimentaban la oscuridad de la sospecha y una espesa incertidumbre que el último encuentro con Aníbal había ahondado.

—Está bien —cedió, impulsado por la necesidad de encender una lámpara que iluminara un camino que condujese a algún sitio.

—Hay una persona que se encargará de traerle —ofreció Belisco—, si a usted no le importa aceptar la invitación de vernos en mi casa. Estoy algo enfermo y no me conviene salir. ¿Le parece bien?

Mino asintió. La chaqueta de Lipo Lubia sobrevoló su pensamiento como una sombra que albergara el sueño de un muerto expoliado.

—Le espero —dijo la voz, y el eco se difuminaba en la oquedad de su infinita lejanía, cuando Mino se percató de su precipitada decisión.

—Oiga, no voy a ir, no tengo nada que hablar con usted —aseguró sin mucho convencimiento cuando al otro extremo ya habían colgado.

—Bobo —volvió a recriminarse sin apartar los ojos de la cesta, pero la curiosidad que le suscitaban las palabras de Belisco contribuía a mermar sin remedio la deteriorada confianza de Aníbal.

Alzó la tapa y percibió en el vacío de la cesta el humo de la penumbra, la soledad quemada de la tarde. La arrastró con facilidad para revisarla mejor. La piel de un animal cazado en el invierno, que era el gabán de Fabio, yacía en el fondo, como si la magia de Oscis la hubiese removido del olvido.

El teléfono volvió a repicar y Mino estuvo seguro de que era su padre y aguantó decidido hasta que cesó la llamada.

—Matarratas... —musitó con más determinación que inquietud.

19. La rabia y la tiña

Por la acera de Arienza venía el hombre alto con su bamboleo de pies planos y Mino, que le había visto desde el balcón, le esperó en el portal.

Apenas había podido adormecerse y el cigarrillo que encendió con desgana lo apagó en seguida. En la penumbra del salón la atmósfera goteaba un polen de flores calcinadas y en las sábanas tendidas sobre los muebles reverberaba el lino como nieve caliza. El estómago volvía a irradiar una molestia difusa, que la digestión removía. Al menos durante dos horas había sobrellevado la tensión de escuchar el teléfono, que sonaba intermitentemente, como si las llamadas de don Suero fuesen acumulando la indignación y la urgencia.

El hombre llegó sin apurar el paso, lento y escorado, y no hizo ningún gesto especial al divisarle.

—Me manda el doctor —dijo, con la voz ausente de quien trabajosamente retira la colilla de los labios para hablar—. Venga, que le llevo.

—Esperaba a su compañero —afirmó Mino, que comprobaba la descomunal talla de los pantalones del hombre y el indefinido color moteado de aceitosas lámparas—. Anda todo el día detrás de mí y cuando de veras es necesario no aparece.

—Lo que Lipo no ve, lo pisa Godo —dijo el hombre, dispuesto a caminar dos o tres pasos delante.

—Antes de nada —requirió Mino—, dígame dónde vamos. No sé si el doctor Delerío vive en Ordial o en el quinto pino.

—No jeringue —pidió el hombre tajante—. Donde vive el doctor ni es Ordial ni el quinto pino. El Sanatorio del Muergo no se despinta.

Mino le alcanzó. El bamboleo hacía molesto mantenerse a su altura. Los pies de Godo desparramaban su movimiento.

—¿Y a qué se dedica el doctor, si puede saberse?

—Operaciones —dijo el hombre, con el tono renuente de quien no está dispuesto a dar más información.

Mino dejó que Godo continuara delante.

La media tarde vibraba en la soledad de Arienza como un estertor. Todavía era imposible librarse del sol que esparcía las décimas de una fiebre seca que expandía su epidemia.

Poco a poco el hombre fue ganando terreno. Sus pasos no eran veloces pero mantenían sin respiro el mismo ritmo apresurado. Giró hacia la corredera que, casi al final, bajaba a la plaza Escondida, donde los soportales guardaban la única sombra urbana.

—¿No pretenderá llevarme en eso? —inquirió Mino, cuando vio a Godo rescatar de la sombra una motocicleta que parecía un animal enfermo.

—Suba atrás y no jeringue. Las marchas de esta máquina tienen el mismo reprís. Lipo la lleva pero Godo la gobierna. Ningún alma cayó de ella.

Accionó el pedal y la moto arrancó con dificultad al cuarto o quinto intento.

—Suba le digo —ordenó imperativo—. El Muergo no es el fin del mundo pero tampoco la esquina del ciego.

El sillín tenía los muelles rotos y cuando se dispuso para acomodarse tras Godo, con el mayor cuidado, la moto salió disparada para retomar Arienza y Mino, que se sujetó como pudo, pensó que se le había ido el acelerador.

—¿Lipo la lleva y usted la gobierna? —inquirió asustado.

—La máquina siempre hace el mismo recorrido —informó Godo alzando la voz—, y con dejarla ir ya sabe dónde. Cójase bien y no se azare, no la jeringuemos.

El ruido demostraba el deterioro del tubo de escape, y la tirantez de las marchas hacía prever un raro desajuste al que se sumaba la precariedad de los frenos, aunque Mino lo achacó todo al desgobierno de Godo.

Cogido a su cintura, intentando posar los pies sin conseguirlo por completo, fue viendo la denodada dirección que les conducía por el arrabal del Hueco a la carretera de la Cima.

El humo del tubo olía a la combustión oxidada que, entre las explosiones, iba dejando un rastro moteado de pavesas y aceite oscuro. El arrabal también estaba muerto en la media tarde, una muerte sucia que la luz lustraba con el barniz de los féretros.

La carretera de la Cima ascendía como una lengua socarrada entre los desmontes. La moto se resintió en la rampa de los Cuarteles, donde el aviso de las garitas, en lo alto, determinaba la señal de las cotas más pronunciadas.

—Mire Ordial... —indicó Godo, soltando la mano izquierda—. Un grano en la mies, una miga en la hogaza.

El paisaje urbano reverberaba con un resplandor polvoriento, como si la lejanía prodigara una niebla marchita.

Mino sintió, entre el sudor que la brisa caldeada intensificaba, una difusa desazón que también envolvía el disgusto del estómago. Hizo caso a Godo y se fijó en la niebla que promovía la irrealidad del espejismo: como si la formaran un cúmulo de partículas de vidrio disueltas en la atmósfera.

—Un pelo en la crisma, una aguja en un pajar. Hay que jeringarse: lo mucho que se ve y lo poco que es.

La moto agonizaba en el alto y el ruido sofocado de su agonía quedaba oculto por el estrépito de los desajustados guardabarros y la impericia de Godo para salvar los baches. El animal enfermo parecía buscar el arrimo de la cuneta donde desplomarse en el límite de sus fuerzas.

—Cójase bien, que a partir de ahora la velocidad no respeta equilibrios.

Las tierras de la Cima mostraban el calvero de los escasos centenos segados, las vaguadas del secano que habían perdido cualquier destino desde las siembras más antiguas, los desmontes con las cárdenas vísceras de pedregal y arcilla. La carretera se internaba por ellas con la resignación de quien perdió la esperanza de llegar a

cualquier sitio, porque hacía tiempo que la circunvalación había sustituido aquella ruta desprestigiada.

Los baches acumulaban el estrépito y Mino pensó que a la vuelta de la primera curva la moto iba a desintegrarse.

—Quien avisa no es traidor —gritó de pronto Godo.

—¿Qué pasa? —quiso saber Mino.

—En vez de cogerse, debe agarrarse. La suerte está echada y no hay nada que hacer.

Por encima del hombro de Godo, divisó un bicho no muy grande que corría por la carretera hacia ellos. Sus ladridos no tardaron mucho en superar el ruido de la motocicleta.

—Es el can Calvado —gritó Godo con apuro, mientras intentaba acelerar sin fortuna.

El perro venía directo, como dispuesto a estrellarse, y Godo hizo un viraje que les encaminó a la cuneta. El perro los sobrepasó como una exhalación y, cuando Godo recuperó con dificultad el equilibrio y la dirección, el animal ya se había vuelto con extraordinaria agilidad y ladraba furioso, dispuesto a perseguirlos de nuevo.

—¿De quién es ese bicho? —inquirió Mino, todavía más curioso que asustado.

—De nadie —dijo Godo, cuya voluntad no era suficiente para infundir mayor aliento a la motocicleta—. No tiene dueño, sólo peligro. Lo que muerde, no lo suelta.

El tamaño del perro no se correspondía con su fiereza y cuando Mino percibió que los alcanzaba comenzó a ponerse nervioso.

—Acelere, por Dios —suplicó.

—No se mueva tanto que nos la pegamos —ordenó Godo—. No deje que le enganche, dele en el morro.

Calvado brincaba en la carrera a la altura de la moto y Mino sintió la cercanía de su piel en las sandalias, la amenaza de los dientes en la pernera del pantalón.

—No le deje —gritó Godo desesperado—, porque si nos tira no lo contamos.

Mino consiguió darle una patada en el hocico, pero el perro no se retiró, volvió a saltar todavía más excitado.

—Pare, pare —decidió—, ya verá cómo si le damos cara no es tan valiente.

La moto culebreaba y cuando los dientes del can se clavaron en la tela del pantalón, Mino supo que Godo era un pusilánime y que lo más peligroso de todo sería acabar en la cuneta.

—Pare de una vez, no sea cobarde —suplicó indignado.

Godo aceleraba. En el tramo de la carretera había menos baches y la motocicleta alcanzaba una velocidad regular.

—Está rabioso —gritó Godo—. No es igual la rabia del can que la tiña del pobre, no me jeringue.

Mino volteó la pierna con toda la fuerza que pudo y logró librarse del animal. La pernera del pantalón estaba desgarrada y entre la tela y la piel sentía algo húmedo.

—Que no le muerda que le jeringa —aconsejó Godo—. Nadie sabe lo que come y caga un animal asilvestrado.

El perro volvía a la carga. Mino se acomodó en el sillín para tener más posibilidades de ataque y defensa. Godo conducía la motocicleta con la mayor ineptitud, como si en el fondo pretendiera darle posibilidades a Calvado.

—No arriesgue, no arriesgue —pedía—. Lo que muerde no lo suelta, hay que dejar que se canse.

Cuando el hocico estuvo muy cerca, tanto que las babas y el aliento volvían a humedecerle la piel, Mino asentó bien el pie izquierdo y alzó el derecho para descargarlo con la mayor fuerza posible. El perro cesó de ladrar y rodó por la carretera, mientras Godo hacía un viraje y perdía el control. Saltaron sobre la cuneta y cayeron, cada uno hacia un lado, con la moto renqueando entre las explosiones.

—Está usted chiflado —dijo Mino, que nada más incorporarse la emprendió a pedradas con el can—. Si me hace caso y para, se le quitan los humos ¿no ve cómo huye?

—Es que no corre igual el que tiene los pies planos que dos ruedas —aseguró Godo, que intentaba moverse dolorido.

20. Un arte mortificante

El Sanatorio del Muergo tenía su enclave donde las lomas de la Cima bajaban al abrigo de los pinares, en la lentitud del valle que no acababa de abrirse por completo. Se accedía por un camino particular que vaticinaba el abandono de la finca y del edificio.

—Unos kilómetros —había dicho Godo cuando volvieron a la carretera y comprobó malhumorado que la moto no arrancaba.

—Si me hubiera hecho caso... —reiteró Mino, limpiándose la camisa y el pantalón—. Ese bicho no tiene media torta.

—Se equivoca. La fama del can Calvado no la ganó ladrando, aunque de un tiempo a esta parte ya no sean las mismas sus facultades, pero muerde y no suelta, puedo asegurarlo por experiencia propia.

El perro había desaparecido pero Godo, que arrastraba la moto con dificultad, vigilaba de cuando en cuando a su espalda.

—Ahí, a la vuelta, está Dordelar y si le parece bien tomamos un refresco. Los tres kilómetros, con la que está cayendo, son de veras. El can nos jeringó.

Dordelar tenía el aspecto de una venta antigua remozada sin mucha convicción, en la que el luminoso, que sólo conservaba dos letras de la palabra Club, era el vestigio de un último intento de supervivencia, del que también quedaban, en el interior, algunas borrosas fotografías de exóticos desnudos femeninos salpicados por la perseverancia de las moscas. El tronco y los vástagos secos de una parra, desordenados en la fachada como si la intemperie los hubiese petrificado, eran los únicos restos de la antigua venta: el garabato leñoso de su ruina.

—Ése no lleva cemento por mucho que lo parezca —informó Godo, indicando el camión aparcado ante el destartado edificio—. Mercurio, si me apura, cinabrio como poco. Esta ruta es la que mejor disimula lo que por ella va.

En la penumbra de Dordelar había un brillo verdoso de diamantes sucios. Las botellas eran como extrañas bengalas sobre el mostrador, donde las encendía la luz de unos rayos poderosos que en ellas se concentraban. La atmósfera conservaba el frescor de la bodega aladaña, la humedad del serrín y la arena que, en el suelo, se mezclaban con el vino derramado.

Mino tardó unos segundos en determinar el espacio y en percatarse de las presencias. Godo pidió los refrescos y caminó hacia la mesa más lejana, alrededor de la cual había cuatro o cinco hombres.

—Una de sesenta vatios, Drobo —pidió alguien en la mesa, y el aludido hizo un gesto de contrariedad tras el mostrador.

—No hay ninguna fundida —se disculpó.

—Da lo mismo, vale sin fundir —solicitó la voz—. Se paga, la pones a la cuenta.

—Una manera de gastar que no tiene nombre, no hay cosa que me queme más la sangre —escuchó Mino, mientras Drobo sacaba una bombilla tras el mostrador—. Si usted es tan amable, se la alcanza —pidió.

Mino comprobaba con un gesto de desagrado que el refresco estaba caliente. Cogió la bombilla y dudó un instante antes de caminar hacia la mesa donde había ido Godo.

—Fundida, diez duros; sin fundir, veinte —ofertó la voz del hombre que estaba sentado de espaldas, mientras Godo le quitaba a Mino la bombilla de la mano y la depositaba encima de la mesa.

—Setenta y cinco —dijeron los otros enfadados—. Fundida o sin fundir ¿qué importa?

—No es el mismo riesgo —porfió el hombre—, ni igual dificultad siquiera. Platino, carbón, tungsteno, no son lo mismo de nocivos si puede haber o no incandescencia. El faquirismo es un arte mortificante pero de disciplina variada y distinto precio, como todo en la vida.

—Que sean los veinte —accedió Godo, que se había llevado la mano a la cartera y depositaba el billete al lado de la bombilla.

—Que sean —dijeron otros dos, haciendo lo mismo.

—Cuarenta para cada uno si no puedo —apostó el hombre—. ¿Nadie más se

anima?

Godo le dio en el hombro a Mino, que asomaba intrigado.

—Apueste, que ya comió dos bombillas, una de veinte y otra de cuarenta vatios, y con la tercera seguro que no puede.

—Los hay que la úlcera la tenemos de regalo —se quejó Drobo en el mostrador—, y otros toda la vida haciendo lo imposible para conseguirla y ni por ésas.

—Las dolencias estomacales —informó el hombre, mientras envolvía la bombilla en un paño— no se conocen entre los hindúes, que son los que inventaron el faquirismo.

Mino vio la bombilla envuelta. Godo se abalanzó sobre la mesa y descargó su puño sobre ella. El chasquido del cristal llegó a sus oídos con la dentera con que rayaban las tizas el encerado de la Bernal. El hombre acercó el amasijo, fue descubriendo el paño y comenzó a recoger los cristales con mucho cuidado para depositarlos en un plato de postre. Comenzó a llevarse a la boca los más pequeños y lo hacía con la ostentación de quien indica lo que come, no sólo para que no quede la menor duda, sino para simular la delicia del bocado. El ruido del cristal triturado en los dientes, que el hombre exageraba todo lo que podía, avivó la dentera de la tiza en el encerado y Mino regresó al mostrador.

—¿Cómo puede hacer eso? —preguntó a Drobo.

—No se engañe, es un profesional. Aquí mismo, en el mostrador, he visto cómo le partían a mazazos una piedra de media tonelada encima del estómago. Después de las bombillas comenzará con las cuchillas de afeitar.

La expectación de los apostantes iba derivando hacia el asombro y sólo Godo mantenía la firmeza de su envite sin dejarse rendir a la evidencia de aquella sistemática masticación.

—El casquillo lo dejamos aparte —escuchó Mino, cuando cesó la tortura de la tiza en el encerado—. Hace tiempo también hubiera porfiado por él, cuando las huestes del Circo Melquiades traían a Ordial el mayor espectáculo del mundo.

El hombre se había puesto de pie y, cuando se dio la vuelta todavía pasándose por los labios una servilleta de papel, Mino confirmó que se trataba de Oscis.

—Las cuchillas a cuarenta duros —ofertó mesándose la perilla—. La marca me da lo mismo, lo único que pido es que sean nuevas.

—Seis por mi cuenta —aceptó Godo, decidido a dejar los billetes sobre la mesa.

Oscis llegó al mostrador.

—¿Comprobó usted el resultado? —le preguntó a Mino, mientras Drobo le acercaba un vaso de agua—. Ya le dije que el número era de envergadura y que el resultado se aplazaba para darle mayor emoción y sorpresa.

Oscis comenzó a hacer gárgaras y caminó hacia la puerta. El gabán de Fabio ya no le parecía a Mino la piel de un animal cazado en el invierno, sino las plumas removidas de un pájaro que surcaba la noche buscando algún perchero.

—Cuando se pongan de acuerdo y tengan las cuchillas, me avisan —había dicho

Oscis a los de la mesa.

—De acero inoxidable las que sean necesarias —ofrecía Drobo—, y maquinilla para que el que pierda se lleve el pescuezo.

Mino fue tras Oscis. Se había sentado en el poyo donde Godo recostó la motocicleta.

—Imagínese lo que mi tío Ceballos diría si me viese en Dordelar haciendo el faquirismo del cómico de la legua. Y, además, malvendiendo la mortificación, usufructuando inmoralmente el cometido. Horas bajas, qué le vamos a hacer, la Eternidad se sostiene con la mensualidad de los estables, los artistas aspiramos a lo comido por lo servido.

La carretera tenía calcinada la brea entre los costurones, reconvertida en una huella de escoria que parecía surcar el fin del mundo. Sobre los postes más cercanos a Dordelar, se combaban los cables bajo el peso de los pájaros muertos. La luz quemada de la tarde se deshacía en el erial.

—¿Dónde le lleva Godo? —quiso saber Oscis.

—Al Muergo, me llamó el doctor Belisco.

—¿Está enterado Aníbal?

Mino rozó con la suela de la sandalia la llanta de la rueda más cercana de la motocicleta.

—No sé muy bien lo que pretende Meroy —aseguró—. Tampoco me aclaro mucho con lo que pasa. El doctor me pareció una persona educada, era muy amigo de mi tío.

—Vaya con cuidado. Al Muergo se llega como al Borgo de los Cárpatos, estas alturas están dejadas de la mano de Dios. Y tenga en cuenta que las personas no son lo que quieren, sino lo que no pueden dejar de ser.

A Oscis le reclamaban dentro.

—¿Va a comer las cuchillas? —preguntó Mino.

—Los camioneros de esta ruta pujan hasta lo imposible porque lo que transportan se lo permite —dijo Oscis—. Y lo imposible suelen ser las bolas de un rodamiento, acero puro. Para ese reto habría que tener el estómago que tenía Ceballos y no la úlcera de duodeno de mi intestino, pero el faquirismo guarda sus reservas y no hay magia inocua.

El sobrino del Mago de la Zamanda se incorporó e hizo un extraño movimiento con el dedo meñique de la mano derecha, el signo de alguna esotérica complicidad.

—Cuídese por esos derroteros —pidió—, y desconfíe de la medicina que busca en la muerte lo que no consiguió reparar en la vida.

21. El pasado hospitalario

Los pinares se inflamaban con el resplandor quemado que abatía la tarde, y Mino fue siguiendo a Godo por el camino particular que conducía al sanatorio, sin poder quitarse de la cabeza aquella última pugna de Oscis con las tres bolas del rodamiento.

—Cien duros la primera, doscientos la segunda y trescientos la tercera —había sido el sucesivo montante de la apuesta, comprometidos todos los hombres que estaban alrededor de la mesa.

El camino era una lengua descarnada y polvorienta que las pinochas cubrían con su manto de espinosa herrumbre. El edificio asomaba al fondo, tras la verja desmoronada, entre los macizos arruinados que dejaban la huella sarmentosa de algunas plantas irreconocibles.

—Jeringamos al ilusionista —había dicho Godo orgulloso—. En cuanto la bola sonó en el estómago como si rompiera un espejo, ya se supo que estaba perdido.

Era lo mismo que había percibido Mino, con mayor angustia que las cuchillas masticadas que el mago rumiaba con los ojos cerrados, como si necesitase un grado de concentración extrema para sortear los filis. El espejo estalló con el susto de una pedrada en las aguas quietas, y Oscis abrió la boca como si fuera a expirar.

Los balcones y ventanas del edificio tenían los cerramientos metálicos, que más que el abandono parecían evidenciar la postergación de lo que se quiso clausurar para siempre. No era fácil predecir el destino que hubiera tenido aquel edificio de proporciones desmedidas, esquinado en el enclave de un lugar tan ajeno, y recorrido en su primera planta por una desolada galería.

—Llame, que yo voy a encerrar la moto —indicó Godo, al pie de los peldaños de la única escalera visible.

No había llamador ni timbre y Mino, que vio a Godo perderse hacia el ala derecha del edificio, donde se distinguía un extraño tendejón prácticamente derrumbado, dudó en golpear con los nudillos. El silencio imponía ese impaciente respeto que proviene de la sensación de que no hay nadie y, a pesar de todo, cohibe la idea de que cualquier llamada será un acto intempestivo.

La puerta se abrió y en la penumbra de un amplio recibidor distinguió Mino una figura oscilante que se movía extrañamente alrededor de sí misma, como si la brújula de sus pasos se hubiese quebrado.

En la atmósfera se respiraba el polvo de la cerrazón, lo que horada el tiempo en los zócalos y en los cielos rasos desde la costra del abandono, pero en seguida se percibía cierta acidez, un olor de viejas fermentaciones que Mino compaginó con el pasado hospitalario.

Cuando la figura determinó una dirección y comenzó a caminar, todavía con el rumbo indeciso, Mino decidió seguirla. Al fondo del recibidor había una escalera que ascendía en una amplia revuelta de caracol, y otra no lejos que bajaba en la oscuridad de un declive, apenas aliviada por un difuso resplandor. La que ascendía conservaba

el pasamanos, al menos en los tramos de su arranque. Mino aseguró el paso en los peldaños que chirriaban más de la cuenta y, cuando creyó perder el rastro de la figura que iba delante, escuchó los pasos atropellados que regresaban, y evitó con dificultad que chocara con él y le hiciera perder el equilibrio.

Lipo Lubia cayó el suelo al final de las escaleras, entre el estrépito y el polvo que moteaba la penumbra de una nieve cenicienta.

—El doctor Delerio Belisco Bordial le espera en su gabinete —musitó en el suelo, entrampado en el poncho de campaña.

Mino le vio levantarse con mucho esfuerzo y pensó que estaba bebido, pero los movimientos de Lubia, un vano intento de sobrevolar en la desorientación y el vacío, como si lo hiciera en el sueño, no parecían los de un borracho. Había hecho un gesto de invitación con una indecisa reverencia, y caminaba decidido hacia las escaleras que bajaban en la oscuridad.

No fue difícil prever el desmoronamiento de Lipo, una caída en la que el cuerpo fue retumbando por los peldaños con un estrépito sordo y prolongado que de nuevo llenó el hueco de nieve.

—El doctor Delerio Belisco Bordial le espera en su gabinete —volvió a escuchar Mino, cuando cesó el estrépito y el inmediato aullido de dolor.

Bajó las escaleras con todo el cuidado posible. El cuerpo de Lubia estaba retorcido en el suelo, con el poncho cubriéndole como la improvisada manta cubre el cuerpo del accidentado.

La atmósfera del sótano acentuaba el sofoco de la cerrazón, y la acidez se contagiaba de un olor de podredumbre.

—¿Dónde me espera, si puede saberse? —inquirió Mino impaciente.

Lipo Lubia logró ponerse de rodillas. La enorme chaqueta aplastaba sus hombros, los brazos abiertos no lograban que las manos asomaran en las mangas.

—Cirujano... —musitó, haciendo un gran esfuerzo para hablar— Doctor Delerio, cirujano del Muergo, de Ordial, de la Universidad de Armenta.

Se reclinó de nuevo y comenzó a andar a gatas. El resplandor que salpicaba la oscuridad provenía de alguna incierta luz cenital. Por un largo corredor siguió arrastrándose Lipo, pero Mino quedó a la espera. Muy lejos se abrió una puerta y una luz muy blanca reflejó la figura de un hombre que llevaba algo en la mano.

—Fumas y fumas y fumas —gritó—, y no dejas de fumar. Si vendieras la mitad de lo que consumes, otro gallo nos cantara.

Mino apretó el paso por el corredor. Lipo se incorporaba tambaleante y, cuando llegó a su altura, indicó al revés, con el dedo índice, la dirección de la puerta iluminada.

—Delerio de Armenta —musitó antes de dejarse caer de nuevo al suelo.

La luz se disolvía en un vapor brumoso y cuando Mino alcanzó la puerta su blancura estaba lastrada de una humedad terrosa que ensuciaba el fulgor.

El hombre llevaba en la mano una pequeña azada, y la bata blanca había

contribuido a resaltar su figura.

—Cierre, si es tan amable —pidió—. No era por aquí por donde ese estúpido debería haberle introducido, pero estoy en manos de unos zamarros.

La acritud derivaba en aquella estancia en una fetidez que debió acrecentarse cuando Mino obedeció. El hombre la cruzaba, golpeando con la azada lo que parecía un sembrado con la tierra dispuesta en infinitas cajas perfectamente ordenadas.

—Respire sin miedo —aconsejó—. No hay nada más sano que el abono, sea químico u orgánico. Hay quien tiene el vicio del jardín y las mil flores, otros, menos remilgados, no pasamos de la micología. En cualquier caso, cosecha el que cultiva, la Naturaleza atiende las necesidades pero no los vicios.

Había un goteo espeso, como si de la penumbra pétreo del subterráneo manara un sudor invernal, sucio y frío. Mino sorteó como pudo las cajas y contuvo lo más posible la respiración. La podredumbre le hacía pensar que los mantillos fermentaban entre larvas alimentadas por las más absurdas especies de hongos.

—Los bajos del Muergo —dijo el hombre, que le esperaba con una linterna encendida— son todos parecidos. Un sanatorio no guarda en ellos los resultados de la salud sino los de la enfermedad, lo que queda de lo que llevó el peor derrotero, ya se sabe que la medicina es impía.

Subieron varios peldaños y alcanzaron otro corredor. La podredumbre se dulcificaba, y poco a poco el olor era sustituido por otro, casi tan ingrato pero más aséptico.

—Si a ese estúpido no le saliera el humo por los ojos le hubiera conducido al gabinete por donde debía, pero un corneta del Tercio no aprende a soplar en la bandera correspondiente sino en la jaima o el serrallo.

22. Dos pasiones

El gabinete del doctor Delerio Belisco podía ser el hipogeo del Muergo, aunque Mino Mera sintió antes la desazón de aquel olor que impregnaba la atmósfera de una asepsia turbia, que el recelo ante las polvorientas estanterías con sus vasijas, frascos y retortas, y el extraño instrumental con que se tropezaba en cualquier parte.

En realidad, el gabinete se extendía por los aledaños de la rotonda abovedada, como si desde el centro de la misma se abriese una espiral hacia otras concavidades sucesivas.

—La cripta... —le dijo a Mino, después de invitarle a sentarse ante una mesa

colmada de libros y papeles que nadie debía haber movido en muchos meses— tiene sus sibiles y en alguno de ellos se logran los mejores agaricáceos.

Delerio se había quitado la bata y la había colgado en un perchero al que sólo le quedaba un cuerno. Las manchas salpicaban la dudosa blancura de la tela de un color más rojizo que terroso.

—Debo agradecerle que haya aceptado mi invitación porque, como ya le advertí, no puede usted engañarse y mucho menos consentir que le engañen. Su tío era hombre de palabra, y no le debe quedar a usted la menor duda de que incumplirla hubiera sido lo que menos consentiría. Por otra parte, hay documentos, no estamos hablando por hablar. Fabio firmó los justificantes de sus débitos, siempre hicimos las cosas en serio, primero como amigos, luego, cuando surgieron las desavenencias y los problemas, con la razón por delante: la razón del juego y el honor del mismo, quiero decir.

Del perchero había cogido una bufanda y se la enroscaba al cuello. Vestía chaqueta y pantalón de pana y llevaba un jersey en el que no era difícil adivinar la acción de la polilla. Cuando se sentó, sus manos alzaron vuelo sobre la mesa como dos pájaros raros, y Mino observó que aquellas manos tenían una movilidad extrema, tan ajena al resto del cuerpo que parecían alas desgajadas del mismo.

—Le están engañando y le están malmetiendo y no hay nada peor que la manipulación y el fraude.

Los ojos del doctor también tenían una rara alteración que en seguida Mino compaginó con las manos, como si no fueran capaces de orientar la fijación y navegaran sin sosiego. Nada más sentarse había sacado del bolsillo superior de la chaqueta unas gafas, cuyas patillas sujetó sobre las orejas y la nuca con una goma.

—Yo no soy un ingenuo, amigo mío, y puede tenerme por cualquier cosa menos por bobo. Fabio no era el hijo pródigo de la parábola, como tampoco yo lo fui. El hijo pródigo vuelve y es reconocido y perdonado, pero ni Fabio quiso ni pudo volver. A nuestros respectivos padres los mandamos a Santa Leta sin encomendarnos a Dios ni al diablo, y puede usted estar seguro de que su tío jamás les llevó una flor a la tumba, del mismo modo que yo no tengo ni idea del cuartel en que los míos reposan. Santa Leta no es el Meredito ni el Lastre ni el Café Solera...

Mientras Delerio hablaba, Mino observaba con detenimiento las cercanas estanterías. La bombilla que caía de la bóveda como un murciélago despistado daba una luz roñosa, como si se filtrase por el cuerpo de las moscas abrasadas en el cristal. En las vasijas y las retortas sólo se apreciaba un líquido turbio, una especie de caldo que se espesaba en la maceración del abandono. Los frascos dejaban vislumbrar algún extraño objeto entre el líquido, una insospechada conserva que a Mino le producía lo mismo curiosidad que repulsa.

—Ya le dije que no le conocí —afirmó—. No tuve esa suerte.

—Ni usted le conoció, ni nadie de su familia quiso saber nada de él, y lo que no se quiere en vida no suele quererse cuando ya no hay nada que hacer. Fabio no

existía, del mismo modo que yo dejé de existir para mi hermana Omega cuando mis padres, dos primeros viernes de mes seguidos, se fueron, con idéntico trombo, a criar malvas a Santa Leta. La única diferencia es que a mí nunca me desheredaron.

—Se equivoca —dijo Mino con absoluta convicción—. La muerte de mi tío ha hecho reaccionar a mi padre.

—No me venga con patrañas porque su padre, si ya sabe que murió Fabio, habrá dormido más tranquilo que nunca. La vergüenza del randa es la del flete y el canalla, la que propina el garbanzo negro, qué me va a contar a mí...

Las manos del doctor emprendieron un vuelo raso sobre la mesa, derribando papeles y libros entre el polvo. De algún cajón extrajo un ejemplar del *Vespertino* y lo ondeó como una bandera.

—Afligidos y desconsolados, hechos puré, papilla y fosfatina... —gritó irónico, y sus ojos, que la suciedad de los cristales de las gafas embadurnaban con el color del caldo de las vasijas, intentaron salirse de las órbitas—. Una esquela era lo menos, una necrológica por modesta que fuese, un anuncio de la exequia o el domicilio doliente, pero nada de nada... No me tome el pelo, porque no estoy calvo de dejármelo tomar, se me cayó de rascarlo. No soy bobo, no se equivoque ni pierda el tiempo.

El *Vespertino* quedó destrozado en sus manos.

—Una cosa es que la familia se haya hecho cargo de mi tío con la discreción debida —dijo Mino con mayor convicción—, y otra que mi padre vaya a dar un cuarto al pregonero. Se ha hecho como un deber cristiano, aunque mi padre haya tenido que tragar quina. No hubiera sido capaz de dejar por ahí tirado el cuerpo de su hermano, ni que lo enterraran como indigente.

—El cuerpo, usted lo ha dicho, y de eso se trata —reconoció Delerio, arrastrando la silla hasta casi perder el equilibrio y poniendo los pies violentamente sobre la mesa—. Ni del espíritu ni demás zarandajas: del cuerpo propiamente dicho. Ésa es la materia del vividor, la encarnadura mortal. Ni Fabio ni yo tuvimos de la vida otra conciencia que la que a esta materia de la que estamos hechos concierne, ninguna trascendencia, nada que la rebase. Ésa fue la razón de nuestra amistad en Armenta, en la Facultad de Medicina, porque su tío y yo compartimos desde los años mozos dos pasiones: la cirugía y el juego.

En las suelas de los zapatos de Delerio había dos agujeros que sobrepasaban los más reducidos tomates de los calcetines, y dejaban al aire la piel de la planta igual que una moneda usada.

—El cuerpo que es la morada de la existencia, no de otra cosa, la armadura de nuestros sentidos y facultades, lo que nos contiene y nos hace, ni tabernáculo ni gaitas —aseguró, mientras sus manos alzaban un vuelo enardecido y la silla se movía peligrosamente.

Los estantes de los frascos también se habían movido, y la conserva navegaba en el líquido como un pájaro disecado en la jaula.

—Me prometió contarme algunas cosas pertenecientes al secreto de una larga

amistad —dijo Mino, que observaba, ahora con más curiosidad que repulsa, el misterioso contenido de los frascos.

Delerio intentó sujetar las manos en la nuca, pero sólo consiguió cabecear, como si se le fuese el sentido en el movimiento dislocado de las mismas.

—Una larga amistad —confesó— que se fue al traste por varias razones, sin que eso fuera suficiente para separarnos. Los años llegaron a hacernos enemigos, pero en el juego seguimos batiéndonos sin tregua, ya que Fabio siempre encontró en mí un rival dispuesto, lo que no siempre le era posible en Ordial, cuando tenía el crédito esquilmado y de noche se convertía en una sabandija perseguida por los acreedores. Ciertamente, su tío y yo compartimos dos viejas pasiones: la cirugía y el juego. La primera durante dos años en la Facultad de Medicina de Armenta, de donde fuimos expulsados por el mismo motivo. La segunda, hasta hace pocos días, una semana antes de su muerte. La fortuna no le acompañaba últimamente, las deudas ya no le dejaban vivir, y conmigo perdió definitivamente lo que más quería, lo último que un hombre puede perder, aunque la muerte haga más resignada esa pérdida, porque en realidad sólo con ella es posible. Por eso no me voy a conformar, amigo mío, nadie va a burlarse de mí, a robarme lo que gané.

23. Las guardias del blocao

De algún lugar distante llegaba el eco de un aullido y Mino no lograba discernir si expresaba dolor o desamparo.

Lipo Lubia había entrado inadvertidamente en el gabinete y avanzaba ahora con mayor compostura, pero sin poder disimular el esfuerzo de mantenerse en pie. Llegó hasta el doctor, después de alguna desorientación, y acercó el rostro a su oído, con la actitud del más torpe confidente.

—No te entiendo, sólo te huelo —dijo Delerio molesto, intentando quitárselo de encima.

Lipo dio dos pasos hacia atrás, desconcertado. El doctor retiró los pies de la mesa y levantó los brazos como dos aspas. La silla estuvo a punto de derrumbarse.

—Avisa a Godo —ordenó incorporándose, mientras su mano derecha descargaba un golpe en la mesa y Lipo seguía caminando hacia atrás como un autómata.

Mino vio al doctor acercarse hacia un extraño objeto cilíndrico que se sujetaba precariamente en un trípode a un lado de las estanterías. Parecía un tambor metálico y su vientre rechinó al abrirlo como si la portezuela tuviera los goznes oxidados.

—Me disculpa un momento —pidió—, porque con estos zamarros no hay un minuto de sosiego. El que no está catatónico tiene perladas las bujías.

De la autoclave sacó una caja metálica con algunas agujas y jeringuillas y de uno de los estantes recogió varias ampollas. Lubia había desaparecido y Godo llegó con la respiración agitada y los andares maltrechos de quien no da más de sí. El aullido perdía la distancia del eco y se iba convirtiendo en un lamento desesperado.

—Un alcaloide con las sales precisas —musitó el doctor— y a otra cosa mariposa. Hay una paz química que es tan benéfica como la espiritual, usted ya me entiende. La medicina con sus recursos dejó sin trabajo al hechicero y, si se descuida, al cura.

Godo precedió a Delerio, que no parecía dispuesto a aceptar ninguna de las penosas disculpas que estaba repitiendo desde que llegó. Mino los vio desaparecer y pensó que haber venido al Muergo era el mayor desatino que podía haber cometido.

—Bobo de solemnidad —se dijo pesaroso—. De todos los chiflados, Belisco se lleva la palma. ¿Cómo demonios me lo quito de encima?

El aullido se prolongaba pero volvía a tomar la lejanía del eco, como si la distancia de aquel dolor o de aquel desamparo retumbara en las innumerables oquedades del Muergo.

La solitaria bombilla no iluminaba las estribaciones del gabinete, y Mino comenzó a inspeccionar la estancia, decidido también a satisfacer la curiosidad que le despertaban los frascos de las estanterías.

—De Armenta —escuchó en la penumbra de un pasadizo de los sibiles—. Cirujano, quirurgo, operador. Desgracia del paciente, pesar del doliente, desdicha del maganto...

—¿Lubia? —llamó Mino con recelo—. ¿Lipo Lubia...?

—Del llamado Tercio de Moscones de Smara, Segunda Bandera, Campamento de Temar y lupanares afines, a las órdenes de mi Brigada.

En el pasadizo se concentraba un tufo de abonos y hongos, que apenas aliviaba el aroma del humo que salía de la boca de Lipo como una emanación de niebla dulce.

—¿Qué hace Belisco, qué se trae entre manos? —inquirió Mino con urgencia, confiando en que el desvarío de Lipo le permitiera irse de la lengua.

Llegó por el pasadizo sujetándose en las paredes, extraviado en la niebla. Mino le dejó pasar. Lubia caminó por el gabinete, llegó hasta la mesa y se sentó en la silla del doctor.

—Saja, hiende, raja, corta, taja —musitó con creciente excitación, después de escupir la colilla—. Cose, remienda, hilvana, puntea, desfleca, sutura —enumeró después muy despacio—. Lo que el cuerpo consienta lo consiente el cirujano, porque de su voluntad está.

—¿Pero de qué opera? —quiso saber Mino, que también había llegado a la mesa después de pisar en el suelo la colilla de Lubia, que todavía humeaba como el incienso.

Lipo apoyaba la cabeza en el respaldo de la silla y miraba desde la nube catatónica donde parecía haberse refugiado para siempre. De sus ojos vidriosos comenzaron a manar dos lágrimas frías.

—Delerio de Armenta —dijo, como si le nombrara en el sueño— aborrece los cuerpos, aborrece las almas, aborrece los muertos, aborrece los vivos. Lo que algunos le debemos es esta pena de haber dejado de ser hombres, esta pena que me hace llorar lágrimas de odalisca.

—¿Qué pena, Lipo, de qué pena puede hablar un legionario? —insistió decidido Mino.

—Arrabales de Smara —canturreó el corneta con muy mala entonación—, oasis de Tila, cabilas de Bir Lahu, jaimas de Mita. En el Tercio está la patria, y la patria está perdida, si perdemos los del Tercio, ¿quién va a ganar la partida?

—Eso digo yo —reiteró Mino, animándole—, ¿quién?

—Delerio Belisco Bordal —reconoció Lipo—. Le costó trabajo ganarla pero la ganó, un año y otro y sin cejar, una mano, un brazo, una pierna. Se apuesta, se juega, se gana, se pierde. La legión era otra cosa, allí condecoran al mutilado.

—¿Le ganó a Fabio?

Lipo Luvia se puso de pie. Las lágrimas que le perlaban los ojos se habían convertido en dos goterones.

—Reclutas de igual bandera —dijo, dando unos pasos sin destino— y veteranos de distinta garita. Ambos de Ordial, en Armenta compañeros de armas, y el resto de la vida en trincheras contrarias. La última jugada fue la cabeza...

Se acercaba a los estantes. Mino pensó que en un momento las vasijas y retortas iban a estrellarse en el suelo y, sin embargo, la mano derecha de Luvia parecía elegir alguno de los frascos con mucha más seguridad de la previsible. Se volvió con el elegido en la mano.

—La grima de perderlo —musitó con voz llorosa observándolo— es la misma del mutilado con el muñón, pero la honra no, porque ni fue en campaña ni se prevaleció la patria. Grima, husgo, fasquía, aversión y pena, la mayor pena del organismo humano, la de quien tanto se la meneaba en las guardias del blocao...

La conserva brilló un instante como un escuálido apéndice que Mino comparó, con la misma grima con que Lipo la mostraba, a una guindilla.

—Soy valiente y leal legionario —canturreó el corneta, intentando sin resultado la posición de firmes—, soy soldado de brava legión...

24. Gabarras desguazadas

—De voz ya ve usted cómo anda —dijo el doctor Delerio, después de echar del gabinete a Lubia—, y no es porque el gallo se haya hecho capón al perder los espolones, la legión no garantiza el fuelle.

El eco del aullido había cesado. El doctor restituía los utensilios a la autoclave y volvía a sentarse frente a Mino.

—Tiene usted razón —reconoció—. Le prometí cuando le llamé contarle algunas cosas pertenecientes al secreto de una larga amistad, y voy a hacerlo, no lo dude, pero antes debe quedar claro que no existe la menor posibilidad de que me tome el pelo. Dejemos de lado a los moscones que le malmeten. Fabio murió en la Eternidad ayer a media tarde y la cristiana sepultura es un cuento chino. Lo que usted dijo a Lubia y Godo sobre la inminente llegada de su señor padre y el entierro en la intimidad no hay quien se lo trague. Si el cuerpo lo trasladaron al domicilio familiar, como nos han hecho creer, allí sigue, cosa que no entiendo porque menudo plato de gusto para usted. Sé de sobra que todo está de las manos de Aníbal Meroy, alguien capaz de vender a su madre.

Los ojos hacían un raro intento de mirar fuera de las gafas, cuyos cristales filtraban la turbiedad.

—Vender a su madre supone, amigo mío —remarcó el doctor—, una innata capacidad para venderlo todo, y cuando digo todo quiero advertirle que ese hombre no es de los que venden el alma, cosa que pudo haber hecho su tío como bien sabemos, sino el cuerpo, la carne y la sangre, igual que la vende el carnicero de la esquina.

—No me tome el número cambiado —dijo Mino con aplomo—. Meroy no es más amigo mío que usted o que cualquiera de los otros que trataron a mi tío, yo tengo muy poco que ver con todo esto. Ayer mismo hasta desconocía la existencia de Fabio.

—Pues aténgase a los hechos y déjese de divagaciones —recomendó Delerio, sujetando con dificultad el puño de la mano derecha sobre la mesa—. No se meta donde no debe porque le están tomando el pelo de la forma más miserable, hágame caso. La última voluntad de Fabio son sus débitos, las deudas del juego, lo que perdió y dejó reconocido como tal pérdida. Ya le dije que yo tengo papeles, justificantes, reconocimientos firmados por él.

—¿Y va a cobrar? —quiso saber Mino, que observaba la agitación de las manos de Delerio como la muestra más discordante de su pretendida condición de cirujano—. No parece que Fabio nadara precisamente en la abundancia. ¿Quién paga esas deudas?

El doctor volcó el cuerpo hacia atrás, de modo que la silla en que estaba sentado se sostuvo milagrosamente sobre las patas traseras: un extremo equilibrio que a Mino le hizo cerrar los ojos un instante, convencido de que se derrumbaría sobre los estantes.

—Está bien claro que no conoció a su tío. El juego, que compartimos como una pasión desordenada, no tiene límite, jamás lo tuvo. Lo de jugarse las pestañas es algo más que una frase.

—Soy todo oídos —convino Mino Mera.

Delerio se puso violentamente de pie, la silla se derrumbó a un lado y en los estantes las vasijas, los frascos y las retortas, temblaron como si las oquedades del Muergo hubieran sufrido una sacudida.

—Armenta —dijo el doctor, que incrementaba la velocidad de los pasos yendo y viniendo por las estribaciones del gabinete, y a veces alzaba la voz más de lo debido, hasta hacerla retumbar bajo la bóveda—. Dos jovenzuelos de buena familia, ambos de Ordial, se conocen en la Facultad de Medicina. Hasta entonces apenas habían reparado uno en otro, tal vez porque las malas compañías se cultivan de modo más privativo y secreto que las buenas. Pero Armenta abría posibilidades distintas, los jovenzuelos ya eran dos barbianses y querían volar con mayor libertad. Lo que Ordial tiene de ciudad levítica y deuteronomica, lo tenía Armenta de liberal, al menos en la proporción en que uno puede ser más libre donde menos se le conoce, y también si contabilizáramos garitos y prostíbulos.

Delerio se había perdido en la penumbra, por el pasadizo de alguno de los sibiles.

—Lo de que Dios los cría y ellos se juntan —tronó su voz, sin que Mino la situara — es una verdad como la copa de un pino. Aquellos jovenzuelos querían ser cirujanos, pero entiéndame bien: cirujanos, no médicos, les interesaba la anatomía, pero lo más lejos posible del aburrimiento de los libros, querían abrir en canal lo primero que se les pusiera delante. Probablemente no se trataba de una vocación sino de una pasión, como le dije, y no tardaron mucho en arreglárselas para ir a lo suyo. En el segundo trimestre de aquel primer curso ya habían hecho más pinitos que un alumno a punto de licenciarse: disecciones de todo lo que a usted se le pueda ocurrir, con aquellos penosos cadáveres del depósito de la Facultad, que nadaban en formol como gabarras desguazadas. Al finalizar el segundo trimestre del segundo curso, los expulsaron sin remisión, denunciados además a la policía por don Elbo Samoa, que era el decano, y que no se ahorró una comunicación a las familias para que se enteraran del calibre de aquellos alipendes.

—¿Cirujanos o forenses? —inquirió Mino, sin saber hacia dónde dirigir la pregunta.

—No me venga con monsergas —dijo Delerio, despectivo—. Querían abrir, sajar, echarle un vistazo a lo que somos, comprobar la encarnadura que nos contiene. Era una curiosidad fisiológica que a lo mejor todavía no sabían discernir con exactitud, pero que les tenía obsesionados.

—Parece una chifladura —opinó Mino.

—Le estoy hablando de Fabio y Delerio, jovencito —tronó de nuevo Belisco, asomando indignado—. Dos barbianses que probablemente ya sabían por demás lo que el pellejo humano da de sí, pero que desconocían la maquinaria. De su tío no

tiene usted ni idea. Fabio fue a Armenta con el cuento de estudiar medicina, lo mismo que hice yo, lo que pasa es que a él su padre ya lo tenía más enfilado que a mí el mío, y lo único que le interesaba de la dichosa carrera era hurgar, no por chifladura, por conocimiento, por curiosidad e instinto. Los cuerpos muertos dan fe de lo que fueron vivos, si quiere entenderlo así, y la curiosidad que ambos teníamos se saciaba con esa fe. Abres, rajas, seccionas, miras, suturas, y te enteras de la tostada.

Mino Mera se levantó. Delirio había quedado debajo de la bombilla, con los dedos de las manos abiertos y separados al final de los brazos extendidos.

—Disculpe por lo de la chifladura —pidió Mino—. ¿Les echaron y ahí terminó la pasión que compartían por la cirugía? —inquirió dando unos pasos hacia los estantes.

—Las horas que pasábamos en el depósito, casi siempre de noche y a nuestras anchas, se las comprábamos a un bedel que se llamaba Artemio, pero para abonar los estropicios no tuvimos dinero suficiente. El comisario Pondal le aseguró al decano que recibiríamos un buen escarmiento cuando nos descubrieron, aunque tampoco a la Facultad le interesaba que aquello trascendiera más de lo debido. Con el comisario Pondal tuvimos suerte porque era buen amigo de Pruna, y Pruna Salmila nos tenía a su tío y a mí como los hijos de la fortuna.

Mino observaba de cerca los frascos, indeciso de tender la mano hacia uno de ellos.

—Para Fabio sí, para Fabio aquello terminó como había empezado, caprichosamente: el formol le ponía malo y todo lo que quería ver ya lo había visto. Las conclusiones a las que pudo llegar no las sé, porque cada cual sacaba las suyas. Una vez comentó que éramos menos de lo que había creído, pero otra le oí decir que resultaba imposible entender la muerte siendo tan complicados y costosos los mecanismos de la vida. Para mí no terminó, yo no pude colmar aquella curiosidad, sigo viviendo de ella, la sigo cultivando con igual pasión.

Delirio había regresado a la mesa, sus manos estaban más sosegadas. Mino alcanzó el frasco más cercano.

—¿Qué le parece? —quiso saber Delirio.

Se encogió de hombros. La aprensión del cristal y el líquido turbio que contenía la conserva no le dejaban decir nada.

Belisco se lo quitó de la mano y lo colocó en el estante superior, al lado de otro que contenía algo muy parecido. Luego le mostró uno menos dudoso.

—¿Es un dedo? —se atrevió a preguntar.

—Que alguien pudo perder en alguna penosa jugada, ya le dije que lo de jugarse las pestañas es algo más que una frase. No todos los mutilados merecen una condecoración.

—¿Y esos otros? —indicó con la vista el estante superior.

Belisco se había sentado.

—A Godo y a Lubia los tengo operados de la flauta.

25. El río del cuerpo

Mino se había alejado de la mesa, donde Delerio abría y cerraba los cajones de los que sacaba recetas, ampollas, radiografías.

—Los papeles por aquí tienen que estar —aseguraba—. El monto de cada partida con la fecha y la firma de los interesados y los correspondientes testigos. La última, ya le dije, hace bien pocos días, una semana antes de su muerte, lo máspreciado que le quedaba, si de verdad coincidimos en que la cabeza contiene la inteligencia, del mismo modo que en el corazón radican los sentimientos.

—No sé lo que me quiere decir —mantuvo Mino, volviéndose hacia el doctor, mientras intentaba olvidar la repugnancia de aquellas mutilaciones que conformaban un polvoriento muestrario en las estanterías.

—El vividor es escéptico por naturaleza —aseguró Delerio, que había volcado en el suelo el último cajón—. No hay que creer en nada para depositar en la vida la confianza de lo que somos, en nada que no sea la vida misma, quiero decir. Fabio repetía lo que decía aquel emperador romano, si usted recuerda: todo lo del cuerpo es un río, lo del alma sueño y vapor, la vida una guerra y un exilio y la fama póstuma, olvido. El río del cuerpo, ésa es la idea, y el exilio y la guerra que componen la batalla de la vida, donde no hay otra cosa que la lucha de vivirla y la derrota de aceptarla. El olvido, finalmente, es el mayor consuelo: la fama de la desaparición, la única que merece la pena.

—No me lo cuente, déjeme en paz. No sé cómo he podido venir, soy bobo, entre Meroy y usted me están volviendo tarumba.

—A Meroy no lo mezcle conmigo y a Fabio no lo compare con la gentuza que traía alrededor. En aquellos años de Armenta fuimos, hasta donde se puede, dos almas gemelas, teníamos el mismo pensamiento e igual fortuna, poco dinero, pero la suerte de una desmedida pasión. Allí nos prohibió Pruna Salmila, y nada mejor puede sucederte en la juventud que una diosa te acoja en su seno.

Algunas ampollas reventaban bajo los zapatos de Delerio.

—La carne llenaba el río de los deseos, el cauce vivo de cada noche en el Yamul, a seis kilómetros de Armenta por la carretera de Avento, el garito más famoso de la provincia, donde reinaba Pruna. Allí acudíamos Fabio y yo después de constatar los mecanismos de la existencia en los cuerpos del depósito, como dos cirujanos abrumados que necesitaban la temperatura de la vida como consuelo a la intemperie de la muerte, del mismo modo que el perfume de las pupilas de Salmila para olvidar el formol.

Mino caminaba hacia la puerta, decidido a irse.

—Aquí está —anunció el doctor, blandiendo en la mano derecha un papel—. El justiprecio de la cabeza de Fabio, el reconocimiento de la pérdida anterior de todos y cada uno de sus miembros: la evaluación definitiva de su derrota. Es un documento privado, como no podía ser menos, que da cuenta fehaciente de mi propiedad. Lipo y

Aníbal firman como testigos.

—Ni sé lo que quiere decir, ni me interesa —comentó Mino, deteniéndose desanimado—. Me voy.

—Armenta marcó el destino de lo que su tío y yo hemos sido —dijo Delerio—. Para él se acabaron las veleidades forenses, pero yo nunca colmé aquella curiosidad mortal, jamás me di por satisfecho. La apuesta de Fabio por la vida, la hice yo por la muerte, si usted entiende el sentido que esto puede tener y, en ambos casos, asumimos esa apuesta como una pasión desordenada, si es que hay pasiones de otra índole. Las almas gemelas se parecían bien poco, tanto que la propia Salmila se percató de nuestro mutuo aborrecimiento e hizo lo que pudo por conciliarnos. Para entonces, además del juego y la animadversión, había más razones que nos distanciaban, sobre todo lo que una mujer supuso para ambos, una muerta viva que se llamaba Dolina, ¿oyó hablar de ella?

—No le entiendo —repitió Mino molesto, volviéndose hacia Delerio, cuyas manos revoloteaban sobre la mesa arrugando el papel—. ¿Se jugó usted el cuerpo de mi tío, como quien se juega las pestañas?

—El cuerpo —reconoció—, porque el alma la vendió al diablo, aunque parece que el diablo no quiso comprarla, esa leyenda de Fabio no me la sé al pie de la letra. Puede parecer la venganza de un amigo convertido en enemigo, pero la decisión de jugarse el cuerpo no fue mía, como fácilmente puede imaginar, aunque estuve interesado en ello desde el primer momento. Un vividor, por escéptico que sea, necesita dinero, la vida se vive si se puede comprar, porque prácticamente todos los dones de la misma tienen precio. El vividor se hace en la materia de la vida, no en el espíritu o, si usted quiere, se sirve del espíritu para hacer más gozosa la materia. Fabio siempre anduvo en precario, desheredado, requerido por los acreedores, con el cuerpo irremediamente como crédito fatal, después de sangrarlo en el más estricto sentido de la palabra. Yo fui paciente y, aunque usted no lo reconocería, generoso: el único al que podía recurrir en situaciones límite. Se jugaba el cuerpo y, durante tantos años, era lógico que lo fuese perdiendo, porque con las cartas tenía más sabiduría que yo, pero menos perseverancia. La muerte era el plazo de la entrega y su palabra de honor está aquí respaldada con la firma: el honor del juego que para su tío fue una de las pocas cosas sagradas.

—¿Y ahora reclama lo que es suyo?

Delerio se había puesto de pie. La silla tembló a sus espaldas y en las estanterías hubo un peligroso movimiento.

—Para que se cumpla la palabra de Fabio —afirmó—. Una deuda que exijo saldar como fue contraída. El fallecimiento de su tío ayer a media tarde en la Eternidad me hace dueño de sus restos.

—Mi padre es abogado —indicó Mino— y estoy seguro de que legalmente esto es un disparate, y no tiene nada que hacer.

—De lo que a su padre pudo interesarle Fabio en vida estoy suficientemente

enterado, tanto que ni usted mismo sabía de su existencia, como ha reconocido. Muerto no quiero ni pensarlo. Para su familia, como yo para la mía, hace demasiados años que alcanzamos la fama de la desaparición, y eso que mi hermana Omega tuvo que pasar por el aro sin remedio, el Muergo es de mi propiedad y en el Banco Lutario tengo cuenta corriente. Si el honor de su tío le importa de algún modo, ya sabe lo que le queda: decirme dónde está el cuerpo y olvidarse de esa cuadrilla que le malmete.

—¿Qué va a hacer con él? —quiso saber Mino.

Delerio sujetaba las manos a la espalda y dio unos largos pasos hasta colocarse bajo la luz de la bombilla.

—Cirugía —musitó—. Una disección hidrográfica por ese río donde se desbordó la existencia de Fabio.

26. Santo y seña

Mino salió del gabinete y el portazo apagó la voz de Delerio.

La decisión de marcharse no tenía en cuenta las dificultades de hacerlo, aunque estaba dispuesto a regresar andando a Ordial o, al menos, acercarse a Dordelar y conseguir que alguien le llevara.

—Este loco quiere el cadáver de Fabio para descuartizarlo a su gusto, es el colmo —farfulló incrédulo, mientras subía los escalones y caminaba presuroso por el corredor subterráneo que alguna luz oculta iluminaba en la distancia—. Iba a tener razón Aníbal.

La puerta del gabinete se abrió y se cerró de nuevo con un golpe que retumbó a sus espaldas. La voz de Delerio se había convertido en una imprecación.

—No va a ningún sitio —le escuchó—. Usted y yo tenemos que aclarar este asunto, porque de aquí no sale.

Mino se detuvo. La atmósfera del corredor estaba contagiada de un aroma turbio que dificultaba la respiración.

—¿Me amenaza? —quiso saber.

—Le ordeno que cumpla lo que firmó su tío.

—Ni lo que firmó ni lo que dejó de firmar me importa. Usted se equivocó conmigo.

—El cuerpo lo llevaron a casa de su padre —afirmó Delerio, avanzando por el corredor—. Ayer por la noche, dos secuaces de Meroy lo subieron en una cesta.

—¿El cuerpo? —inquirió Mino con un gesto exageradamente escéptico—. Va a

ser verdad que Meroy se la jugó, aunque todo este asunto me parece un disparate propio de chiflados, y ahora no digo lo de chiflados en vano. En esa dichosa cesta estaban las cuatro cosas de Fabio, incluido el abrigo: lo poco que dejó en la Eternidad.

Delerio parecía confundido.

—No fue eso lo que usted dijo ayer por la noche a Lubia y Godo.

—Les dije lo que esperaban que les dijera, lo primero que se me ocurrió. ¿Qué consideración iba a tener a quienes me perseguían como en una película de espías de medio pelo? A quien de veras le tomaron el número cambiado es a mí, al que menos le interesa este asunto.

—¿Por eso vino en seguida que le llamé?

—Porque confiaba en que a lo mejor era usted una persona razonable, y por el dichoso secreto de una larga amistad. Pero ya no me engaño, ya sé de sobra de qué pie cojea. Era verdad que Fabio no estaba muy bien rodeado.

Al final del corredor había dos puertas y Mino abrió instintivamente una de ellas, sin reparar siquiera en el destino que llevaban sus pasos. La voz de Delerio le recriminaba con menor convicción.

El aroma turbio manaba en la oscuridad como un hedor químico que proviniera de alguna descompuesta solución. Fue ese hedor el que le hizo, también instintivamente, cerrar la puerta y, antes de abrir la otra, Delerio le había alcanzado y le sujetaba el brazo.

—En el laboratorio no se puede entrar —susurró cerca de su oído.

—Sólo quiero irme —dijo Mino tajante, dispuesto a empujarle si era preciso.

—No se ponga así —rogó entonces Delerio, haciendo un visible esfuerzo para contenerse—, vamos a hablar.

Mino abrió la puerta. El hedor era menos intenso y en la penumbra podían distinguirse las borrosas siluetas del mobiliario clínico, un velado resplandor de espejos y mármoles alrededor de una enorme mesa que parecía de piedra y brillaba como si hubiera llovido sobre su superficie.

—No se puede... —volvió a susurrar Delerio, presionando su mano para cerrar.

Había alguien en algún indeterminado lugar de aquel interior en el que la penumbra se derretía en los brillos lóbregos, como si el uso de los muebles y los instrumentos hubiese producido un lustre que recordaba el barniz de los féretros: alguien acaso reclinado en alguna esquina, frotando el suelo, buscando algo que se hubiera caído.

Delerio le forzó la mano y logró cerrar.

—Venga al gabinete —suplicó con esfuerzo—, no se ponga nervioso. Hablamos y luego le acompaña Godo.

—No necesito que nadie me acompañe —zanjó Mino, y caminó con pasos rápidos regresando por el corredor, atento a cualquier salida.

No había ninguna otra puerta. La que daba entrada al gabinete, tras los escalones,

le ofrecía la única dirección conocida. Apresuró el paso, entró en el gabinete y cerró la puerta tras él. La voz de Delerio llamaba a Godo y le ordenaba a Mino, ahora con mayor urgencia, que se detuviera.

No era fácil orientarse en el conducto de los sibiles, acertar con la puerta que por el corto corredor conducía a la estancia donde Delerio cultivaba los hongos, pero Mino no iba a consentir que cualquier indecisión pudiera ser considerada por el doctor como una muestra de debilidad o miedo, nada que se interpusiera en la huida.

Saltó los escalones en la oscuridad y respiró la atmósfera húmeda que destilaba el pétreo goteo, la mezcla de abonos y mantillo. Tropezó con alguna caja de los cultivos y alcanzó la puerta que comunicaba con el largo corredor por donde le había guiado penosamente Lubia.

El sótano estaba sumido en una claridad cenicienta y la escalera que, al final, ascendía hacia el recibidor mostraba los sucios peldaños, firmemente empinados, por los que Lubia se había desmoronado.

La voz de Delerio se había extinguido a sus espaldas, pero en el momento de poner el pie en el primer peldaño, estuvo seguro de que le esperaban arriba.

—Lipo —llamó con voz sigilosa.

Los peldaños chirriaban y un indeciso rumor se escuchaba en lo alto de la escalera, algo parecido a un susurro deshilvanado.

—Lipo —repitió Mino—. Soy el brigada del Tercio de Moscones, Segunda Bandera.

—A sus órdenes —escuchó.

Lipo Lubia intentaba cuadrarse, pero le resultaba completamente imposible. En el amplio recibidor las sombras del oscurecer poblaban el vacío como fantasmas desorientados.

—¿Está usted de guardia? —inquirió Mino, remedando la voz de mando, mientras observaba el panorama.

—Imaginaria —farfulló Lipo, con la voz de ultratumba de quien ya no puede regresar del más allá y a duras penas sujetarse de pie.

—Que no pase nadie sin dar el santo y seña —ordenó Mino.

—Sopla siroco en el arrabal del Hueco —acertó a decir Lipo, como si en ese momento resucitara.

27. La peladura del yermo

La decisión con que Mino abandonó el Muergo mantuvo el brío de sus pasos hasta alcanzar la carretera sin otra preocupación que la de alejarse lo antes posible de aquella guarida, pero cuando comenzó a caminar, pensando que en Dordelar alguien podría echarle una mano para regresar a Ordial, se percató de las facilidades que daba si querían perseguirle y abandonó la carretera para ir por el erial, en una distancia más discreta.

El oscurecer era un humo disperso que aventaba la tierra calcinada, como si el vapor de las sombras surgiera del polvo, de la peladura del yermo que las agarraba para sorberles lo último que pudiera quedar de ellas, antes de que la noche las alzara para hacerlas definitivamente suyas.

Los pies se resentían desabrigados en las sandalias y tuvo que aminorar la marcha. No tardó en detenerse para aliviarlos y aprovechó para recoger las perneras del pantalón.

Se había sentado bastante lejos de la carretera y fue en ese momento, cuando aspiraba la brisa dulzona que apenas se movía, cuando escuchó un ruido que tardó en concretarse: un roce entre las matas, el sinuoso arrastrarse de un reptil o algún bicho escondido.

—Ahora lo que me faltaba —musitó— es que me saliese una fiera, ya dijo Oscis que estas alturas están dejadas de la mano de Dios.

Volvió a caminar con más cautela, acercándose de nuevo a la carretera que, en el oscurecer, parecía todavía más extraviada, como si su abandono la disolviese en la inminencia de la noche para hacerla desaparecer por completo.

El ruido no cedía y, al cabo de un rato, Mino empezó a sospechar que procedía de un premeditado seguimiento, que era la alerta de una no menos sinuosa persecución.

De cuando en cuando miraba hacia los lados y hacia atrás, pero no distinguía nada: el roce de las matas coincidía más abruptamente con su vigilancia y alguna zarza seca estallaba al quebrarse.

Corrió hacia la carretera. Un camión venía en la dirección de Ordial, lento y pesado, con los faros precariamente encendidos.

—Éste me lleva —se animó—, como hay Dios que me lleva.

Saltó a la carretera cuando el camión estaba cerca y en medio de ella comenzó a mover los brazos. El camión se detuvo, el motor ronroneaba con el agobio de una respiración entrecortada.

Cuando Mino se dispuso a correr hacia él, observó que se abría una puerta de la cabina y alguien bajaba apresuradamente, al tiempo que los faros se apagaban.

—Es el doctor —farfulló—, maldita sea su estampa.

Otra vez saltó fuera de la carretera y escuchó, antes de que el camión reanudara la marcha, la voz de Delerío que llamaba a Godo.

—Vienen —se dijo, mientras corría por el erial.

El camión se perdía con su luz miserable carretera adelante y, cuando el agobio del motor se diluyó en la lejanía, escuchó otra vez el ruido de un arrastre veloz, de un

inquietante jadeo.

—Anda con él, Calvado —incitó la voz del doctor—. Envíscalo, Godo, que lo sujete como sea.

—Es el can —se dijo Mino—. Ese miserable perdiguero.

El can Calvado le daba alcance, sentía la cercanía de su hocico, los brincos con que intentaba controlarle y hacerle caer.

Mino volvió a la carretera y en la cuneta se detuvo un instante para coger una piedra, lo justo para que Calvado saltara delante de él.

—Chucho de mierda —gritó, amenazándole.

El perro se había revuelto con mucha agilidad, pero no se encaraba: ladraba desesperado correteando de un lado a otro, como si intentara cortarle el paso o aguardase instrucciones.

—Que no escape —gritó Delerio.

Godo venía corriendo por la carretera, con todas las dificultades de quien se bambolea inseguro en los pies planos, hasta que perdió el equilibrio y cayó de bruces sobre el descarnado asfalto.

—Chucho de mierda —gritó de nuevo Mino, amenazando al can con la piedra.

Todavía quedaba un largo tramo hasta Dordelar y lo más directo era seguir carretera adelante. Mino lanzó la piedra con todas sus fuerzas y Calvado la esquivó y retrocedió aullando.

—No le dejes, no le dejes —ordenaba el doctor con más desesperación que confianza.

Cuando Mino sintió de nuevo el jadeo del can a su espalda, mientras corría sin tregua con el miedo de perder las sandalias, distinguió la luz de un coche que venía hacia él.

Era una furgoneta. Mino abrió los brazos y se detuvo en medio de la carretera, después de revolverse para dar una patada al can que saltó hacia un lado, ladrando con más saña que nunca.

La furgoneta fue aflojando la velocidad y, todavía a una cierta distancia, comenzó a hacer una apurada maniobra para dar la vuelta. Mino dio unos pasos extrañado, indeciso de pedir que le llevaran. La furgoneta se detuvo, se abrió la puerta trasera y bajó un hombre que le hizo señas para que se apresurase.

—No se preocupe del perro —le animó—, que es más inocente de lo que parece.

Las voces de Delerio y Godo volvían a escucharse no muy lejos. Cuando Mino llegó a la furgoneta reconoció a Jurial, que le ayudó a subir. Por la ventanilla del conductor había asomado Molpe metiéndoles prisa.

Jurial comenzó a chistar a Calvado, que se había quedado quieto en mitad de la carretera, gruñendo.

—Can, canón, canín, canelo —le llamó, mientras le hacía un requerimiento con los dedos.

Mino vio cómo Calvado agachaba la cabeza, recogía las orejas y se recostaba en

el suelo, como si la llamada de Jurial lo sosegara hasta transformarlo en el más inofensivo faldero.

—Lobo y oveja —comentó Mino asombrado.

—Inofensivo —dijo Jurial— cuando se le trata como lo que era. El Calvado del Muergo tiene trastocada la naturaleza, pero le queda un reflejo de la pasada.

—Súbelo y vamos —ordenó Molpe en la ventanilla—. Les llegan refuerzos.

—Can, canón, canín, canelo —volvió a llamar Jurial, y Calvado avanzó cabizbajo y melifluo hasta sus brazos.

Venía un coche en la misma dirección y no muy lejos el doctor y Godo le hacían señas para que se detuviera.

—Es el balilla de Belisco —advirtió Molpe.

—¿Pero qué puñetas hace? —inquirió intrigado Jurial, que acababa de depositar al can en la furgoneta y se disponía a subir.

—Yo creo que conduce Lipo Luvia —dijo Mino, mientras observaban sin acabar de comprender la extraviada dirección del coche, cuyos faros iban y venían dando bandazos en la oscuridad.

—Está colgado —constató Molpe.

El coche se acercaba peligrosamente al doctor y a Godo, y sus voces indignadas comenzaron a tronar mientras se decidían a salir huyendo.

—Acaba con ellos —aseguró Jurial—. Un legionario que pierde el norte puede diezmar su propia bandera.

28. La fiera en el circo

Molpe conducía con la confianza de quien conoce la carretera y es capaz de sortear los baches más aparatosos, pero la furgoneta no tenía muy buena suspensión y en la parte trasera los viajeros, acomodados en el suelo, sufrían los embates con pocas posibilidades de superarlos.

El can Calvado permanecía muy quieto en el regazo de Jurial, que le acariciaba compasivo la cabeza.

—Canín, canelo —le susurró todavía—. Fíjese lo feo que es —le dijo a Mino— y la mirada extraviada que tiene, y lo guapo que lo conocimos, ¿verdad, Molpe?

—De todos los delitos de Belisco, el más penoso —convino el conductor, que de cuando en cuando volvía la cabeza hacia atrás—. Un perro guapo donde los haya y el mayor mérito de quien fue su dueño: un peón caminero que se llamaba Ofidio y que

murió en el mismo accidente en que atropellaron a Calvado.

—Ni se supo quién mató a Ofidio ni si el atropello provino de que el dueño salió tras el perro o el perro tras el dueño —comentó Jurial—. El camión se dio a la fuga y, aunque todos barruntamos qué camiones van y vienen por la Cima, lo que traen y lo que llevan, el misterio quedó sin resolver. Un camionero que conoce la carga comprometida del porte que está haciendo, no se arriesga, huye. De ahí que los accidentes en esta carretera sean más peligrosos que en ninguna otra.

—Fue el perro el que corrió tras el amo —opinó Molpe—. Quien conociera a Calvado sabe que fue así: el peón perdió la distancia o se distrajo, y el perro lo quiso salvar a la desesperada.

—No se sabe —aseguró Jurial—. Lo mismo puede decirse de Ofidio, porque no había amo más cariñoso: si el camión se le echó encima al can, pudo querer salvarlo del modo más temerario.

Mino había logrado acomodarse con cierta estabilidad dentro del continuo traqueteo. Por la ventanilla trasera había visto perderse el rastro de los perseguidores, ahuyentados en la confusión.

—Sólo tiene que tentarle la piel —le indicó Jurial, acercándole el cuerpo sosegado del perro— para notar los costurones. Lipo lo recogió en la cuneta, literalmente espachurrado, y no se puede entender que siguiera vivo.

La mano derecha de Mino palpó donde le indicaba Jurial. Calvado recibía aprensivo la caricia. Los costurones mostraban la huella de una herida que surcaba el vientre por varios conductos.

—¿Lo operó Delerio? —quiso saber Mino.

—Por abajo lo cosió del modo que usted puede comprobar —dijo Molpe, volviéndose—. Igual que lo haría un sastre ciego al que le tiemblan las manos. Después se le ocurrió andarle en la cabeza.

—Conocí un recluta en Borenes —contó Jurial— que se las daba de ser capaz de desarmar y armar lo que le pusieran delante. Un día el teniente Manfredo le tomó la palabra y lo dejó que desarmara la ametralladora, pero con la condición de que, una vez desarmada, no habría rancho para él hasta que de nuevo la dejase perfecta. No hubo medio, ni en un día ni en seis. Le sobraban piezas, las que Belisco pudo quitar a Calvado para que la naturaleza se le cambiara, porque sin esas piezas la ametralladora no dispara y el perro pierde el sentido que tuvo. Al recluta lo meten en prevención, pero al doctor nadie lo pone firme.

—La cabeza es mejor que no se la palpe —advirtió Molpe—, porque nadie se explica cómo el can existe después de haber pasado por las manos de ese cerrajero. Hasta los muertos se le mueren, como dice Meroy.

—Para los muertos no hay medicina —aseguró Jurial, que acariciaba el vientre de Calvado—. Recuerdo un recluta de Hontasul al que un día, cuando estábamos en plena formación, se le disparó el máuser y cayó muerto en el acto. Nadie se lo explicaba porque lo llevaba cargado con balas de fogeo. Fue el susto, el corazón. No

hubo modo de reanimarlo, ni siquiera con la medicina que ideó un chusquero que se llamaba Palmiro: pegarle otro tiro al oído para ver si con el reclamo del primero volvía del más allá. No volvió, pero Palmiro estuvo en prevención más tiempo que el que tardaron en rehacerle la oreja al recluta, para que los padres no protestaran más de la cuenta cuando vieran el cadáver.

La furgoneta disminuía la marcha y en seguida se detuvo.

—Aquí podemos soltarlo —dijo Molpe, abriendo la puerta y saltando de la cabina.

—Una fiera penosa —reconocía Jurial sin dejar de acariciar al can— que tiene los cables cruzados y sufre la desgracia de ser lo que no era propio de su naturaleza. Usted va a verlo correr en plena alferecía nada más que lo soltemos.

Molpe había aparcado en Dordelar. Una bombilla tiñosa palpitaba en el dintel de la venta, entre el leñoso garabato de la parra. En el interior no parecía que hubiese mucha animación.

Bajaron de la furgoneta y Calvado rebulló con cierta inquietud en los brazos de Jurial, antes de que lo depositara en la carretera.

—No hay que demorarse —indicó Molpe, que cruzaba hacia la venta—. La noche se nos echó encima.

La noche había sorbido los oscuros vapores del yermo y sólo en las estribaciones de los ciegos horizontes subsistía el palor de su costra incendiada, como si todavía alguna brasa crepitase en la ceniza.

El can Calvado se erizó ante la cuneta, alzó el hocico como si quisiera respirar el humo de sus dominios, y en seguida su harapiento cuerpo comenzó a temblar hasta convulsionarse.

—Ahí lo tiene —comentó Jurial entristecido—. La fiera en el circo de la desesperación: el pobre can del Muergo.

Saltó la cuneta y, entre los brincos epilépticos, comenzó a aullar y a ladrar, antes de desaparecer.

—El mayor delito de Belisco —masculló Jurial—, porque no hay otro más grande que el que se comete con los irracionales y los inocentes. Seis reclutas de una compañía de Anil, cuando hacíamos el campamento, fusilaron un gato: le vendaron los ojos, le dieron el tiro de gracia. Un furriel que se llamaba Meredito los denunció al mando y no voy a decir que les hicieron consejo de guerra, pero ninguno obtuvo jamás el pase pernócta. A Belisco no hay licencia que suspenderle porque no tiene ninguna, el cerrajero opera con la misma impunidad con que Dios le quitó al hombre la costilla para hacer la mujer, sólo que Dios es Dios.

Molpe les llamaba desde la puerta de la venta.

—Hay que echarle una mano con Oscis, porque tiene dolido el intestino.

Cruzaron la carretera. Oscis salía detrás de Molpe con la perilla pegada al pecho, los ojos nublados y las manos sujetando el vientre.

—Me dio miedo verle marchar con Godo —le dijo a Mino—. El Muergo no es un

sitio respetable.

—Ya lo comprobé.

—Aníbal estaba muy preocupado por lo que pudiera pasarle, cuando le llamé. Menos mal que Jurial y Molpe lo encontraron a tiempo.

El sobrino del Mago de Zamanda se dejó ayudar para cruzar la carretera y subir a la furgoneta.

—Quien tiene piedras en el riñón sabe de lo que se trata —comentó sin poder contener un gesto de dolor—. El tracto intestinal se resiente con el acero cuando el rodamiento está averiado. Ahora hay que encomendarse a Isis para que finalmente el recto responda. En el faquirismo hay accidentes, qué le vamos a hacer: el riesgo es parte sustancial del espectáculo.

29. La moral del artista

Cuando la furgoneta se detuvo en la calle Ferrocarril, Mino controlaba a duras penas el aturdimiento, Oscis había padecido un ligero desmayo y, en el vértigo de los baches más despiadados, había resonado el eco de una carambola entre sus jugos gástricos.

—Quien tiene la experiencia de viajar en un carro de combate —comentó Jurial — sabe de sobra cómo las pasó Jonás en el vientre de la ballena. Yo hice diecisiete kilómetros de maniobras con el sargento Aliste, en el campamento de Formera, y le reventaron tres úlceras, de modo que la hemorragia le hacía sangrar hasta por los ojos. Coja usted los mandos, recluta, me ordenó cuando no pudo más, y yo, que del mareo que tenía ni siquiera me daba cuenta de dónde estaba, cogí los mandos, apreté los pedales y fui dando tumbos hasta que el carro paró. Me nombraron en el orden del día porque el carro fue el primero que llegó al objetivo, igual que Jonás a la costa, pero Aliste pasó en banderas tres semanas porque el coronel Linaza dijo que una úlcera o dos o tres no eximen del cumplimiento del deber ni de la responsabilidad del combatiente, y es la suerte que tiene Oscis: que en vez de en el ejército milita en el ilusionismo.

Ayudaron a bajar al sobrino del Mago de Zamanda.

La noche estaba más caldeada entre la carbonilla, y en el vacío de la calle sólo parpadeaba el luminoso del Bar Ferroviario.

—Le echa usted una mano y lo acuesta —sugirió Molpe a Mino—. Nosotros vamos con el tiempo justo y tampoco conviene confiarse, porque Belisco es de los

que no tiran la toalla.

Oscis caminaba hacia el portal con más instinto que orientación y Mino le alcanzó en la oscuridad, ofreciéndole el apoyo de su hombro por los peldaños que llevaban al rellano del primer piso.

—Con tal de que pueda tumbarme me conformo —musitó Oscis—. No hay digestión, es el efecto de un arma encasquillada, hará falta la baqueta.

Mino llamó con los nudillos en la puerta de la Eternidad, pero daba la impresión de que nadie se decidía a abrir.

—Insista y no se desanime —aconsejó Oscis dolorido—. Edesma estará en la cocina, y los pupilos temen en igual proporción al acreedor que al mandamiento judicial.

Cuando se abrió la puerta y Mino sujetó a Oscis, que parecía desfallecer, Edesma ya encaminaba los pasos veloces hacia el pasillo, con la voz contrariada.

—Tanto voy y vengo, tanto quita y pon —mascullaba—. Sale y entra el que menos lo necesita.

La lámpara del vestíbulo emitía un fulgor mortecino. Oscis dio un traspie y estuvo a punto de caer en el suelo. A Mino le costó mucho trabajo sujetarle.

—Los unos y los otros, los que más y los que menos, con las mismas gaitas y las mismas sinfonías.

Se perdió por el pasillo y, cuando Mino logró que Oscis se incorporara, la vieja regresaba sobre sus pasos.

—La mala cara es la peor de las señales —dijo mirando al sobrino del mago—. Ni los días que las lentejas tienen piedras o los garbanzos gorgojos se le pone ese color a quien hace la peor digestión. No se entiende que el oficio de un hombre hecho y derecho sea comer puntas y tachuelas.

—Hay vidas que no tienen contrapartida, Edesma —musitó Oscis, que llevaba la mano temblorosa al vientre, mientras Mino le ayudaba a caminar—. Vidas que heredan el destino del funambulista o del domador de fieras, marcadas por la ley de ese destino sin más alternativa. La mía es de ellas.

La vieja iba por el pasillo y Mino y Oscis la seguían.

—La tuya es de las que no tienen nombre, porque a la hora de comer nunca en la Eternidad te faltó un primer plato. Otra cosa es el circo y sus quimeras. De tuercas y tornillos no se alimenta el ser humano.

—El riesgo es parte esencial del espectáculo y la mortificación pertenece a la moral del artista. Las bolas que tengo en el intestino no son muy distintas a los proyectiles con que el soldado desconocido cumplió con su deber.

Donde el pasillo se bifurcaba, Edesma abrió la primera puerta y dio la luz de la habitación.

—Acuéstelo —le ordenó a Mino—, pero quítele los zapatos para que no ensucie la colcha. Ahora traigo el jarabe y la palangana.

Oscis se tendió en la cama y Mino obedeció a la vieja.

El cuerpo del sobrino del Mago de Zamanda estaba yerto, como si en la quietud encontrara el anhelado alivio. Había cerrado los ojos y cruzado las manos sobre el vientre.

—Madre de la naturaleza entera —musitó, y poco a poco lo que parecía un rezo contribuyó a hacer desaparecer por completo el rictus doloroso—. Señora de todos los elementos, origen y principio de los siglos, divinidad suprema, reina de los manes...

La vieja dejó la palangana en la mesilla y sacó del bolso de la bata un frasco y una cuchara.

—Así pasa lo que pasa —farfulló molesta, mientras vertía un líquido oscuro y espeso en la cuchara—. Con esas encomendaciones ni hay caridad ni misericordia, ni Cristo que lo fundó. Las gaitas de los descreídos son iguales que las sinfonías de los que se encomiendan a las cosas más raras. Ni dioses ni diosas, Dios y su Santísima Madre, y se acabó.

Mino ayudaba a Oscis a alzar la cabeza para que pudiese sorber el jarabe.

—Tres, tres —insistió Edesma, sin hacer caso de la negativa del sobrino del mago, que movía la mano izquierda pidiendo clemencia—. Tres soperas para que la purga haga efecto, o antes piensa uno mejor el número del dichoso espectáculo.

30. La muerta viva

La vieja había apagado la luz y empujaba a Mino fuera de la habitación. Cerró cuando salieron.

—No será el mejor sueño de su vida pero sí el que merece, aunque no le sirva de escarmiento.

—¿No convendría que lo viese un médico?

Edesma caminaba por el pasillo, en la oscuridad que diseminaba sus pasos como si no pudiese controlarlos.

—Duerme y sueña que Merlín Ceballos lo llama al orden y luego, cuando despierta, la purga hace su efecto. La frente se le pone morada y la perilla verde. Si hubiese que cobrarle las pócimas y los caldos ya no estaría en la Eternidad.

La atmósfera de la cocina hervía con el mismo borboteo de los pucheros en los fogones. Edesma revolvió el contenido de uno de ellos y apartó el otro de la lumbre.

—Quite del medio, que en la cocina el que no guisa o friega, estorba, y lo que el hombre estorba en el mundo no es para dicho.

Mino había tropezado con una silla.

—¿Las cosas de Fabio ya las miró? —quiso saber la vieja.

—Las guardé —musitó Mino sin mucho convencimiento.

—Poca curiosidad tendría, pero allá películas, yo bien dije que era lo que de él quedaba, y la de Dolina la única carta que guardó de las seiscientas treinta y cuatro recibidas. Si ese caso hace de lo que se pone en sus manos, a lo mejor no merecía la pena.

Mino se había sentado.

—Claro que merecía la pena —dijo con decisión—. Todo lo de mi tío la merece. Guardé la baraja, voy a leer la carta y a desempeñar lo que dejó en el Monte de Piedad.

—Lo que más apreciaba, lo que más quiso —rememoró Edesma en un suspiro—. Vendiendo la propia vida o dejándola en fianza, si la vida es este trasto que acarreamos por el mundo, porque ya no se sabe lo que cada cual lleva encima, la cruz de uno y otro.

La sombra de la vieja se recortaba como la hoja de una guadaña en el resplandor de los fogones y, en algún momento, Mino la vio desaparecer, diluida en el resplandor, pero no dejó de escuchar su voz.

—Lea la carta: el lamento de Dolina, el llanto de su desgracia, esa pena no admite gaitas ni sinfonías, no hay cosa en el mundo que se compare con tal tribulación.

—¿Por qué la guardó Fabio?

—Léala y lo podrá entender. Si se mató se mató porque no había modo de seguir viva, aunque hay tantas maneras de matarse que algunas ni siquiera exigen quitarse la vida, porque todavía resulta peor echarla a perder con quien más se aborrece. Yo lo que digo es que Fabio no la podía olvidar, pero no fue capaz de perdonarla, y eso lo sabe Eterna mejor que nadie.

—Esta tarde me habló de ella el doctor Delerío Belisco —afirmó Mino, y distinguió el filo de la guadaña que se alteraba en el relumbre.

—Delerío, Delerío... —susurró Edesma con rencor—, delirio debió llamarse, sin más gaitas y sinfonías. ¿Qué se le pierde a nadie en la guarida del desvarío?

—Esa mujer contribuyó a enemistar al doctor y mi tío: una muerta viva que se llamaba Dolina Borla, dijo exactamente Delerío.

—Nada debiera decir quien consiente el suicidio de una pobre desgraciada. A su lado la tiene matándose un día y otro desde hace tantos años, si es que todavía no murió de veras. En la guarida malbarató la juventud y aceptó la condena de su desastre. Belisco, Belisco, basilisco debió llamarse, sin más gaitas ni sinfonías.

Edesma había desaparecido, al menos eso pensó Mino cuando su voz dejó de escucharse y el fulgor de los fogones comenzó a languidecer.

—No entiendo lo que dice... —musitó desconcertado.

La voz de la vieja regresó desde la lejanía de las sombras que agrandaban la cocina en alguna distancia imposible de calcular.

—Entiende el que quiere, del mismo modo que va a ver a Belisco quien le da la gana. ¿Qué se le puede perder a una persona cabal en la guarida del desvarío? Otra cosa es la desgracia y la contrariedad de la que ya lo había perdido todo.

Mino sintió los pasos de la vieja que se adelantaban al reproche de sus palabras: el carraspeo de la voz después de suspirar.

—El cuento de la muerta viva —le escuchó decir, tras el esfuerzo de arrastrar una banqueta para sentarse— es el cuento de la vida de dos amigos que acaba como el rosario de la aurora, lo que es frecuente en esas historias.

El nuevo suspiro de Edesma hizo resbalar unas ininteligibles palabras de lamentación. Luego su mano golpeó la mesa.

—Érase que se era... —dijo como si simulara recordar algo que le habían contado hacía mucho tiempo— un reino con dos ciudades que no se llamaban Ordial y Armenta, porque las ciudades de los cuentos no se deben llamar como las ciudades del mundo. Tampoco se llamaban Fabio y Delerio los dos amigos que se echaron a perder en una de esas ciudades, donde sus padres los habían mandado a estudiar. Si así se llamaran, el cuento no sería tal. No se sabe si uno y otro lo que querían era entender la razón de la vida y la muerte o lo que en ellas corresponde al cuerpo y al alma, porque siendo tan trastos como eran a lo mejor lo único que querían era enredar y, de ese modo, poner el mundo patas arriba y echarse a perder lo antes posible. Las gaitas y las sinfonías de la juventud no hay quien las entienda.

Mino escuchaba la voz de la vieja como un eco cadencioso que resonaba en la oscuridad y, a la vez, tenía la sensación de que las palabras brotaban con una extrema cercanía.

—Con esos telares les vino la obsesión de los muertos, que ya hay que tener ganas, y en el comercio de la muerte perdían las noches que no perdían en las propias casas de perdición, a las que ya eran muy aficionados. Estos reinos esconden el vicio para hacerlo máspreciado, ya se sabe que el vicioso es quien mejor encuentra lo que necesita y, por otra parte, cualquier tierra es tierra de Dios y en cualquiera andan las putas de dos en dos. El caso es que en esas penosas industrias andaban metidos los dos amigos, cuando una noche descubrieron la muerta que los enamoró sin remedio, tanto tanto que nada se dijeron, celosos de lo que cada cual sintiera.

El nuevo suspiro de Edesma coincidió con otro golpe en la mesa.

—Nadie sabe —dijo, bajando la voz— si alguno tuvo la ocurrencia de robar el cadáver, ya que, a veces, los disparates del amor ni la muerte respetan. En el reino de este cuento hay hasta quien, por puro amor platónico, se cortó un dedo y lo mandó a la amada por correo certificado. Disparates que no falten y gaitas y sinfonías menos: el caso es olvidarse de Dios y de su Santísima Madre. En seguida los amigos empezaron a dejar de serlo, ya se sabe que el amor es quien mejor arruina la amistad, no existe disputa más acerba.

La vieja regresaba a los fogones y el filo de la guadaña volvió a brillar.

—¿Qué haría usted —inquirió Edesma desde aquella distancia que sumía la voz

en el borboteo— si no mucho después de hacerse a la idea de que disputar el amor de una muerta es un dislate, se la encuentra viva, pero vivita y coleando? En los cuentos pasa de todo, pero la vida no se queda corta. Dígame lo que haría, si de veras es valiente y se atreve.

Mino se encogió de hombros, asombrado.

—Más difícil se lo pongo —dijo la vieja, que volvía a remover el contenido del puchero—. Viva después de muerta y de descuartizada, porque uno de los amigos del cuento, el basilisco por más señas, hizo con el cadáver todas las perrerías posibles, cosa que el otro jamás pudo perdonarle. Si buscaba el alma o quería robar el corazón como los enamorados que guardan la reliquia de lo que tanto quisieron, vaya usted a saber, yo no me fío conociendo como conozco el paño. Y no piense que el cuento es de miedo, no se equivoque: el cuento es de esa juventud trastornada que jamás se encomienda a Dios ni a su Santísima Madre.

—¿Es que resucitó Dolina? —quiso saber Mino.

—En cuerpo y alma —afirmó Edesma—. Y uno y otro amigo la encontraron por la calle, más guapa y arreglada de lo que nunca hubieran podido imaginar. Cada uno por su cuenta y con su secreto, porque para entonces ya habían partido las diferencias. A Dolina Borla también se le partió en dos el corazón y de ahí proviene su desgracia. En este cuento no se puede decir colorín colorado, porque no acaba: las verdaderas gaitas y sinfonías empezaron entonces.

31. Sola y quieta

Mino supo que se había quedado solo en el borboteo de la cocina, entre las sombras que supuraban un olor de legumbres. Dio algunos pasos desorientados, todavía con la aprensión de chocar con Edesma, pero en seguida se convenció de que su rastro se había diluido.

La vieja era un suspiro que resonaba en todos los espacios de la pensión al mismo tiempo, como si en su ir y venir por las estancias y los pasillos de la Eternidad el suspiro fuese la contraseña de un alma en pena.

—Ay, Ordial, qué poco eres sin el galán que tanto te adornaba —la escuchó exclamar antes de su desaparición.

La puerta entornada no le dio ninguna seguridad para orientarse y menos los escalones que ascendían por el estrecho tramo, pero había salido de la cocina y percibió un resplandor distinto tras la cercana puerta, también entornada, que empujó con sumo cuidado.

Había un fulgor de oro en la penumbra inquieta, un extraño fulgor de metal en la profundidad de aquella habitación, en la que el sueño irradiaba el desasosiego de un imperioso abismo, como si la voluntad de quien estuviera soñando se viese ultrajada por su propia condición soñadora: el destino de una existencia irremediable, de turbias pesadillas y desazones derivadas de alguna desconocida enfermedad.

—Si duerme, el mundo se resquebraja cuando vuelve del sueño —recordó Mino que le había susurrado Meroy la tarde anterior al entrar en la habitación de Eterna—, y a veces pierde el conocimiento. Si está despierta puede estar ensimismada, tan lejos del tiempo y de la vida como su nombre indica.

Eterna dormía y soñaba. Mino distinguió el pequeño lecho en la inmensidad de la alcoba, el cuerpo liviano depositado como una pluma entre los almohadones. La lámpara iluminaba el rostro que al tener cerrados los ojos, y estar privado de la viveza de su mirada, parecía extremadamente marchito. El metal dorado del cabecero refulgía en la inquietud de la penumbra como si reflejase la propia inquietud del sueño: los estremecimientos de aquel cuerpo acosado.

Había un aroma de espliego y menta. La atmósfera produjo en Mino una sensación de sopor y, sólo por un instante, dudó en abandonar la habitación. Iba a hacerlo cuando el cuerpo de Eterna se incorporó y un leve grito brotó en sus labios. En algún lugar de la alcoba estalló un cristal o la grieta de un espejo se abrió unos milímetros.

—No quería molestar —dijo Mino cohibido—. Edesma me dejó solo.

—Ven, ven —le indicó Eterna, mientras volvía a reposar en los almohadones—, no te preocupes, es que dormía y soñaba y siempre despierto asustada. No molestas, me encanta que estés aquí. Échate un rato a mi lado.

Mino caminó hacia el lecho. Los ojos de Eterna perdían el lastre del sueño y perforaban la oscuridad como si mirasen con el conocimiento y la melancolía de

quien acaba de regresar del más allá, su rostro recuperaba un brillo de ópalo.

—Sola y quieta —musitó al oído de Mino, que obedeció a Eterna y se tendió a su lado, apoyando la cabeza en el mismo almohadón—. De niña, de jovencita, de mayor. Mi vida es esta soledad y esta quietud, y el sueño lo que la enfermedad me produce, como a otros la fiebre.

El sopor se había convertido en una emoción que paralizaba el cuerpo de Mino y le proporcionaba esa especie de felicidad física que es el anticipo de cualquier dicha. Cerró los ojos.

—¿Qué sueñas? —quiso saber.

Los dedos de Eterna le acariciaban el cabello, bajaban por la frente hasta la barbilla.

—La misma nariz de Fabio —refrendó, deteniéndose en ella.

Mino aspiró el aroma profundo de la menta y el espliego y le pareció que era un aroma que se relacionaba con el cuerpo de Eterna, el perfume de una piel cristalina.

—Había una vez, hace tanto tiempo que el tiempo ya no existe —musitó ella, como si emulara la voz que le había contado los cuentos de su vida—, una niña que enfermó de la pena que enferman las niñas que se quedan huérfanas. Esa pena de la soledad que una niña no entiende y que, cuando se va haciendo mayor, ya no hay modo de orillar, porque la soledad deja de ser un sentimiento para hacerse una razón de vivir: la única razón de quien no conoce otra. La enfermedad hizo que aquella niña quedara impedida, porque de tanto estar quieta y sola perdió la voluntad de moverse, la idea de ir a cualquier sitio. De ese modo la niña se fue haciendo dueña del tiempo, si entendemos que el tiempo se detuvo con ella, se quedó quieto en su imaginación y en su memoria. Nada sucede, nada pasa, nada discurre, todo es lo mismo en los días y las noches de quien no tiene conciencia del devenir ni el pasado. Esa niña creció pero siempre fue la misma.

Mino cedía al sopor y hacía un esfuerzo para seguir las palabras de Eterna, que no lograba comprender del todo.

—El sueño es la condena —musitó de nuevo a su oído— de esta absurda eternidad, lo que acumula la desgracia de haber vencido al tiempo. Fabio lo entendió así, el único que lo pudo comprender, porque en el sueño se concentra el miedo y lo que se sueña es lo que segrega la inquietud de lo que no se vive, esa terrible carencia de estar en la vida sin que la hagamos nuestra. Un vividor era el único que lo podía entender, no para acercarse a besarme en los labios, como a la Bella Durmiente, sólo para estar conmigo todas las madrugadas y compadecerse.

—¿Y qué sueñas? —volvió a inquirir Mino.

—El desorden —dijo Eterna—. El lastre del sufrimiento y la desgracia, la pena y el miedo de no poder vivir.

Mino se incorporó y Eterna dobló el rostro para recluirlo en el almohadón. El sopor había desaparecido y el perfume era más intenso. De nuevo alguna grieta se agrandó en el vidrio de un espejo.

—Aquella niña —susurró Eterna— se perdió en el bosque de su enfermedad y jamás volvió, porque nunca pudo ser nada.

32. La hermana

Cuando Eterna volvió el rostro, Mino se percató de que la viveza de su mirada provenía de una fuerza interior ajena al tiempo y a la experiencia, de un manantial misterioso que irremediablemente tenía que relacionarse con el sueño, si el sueño era esa fiebre de la enfermedad que irradiaba el bosque de la niña perdida.

—Te pareces mucho —repitió Eterna, acercando otra vez el dedo índice de la mano izquierda a la nariz de Mino.

—¿Vivió aquí veinte años?

—Veinte, sin que nunca dejara de darme consuelo. Ahora debe reposar en el Edén.

Mino sentía en la caricia, que regresaba de la nariz a la frente y volvía a bajar hasta la barbilla, la suavidad cristalina de sus dedos, de su mano. Se había recostado en el almohadón, cerraba los ojos, los abría, atento al ruido de la grieta en el espejo.

—Edesma me acaba de contar el cuento de la muerta viva —dijo—. ¿Era así como lo contaba Fabio?

Eterna detuvo la caricia sobre los párpados.

—A Edesma no le hagas caso. Cuenta lo que se le ocurre y lo que no sabe, lo inventa.

—¿Y tú que sabes de Dolina Borla?

En el silencio de la habitación, entre las sombras inquietas y doradas, el lecho de Eterna navegaba como si fuera imposible rescatarlo completamente del sueño. Mino percibía un movimiento sosegado que otra vez incitaba al sopor, y los reflejos metálicos contribuían a esclarecer un firmamento de brillos errantes.

—Lo poco que contó Fabio y lo que ella decía en la última carta, la de la despedida.

—¿Fue el amor de su vida?

—Entre tantos amores y una vida tan alterada debe ser arriesgado decir que sí. Fue el amor de una juventud enloquecida, el amor que disputaron dos amigos hasta el límite de la enemistad. Ella llegó un momento en que se sintió confundida, eso es lo que yo creo, y no acertó a decidirse, supongo que porque en ese momento estaba tan acosada que no tenía voluntad.

—¿Era de veras una muerta?

La voz de Eterna tomó una levedad que hizo que Mino sintiera de pronto mayor lejanía, como si al sustraer la caricia se hubiese ido de su lado.

—El cuento de Edesma es verdad hasta que la muerta resucita, en cuerpo y alma, como ella dice siempre. Se enamoraron de una muerta, y eso puede cambiarle la vida y el destino a la persona más cabal, cuanto más a unos jovenzuelos disparatados que andaban hurgando en la muerte con no se sabe qué cometido. La Dolina muerta tenía, al parecer, y eso sí me lo contó Fabio, la belleza de las cosas imposibles, la hermosura de lo que está a punto de marchitarse y, en ese límite, concentra todo el esplendor de lo que fue.

Eterna guardó silencio y Mino, por un instante, pensó que de veras se había ido de su lado, que el sueño la había secuestrado de nuevo.

—Hay un punto entre la vida y la muerte que a veces, posiblemente muy pocas, corona la verdad y la belleza de la existencia, de modo que el despojo de lo que somos se mantiene sin rendirse, avalado por ese soplo final que ya concluyó. Es lo que cuentan de los santos o de los que transmigran, como diría Oscis: de quienes mueren con el alma limpia y el cuerpo inundado de su luz. También pasa, por lo que he oído, con algunos que mueren soñando, si lo que sueñan es la eternidad, aunque dudo que sea cierto.

Mino la sintió a su lado, cálida y cercana como si el recuerdo de Fabio la rescatara de la extrema soledad del sueño, y tuvo el deseo de permanecer con ella, de sustituir a su tío en las madrugadas en que le aguardaba como la recompensa de tantas noches infinitas y enfermas.

—La Dolina Borla que en el cuento de Edesma los dos amigos encontraron en la calle, tan guapa y arreglada como ella dice, era la hermana gemela de la muerta. Primero la encontró Delerio y luego la vio Fabio. No se puede decir que ambos se volvieron locos por ella al descubrirla, ya lo estaban. Delerio más que loco, desesperado, convencido de que la muerta ocultaba la vida en aquel cuerpo que mortificaba su deseo y que destruyó buscando lo que ya no existía. Fabio desconsolado, sabiendo que la muerte era el destino de su amor imposible. Y ella, la pobre desgraciada, confundida en el requerimiento de los enamorados, como si el amor que buscaban no fuera de su propiedad, como si la estuviesen usando con la desazón de no saber por qué.

Eterna volvió a callarse. Mino pensó en la carta de Dolina Borla, abandonada en la mesilla de su habitación, y recordó la letra progresivamente deformada en las dos caras de la amarillenta cuartilla: lo que había leído del párrafo final donde la caligrafía, completamente embarullada, mentaba «el último aliento que me queda, que ya no es mucho, aunque espero que suficiente para hacer lo que debo».

—¿Se mató? —quiso saber Mino.

La voz de Eterna tardaba en regresar. Su cuerpo tenía una respiración delicada, como si el sueño la hubiese habituado a un sosiego mortal, propio de quien nada pide

a la vida ni al tiempo en que irremediablemente la vida discurre.

—Hay muchas formas de matarse, como Edesma te habrá dicho, y la que eligió Dolina es la más cruel de todas: la que ni siquiera exige quitarse la vida, sólo entregarla a quien más se aborrece.

En el lecho de Eterna el sosiego derivaba de su respiración y de su voz, y Mino sentía la bonanza sobre el navío que surcaba las sombras en la soledad y la quietud, como si la alcoba se hubiese desprendido del resto de la Eternidad.

—Esa pobre desgraciada, que jamás sospechó el destino de aquel amor, porque ellos nunca mencionaron a la muerta, acabó en los brazos del que primero la había enamorado, el más torvo y desquiciado. A Fabio fue a quien de veras quiso pero Fabio no superó el recuerdo del cuerpo que en la muerte arrastraba la belleza de la que es imposible adueñarse, el cuerpo que tanto se le parecía pero que no era suyo. Fabio la rechazó una y otra vez y, al fin, cuando supo que se había ido con Delerio no la quiso perdonar. El amor de tu tío, y éste es un gran secreto que sólo conmigo compartió, siempre fue un amor frustrado, jamás ninguna mujer, de tantas como le quisieron, sació su deseo, porque ninguna pudo borrar de su imaginación el cadáver de la verdadera Dolina.

33. Un saco roto

—Se mete usted donde no le llaman y hace esperar más de la cuenta a quien le anda buscando... —reprochó Edesma cuando Mino, que sintió el sueño reverberar en el cuerpo de Eterna, abandonó la alcoba con mucho cuidado, haciendo todo lo posible por no despertarla.

Quiso contestarle que era ella quien había desaparecido, pero la vieja no estaba dispuesta a escucharle, y Mino la siguió dando un traspié en los escalones y guiándose con dificultad por el tramo oscuro que llevaba a la cocina.

—A Eterna no se la puede molestar —refunfuñaba Edesma—. Bastante tiene la pobre con lo suyo, siendo como es de cristal. Hay que ser más mirados.

—El cuento de Dolina lo cuenta mucho mejor que usted —le alcanzó a decir Mino, antes de que atravesara la cocina y asomara al pasillo por la otra puerta.

—El cuento es el mismo —dijo la vieja, deteniéndose un instante—, con las mismas gaitas y las mismas sinfonías. La moraleja se la cuento yo mejor que ella, porque a lo mejor a Eterna se le suben los colores. Otro galán como Fabio no lo hay en el mundo.

Mino la alcanzó. El pasillo estaba oscuro y tras la puerta de la habitación de Oscis se escuchaba algún ruido, acrecentado por el silencio que inundaba la pensión.

—Se lo diré para que se entere de una vez —decidió Edesma—. La desgracia de Fabio fue comprobar que el amor de la muerta era superior al amor de la viva, ya ve qué dislate, y eso ni a ella ni a sí mismo pudo perdonárselo. Con esos disparates se acaba como ya le dije: como el rosario de la aurora. El galán nunca más pudo amar a una viva, y la pobre Eterna pensó que, a fin de cuentas, una enferma crónica era quien mejor podría suplantar a la dichosa muerta, al menos para que Fabio encontrara algún consuelo, más allá del desorden de sus días y sus noches. Así de simple.

—Y Dolina con Delerio —confirmó Mino.

—Lea la carta y saque las consecuencias, entre las que se encuentra la mala conciencia del galán, que por eso la guardó entre las seiscientas treinta y cuatro, como un tributo de su culpa y de su padecimiento, porque esa chica, a quien todos confundieron, se llevó la peor parte: en la guarida del desvarío, de esclava o de fregona o vaya usted a saber, con un perturbado que no distingue entre la vida y la muerte.

Mino recordó la huida por los corredores del Muergo, la puerta del laboratorio que Delerio intentó que no abriera, aquella impresión de que había alguien en el interior donde la penumbra se derretía en los brillos lóbregos de los muebles y los instrumentos: una presencia sumisa y temblorosa reclinada en alguna esquina, frotando el suelo, buscando algo que se hubiera caído.

—No se le puede dejar solo un minuto —tronó la voz de Aníbal Meroy, que asomaba en la habitación de Oscis—. ¿Cómo se pudo dejar engatusar por el mismísimo Belisco? Si Oscis no le guipa en Dordelar se convierte usted en el rehén de la mejor operación de canje que pueda concebirse: tío por sobrino y a otra cosa mariposa. Nos tuvo en vilo.

Mino avanzó desconcertado y sin lograr contener el acceso de rabia y vergüenza que hacía temblar sus piernas.

—Gaitas las que se digan —aseveró Edesma—, sinfonías las que se quieran. El mundo es un saco roto y Ordial su ombligo. El que más sabe es el que menos entiende y a misa de siete van las ánimas del purgatorio, que son las más necesitadas.

La vieja había entrado en la habitación del sobrino del mago.

—Tenemos que salir pitando —dispuso Meroy—. La digestión de Oscis va para rato, un rodamiento no es una chacina y, además, me parece que Edesma se equivocó de jarabe, los años se pagan con la falta de cálculo y pulso y, ya se sabe: a más edad más legañas. No piense que Belisco y los suyos renunciaron.

El sobrino de Zamanda permanecía tumbado en la cama, en la misma posición en que le había dejado Mino.

—Hasta que la frente se le ponga morada y la perilla verde no hay nada que hacer —dictaminó Edesma, arreglando la colcha.

Las mismas sombras de la Eternidad se derramaban por la calle Ferrocarril, como

si la pensión surtiera de esa materia polvorienta a los alrededores, a cambio del humo que esparcían las locomotoras de maniobras y que se colaba, con las partículas de la carbonilla, por debajo de las puertas.

Mino vio a Meroy cruzar la calle como una sabandija y dudó en seguirle. La rabia y la vergüenza apuraban el pesar y la indignación, convencido de que ciertamente había cometido un error dejándose llevar al Muergo, pero un error del que en buena medida era culpable aquel chiflado que iba y venía sin la menor explicación, y del que podía temerse cualquier cosa.

—Vamos, vamos —le reclamó, agitando la mano—, que lo que es para hoy no es para mañana, y al que no se mueve se le ve más el plumero que al que va de prisa.

Cruzaron el puente del Nega. La luna se apoderaba de la noche abriendo un agujero por el que se filtraba su fulgor nacarado. Las aguas del Nega estaban sosegadas, pero algo se movía en el interior oscuro de su espejo: algún pez inquieto o el limo derretido entre las melenas vegetales del lecho.

—No ceja, no ceja —dijo Meroy, cuando Mino le alcanzó—. El empeño que pueda tener Belisco es mayor que la ambición de un artista del ramo, no quiero ni pensar en el peligro de que lo hubiera secuestrado.

—Si usted fuese más claro —increpó Mino— y no se anduviese tanto por las ramas...

—No hay claridad en la vida del topo, del mismo modo que sobra en la del beduino. Si andamos escondidos es para hacer lo que debemos, y si hablamos menos de lo preciso es porque a buen entendedor sobran palabras. No era la discreción la ley en la vida de Fabio, pero sí en su muerte.

Más allá del paseo del Miro, que escoltaba la arboleda de los castaños, subía la cuesta del Cenal como una corredera derrotada hacia el espigón de la muralla. Aníbal reanimó el paso y Mino quedó por un momento extraviado en la oscuridad.

—Llegaremos tarde —dijo Meroy—. La campana de San Socilo ya ni se acuerda de cuándo tocó a vísperas. A los vivos no les importa demorarse, pero los muertos tienen las horas contadas.

34. Las bendiciones

La mole del convento, con la cuña de sus desiguales edificios formando una quilla de arruinados ladrillos y tejas desprendidas, asomaba al final de la cuesta como un navío varado en el mar de la vega. Sólo la torre de la iglesia alzaba su señal en el

relumbre lunar, y hasta podía distinguirse un brillo enmohecido en el campanario y la espadaña.

—En esa paz —dijo Meroy sin detenerse— van y vienen del más acá al más allá los frailes de San Socilo, en la misma huerta donde cultivan las lechugas se entierran: el mejor abono orgánico y las hortalizas más sabrosas.

Mino le alcanzó a la puerta del convento.

—Usted toca el timbre tres veces seguidas —le ordenó Aníbal indicándoselo—, ni una más ni una menos, y aguarda hasta que asome el hermano Osumio. Sólo hace falta que le entretenga unos minutos. Le dice que viene a encargarse de unas misas o le da una limosna. Yo voy a ayudar a fray Baldovino porque un cojo no salta como un sano ni un ciego se orienta como un vidente por muy diestro que sea.

Aníbal corrió hacia la calleja que demarcaba la tapia de la huerta del convento.

—Las bendiciones, se sea o no creyente, nunca están de más —había dicho—. Y un fraile de peso es una garantía y una buena coartada, ya que nos quedamos sin esquila ni necrológica.

Mino dudó antes de tocar el timbre. Las pocas veces que se había acercado al convento, algunas acompañando a su madre en Navidad, siempre había tenido la impresión de un edificio destartado en el que los frailes supervivientes moraban perdidos por los corredores y el claustro, mientras los crudos inviernos de Ordial los diezmaban.

Cumplió la orden de Aníbal y escuchó el estrépito de los timbrazos, que resonaban en el interior confirmando el vacío de los tránsitos. Esperó inquieto. Meroy había desaparecido.

Cuando acercó el oído a la puerta, conteniendo la intención de volver a llamar, escuchó los pasos de alguien que se acercaba. Un cerrojo se descorrió raspando la herrumbre.

—¿Es de Dios? —inquirió una voz bastante destemplada.

—De Dios... —confirmó Mino dubitativo.

Un segundo cerrojo se descorrió con más suavidad.

—¿Del Dios de los cristianos o del Dios de los sarracenos, del que llaman Alá?

—De los cristianos —acertó a decir Mino, completamente confundido—. Católico y romano... —aseguró después.

El tercer cerrojo se había descorrido con un golpe seco.

—¿Uno y trino? —inquirió la voz con desafío, cuando la puerta comenzó a abrirse con muchas dificultades.

Mino dio dos pasos hacia atrás.

—¿Uno y trino? —volvió a insistir la voz.

—Tres personas distintas y un solo Dios verdadero —contestó Mino de carrerilla recordando el catecismo.

El hermano Osumio asomó la cabeza y observó vigilante hacia ambos lados de la calle, antes de mirar a Mino.

—¿Donativo, confesión, santos óleos...? —preguntó.

—Unas misas —dijo Mino, sin que la voz le llegara al cuello.

—Las misas al padre Pelfo por la mañana, ahora sacramentos penitenciales y extremaunciones.

Osumio volvía a vigilar la calle.

—Quería hacer un donativo —resolvió Mino, y se llevó la mano al bolsillo del pantalón.

—Usted le quiere tomar el pelo a un lego —dijo el hermano con ira contenida cuando Mino mostró la exiguas monedas—, y no se da cuenta de que la coronilla me llega hasta la frente. ¿Quién le manda, con quién viene?

Mino retrocedió unos pasos.

—Soy devoto de San Socilo... —se le ocurrió decir.

—Lumias y maracas, tunas, puchas, manflas, tusonas y caroncas, no me pierda el respeto que el propio santo baja del altar para correr al perdido. No me lo pierda porque a las pendangas, capulinas y hurgamanderas las huele un chivo pero también un cordero pascual. El vicio no lo sufraga con el donativo.

Mino comprobó asustado que el hermano Osumio salía a la calle y alzaba los brazos con las manos amenazantes fuera de las mangas del hábito.

—¿Quién fue, qué compañía trae? —inquirió furioso—. Repelones, ribaldos, belitreros... —insultó—. Anda con ellos y ellas y no turbes a quien ora.

La voz del hermano tronaba a su espalda, y no estuvo seguro de que no le seguía hasta que dobló hacia el callejón y se detuvo un instante para comprobarlo.

—Se trataba de entretenerlo —escuchó a Meroy—, no de ponerlo furioso.

—Está loco —afirmó Mino, con el corazón en la boca—, loco de atar.

—Si no sacó la faca o el naranjero no había mayor peligro. Parece imposible tener tantas dioptrías, no llevar gafas y ser dueño de esa puntería.

Aníbal también comprobó que no venía.

—No hay moros en la costa, fray Baldovino —avisó después, pegado a la fachada del convento desde donde arrancaba la tapia de la huerta.

—No me fío —dijo una voz en las alturas—. Osumio es más cancerbero que ostiario y se chiva al padre maestro hasta de la gallola del último novicio.

—Vamos, por Dios —urgió Aníbal—, que no podemos perder toda la noche.

Por una ventana del primer piso asomaba el fraile y en unos segundos le vio Mino descolgarse con extraordinaria destreza, recogido el hábito en el cordón de la cintura.

—Mira que no venga —pidió en el momento más arriesgado, cuando el equilibrio resultaba más difícil porque los salientes de la fachada estaban desprendidos.

Mino obedeció la indicación de Aníbal para asegurarse de que Osumio se había retirado. Fray Baldovino estaba quieto, como un murciélago pegado a la pared.

—No hay moros —confirmó Meroy—. Y ahora —le dijo a Mino— tenemos que colocarnos hombro por hombro, de modo que el fraile baje del cielo sin arriesgar la crisma cuando salte, porque ahí donde lo ve es cojo, pero cojo de candín, de renco, de

claudicante.

35. El desertor

Fray Baldovino aterrizó mal porque quienes le aguardaban no se colocaron en el lugar preciso para amortiguar la caída. Rodó por el suelo y, por un momento, pensaron que se había quedado sin sentido.

—Así se desploman —musitó con gesto contrito— las benditas ánimas del purgatorio.

—¿No se habrá roto algo? —inquirió más voluntarioso que preocupado Aníbal.

—El alma —reconoció el fraile, mientras intentaba incorporarse—, porque el cuerpo no muy distinta acometida sufre una y otra noche, y ya se acostumbró.

—Conviene que nos demos prisa, porque el tiempo que perdamos lo gana quien no lo merece.

Fray Baldovino se sacudía el polvo del hábito.

—Yo correr no voy a correr, Meroy —aclaró—. Y las lumias y las maracas que tanto espantan al hermano Osumio tampoco quiero topárlas. En la costa ya veo que no hay moros, pero conviene saber si el camino está libre.

—A estas horas —convino Aníbal— ya puede haber alguna ocupada, pero nada se pierde por hacer una descubierta.

El fraile dio dos pasos con dificultad y Mino dudó si sería por efecto de la cojera o por el daño de la caída.

—Con que se asome al fondo del callejón —le indicó Aníbal— será suficiente para ver lo que pasa. Fray Baldovino y yo esperamos a que nos avise.

Mino sintió en el hombro el garfio de Meroy, la presión de los dedos huérfanos que le empujaban. El fraile volvía a sacudirse el polvo.

Caminó sin decisión junto a la tapia de la huerta. El brillo de la luna se filtraba en la fronda de los frutales que difuminaban su resplandor. La tapia tenía muchas tejas y piedras desprendidas y en alguna de ellas tropezó con riesgo de caerse.

—¿Es usted mayor de edad? —inquirió sigiloso fray Baldovino a su espalda.

—No, padre —contestó Mino volviéndose.

—Es el sobrino de Fabio —escuchó que aclaraba Meroy.

—¿Pero qué sabe de la vida, de la vida propiamente dicha, no de la que sale en el cine?

—Poco.

—Pues hay que espabilar porque de otro modo le manejan a uno sin que se entere, se puede ser inocente pero no pardillo. ¿Me escucha?

—Sí, padre.

—¿De las mujeres de la misma oyó hablar por lo menos?

—¿De qué mujeres? —inquirió Mino desconcertado.

—De las de la vida, ¿de qué mujeres va a ser?

—Sí, padre.

—Pues vaya de una vez y no se asuste de lo que vea. El mundo es lo que hay en él, y hay de todo como en botica. Algunos aprenden en una noche lo que otros no aprenden en un año. No se demore que Meroy se pone nervioso.

Siguió caminando. La tapia de la huerta doblaba a la derecha y, en ese límite, el callejón estaba más oscuro. Tuvo intención de volver la cabeza para ver si Aníbal y el fraile iban tras él, pero no lo hizo. Asomó a la vuelta y contuvo la respiración para espiar, ya que las palabras de fray Baldovino le habían llenado de recelo. No se veía nada ni se escuchaba a nadie. El callejón estaba en aquel tramo más oscuro.

—No hay nadie —informó tras volver sobre sus pasos.

—Pues a lo nuestro —decidió Aníbal—. Por las mimbreras del soto donde cantan las ranas.

Desfilaron por el callejón. Aníbal a buen paso, dispuesto a recuperar el tiempo perdido, el fraile renqueante e inquieto, y Mino tras ellos.

Apenas habían dado la vuelta a la tapia cuando se escuchó la voz que retumbaba como un eco lastimero en el recodo más oscuro.

—Ay, Baldovo, Baldovo, cómo me perdiste.

—¿De veras no había nadie? —inquirió Aníbal enojado, sin que Mino lograra mostrar su sorpresa.

—Focila —musitó el fraile desolado.

—La misma que viste y calza —aseguró Meroy—, y ni el cliente más comprometido la sujeta. El castigo de Dios, fray Baldovino, tiene que cobrarlo el titular. Yo pago por no escucharla.

—Castigo no de Dios —reconoció el fraile, que alzaba el hábito dispuesto a salir corriendo—, sino del Hado. La mala suerte no la reparte el cielo. Un sambenito es un regalo de la fatalidad, y no toqué madera a tiempo.

La voz era más cercana y según crecía se hacía más imprecatoria.

—Me perdiste, Baldovo, me echaste a perder con todas las consecuencias.

—Déjame en paz, Focila —gritó fray Baldovino indignado—. Ni soy el que dices ni conozco mujer, y ya estoy cansado de repetírtelo.

Mino estaba al lado de Meroy, que se apoyaba en la tapia para ocultar su presencia.

—No te voy a dejar —afirmaba Focila en medio del callejón—, porque perdida estaré perdida, pero no acabada. Lo que Dios ató no lo desata cualquiera, por mucha soberbia que se tenga.

—A Dios no lo mentes en este lugar —exigió el fraile—, porque se te tenía que caer la cara de vergüenza.

El garfio de Aníbal empujó a Mino.

—Vamos poco a poco y sin que se nos vea —le indicó—, porque el fraile se las tiene que arreglar por su cuenta. Ya verá en tres segundos lo que corre un cojo.

Focila había salido disparada y, tras ella, un hombre que reclamaba con el despecho del cliente abandonado. Fray Baldovino ya no era el murciélago colgado de la pared, sino un pájaro nocturno de vuelo vertiginoso.

—El que perdió a esa mujer —contó Meroy mientras caminaban— fue, si se pudiera creerla, uno de esos maridos de si te he visto no me acuerdo. La misma noche de la boda la abandonó, después de cumplir con el débito conyugal o consumir el vínculo con más prisa y menos tiento que un caco que no sabe lo que quiere robar: uno de esos matrimonios que parecen más un hurto que otra cosa. En los veinte años que Focila buscó al ladrón se fue echando a la vida porque, en estos cuentos, la heroína siempre lleva las de perder. Y un día se arrepintió. Estaba en este mismo callejón, con un cliente lento y poco mañoso y la campana de San Socilo tocó a rebato. Por la mañana fue a confesar al convento y en el fraile que le daba la absolución reconoció al marido desertor. Parece que el tal marido se llamaba Baldo y era cojo de la misma pierna que fray Baldovino de la Valdavia. Desde entonces lo persigue sin tregua.

Mino ya no distinguía a Meroy en la oscuridad. Habían abandonado el callejón y cruzaban el cauce seco de un arroyo en cuya depresión la noche era más espesa.

—No se me despinte —le advirtió—, que a estas horas en la mimbrera a lo mejor ya no cantan las ranas.

—¿Pero tiene razón esa mujer? —quiso saber Mino.

—El mundo está lleno de casualidades y el destino de una persona igual cambia a la vuelta de la esquina que en un confesionario. Yo lo único que considero sospechoso es que la campana tocara a rebato.

36. La huella de la noche

La vega brillaba en el claro de luna: un palor plateado que la hierba parecía desmenuzarse en infinitas pavesas que se iban apagando en la confluencia del soto. Había algunos senderos que la cruzaban y, por la no muy lejana carretera, se movía algún faro incierto o la luz indecisa de la última casa.

Entre los arbustos y las malezas la figura de Aníbal se fue perdiendo sin que Mino comprendiera su insistente merodeo, como si de pronto no confiase en la dirección que llevaba o el instinto le hiciera volver hacia atrás.

—¿Cantan o no cantan? —fue lo último que le escuchó decir, mientras alzaba la mano con los dedos huérfanos, haciendo una señal de atención o advertencia.

—No oigo nada —reconoció Mino, aunque el sigilo propiciaba un eco vegetal de brisas y ramas que provenía de las cercanas choperas.

Por el soto era más difícil caminar y, cuando Mino se convenció de que Aníbal le había abandonado, se detuvo para orientarse. Pensó que lo mejor era volver, manteniendo la dirección de la vega, pero estaba convencido de que el río ya no quedaba lejos y prefirió asomar a la ribera y buscar el camino de las huertas.

—No cantan para que no las descubra —se dijo—. Ni las ranas pueden confiar en este hombre.

Los arbustos y las malezas trenzaban el laberinto que hacía variar sus pasos continuamente y tardó un buen rato en salir del soto y cruzar las mimbreras. Había un camino y un leve declive y el frescor del río llegaba en la brisa antes de que pudieran adivinarse sus aguas.

Fue en ese momento cuando Mino, despejada la inquietud del extravío, tuvo una extraña sensación que le hizo cruzar el camino con el sigilo y la prisa de quien desea, antes que nada, que no le descubran: como si en la posibilidad de ese secreto radicara la de algún extraordinario hallazgo, y pasar inadvertido fuese la condición imprescindible para hacerlo.

Supo en seguida, cuando se ocultó entre los chopos de la ribera, que se trataba de una emoción muy parecida a la que podía sentirse en algunos sueños, una de esas emociones que en lo más secreto segregan un placer de cosas prohibidas, tan intensas que succionan hasta lo que corre por el cauce más íntimo de las venas y que luego, al despertar, dejan helada la conciencia y un desaliento que rompe la vida con la melancolía de lo que no pudimos retener.

—Ni se mueva, por Dios, ni se le ocurra —escuchó que le decían cuando se disponía a avanzar hacia la orilla—. Quédese quieto hasta que le avise.

Obedeció. En el silencio vegetal nada alertaba el rastro de aquella emoción presentida, que la voz había alterado, con el mismo efecto con que una llamada nos destruye el sueño.

—No se engañe —dijo la voz—. Soñando no se percibe este aroma, los sentidos no se conmueven de esta manera. aspire, huelga, dígame de qué rara flor mana, de qué cáliz, de qué corola, de qué gineceo. Ay, Dios, qué mano tuviste con tus criaturas más verdaderas.

Había que afinar el oído para escuchar el murmullo del agua, pero la distancia de la orilla no permitía apreciar el apacible esplendor de la superficie en el registro de la noche. El río, perdidas las distancias urbanas, reencontraba las riberas agrícolas y silvestres y surcaba su destino como si se alejara de la realidad.

—Vaya usted poco a poco hasta el tronco de la bolianas pero ni haga ruido ni respire más de la cuenta —ordenó la voz.

En la atmósfera húmeda había un aroma que Mino no lograba ajustar con ningún recuerdo, pero tampoco desgajar de lo que el sueño imponía en sus emociones más ocultas: un aroma de frutas prohibidas o de flores exóticas o de vegetaciones escondidas que acentuaba la palpitación y el deseo, como si su señuelo contuviera también la placentera turbación de las imágenes soñadas.

El tronco de la boliana tenía un brillo de plata sucia y Mino se arrodilló tras él, conteniendo la respiración, sin atreverse a asomar.

—¿Tres gracias o tres pecados? —susurró a su lado fray Baldovino, que había cruzado entre los árboles como un relámpago—. No se sabe, cada cual despacha la intención de sus deseos o de sus ilusiones, ellas son ajenas a nuestros pensamientos: puras, impuras, hermosas, codiciosas, desinteresadas. Nadie puede negar que Dios las hizo como las vemos y, antes de cualquier valoración moral, se las puede apreciar y admirar como tributos de la creación.

—No veo nada —afirmó Mino.

—No mire con el ojo del deseo, que un fraile hecho y derecho no puede propiciar la perdición de un adolescente, pero póngase de pie, no sea pardillo. Las tiene usted enfrente, donde la arena del Nega es como el oro de Plinio. ¿Nunca le contaron que el río de Ordial llevaba las pepitas más gordas del oro romano? La juventud es un tesoro de ignorancia, parece mentira que sea sobrino de Fabio.

El Nega no brillaba con el oro de Plinio, una plata bruñida se derramaba como un caudal generoso esparciéndose por todos los recodos de la noche. El esplendor lunar reverberaba en el espejo de las aguas, que estaban quietas y sólidas, como si se hubieran vuelto metálicas.

—¿Las ve o no las ve, hombre de Dios? —requirió fray Baldovino, que se había sentado al pie del tronco y alzaba con muchas dificultades la pierna enferma.

—Las veo... —dijo Mino extasiado—. Las veo como nunca pude imaginar, Dios me coja confesado.

—Vamos, vamos, no se rinda tan pronto, no sea meapilas. Dígame cómo son.

Mino había cerrado los ojos y volvía a abrirlos, porque la sensación del sueño le abrumaba.

—La primera, que parece la mayor, al menos la más alta —musitó—, está de espaldas, tiene el pelo suelto y mueve la cabeza a un lado y otro.

—Es Cerisa, la mayor —confirmó el fraile—. El ramo de su pelo es la seda de la soga de quienes por ella suspiran, tantos que no hay otra mujer que haya causado más suicidios en toda la provincia. Pero aguarde a que se dé la vuelta y verá lo que supone la huella de la noche en el cuerpo de una mujer. ¿Ya se la dio?

—Ahora —dijo Mino, atribulado.

—¿Se percata de lo que le digo?

—Dios me coja confesado —volvió a repetir Mino—. El mismo cabello, igual

seda.

—¿Y los pechos y los hombros y los muslos y las rodillas...? —inquirió fray Baldovino entusiasmado—. Señor, Señor, qué tributo, qué poderío, qué honra, qué demostración, y todavía hay bellacos que no creen en ti.

—Ahora la que sale del agua parece muy joven —dijo Mino.

—Y el agua perla su cuerpo de niña, pero no se engañe, en esa edad núbil ya están los frutos maduros, sólo tiene que fijarse un poco.

—Estoy seguro de haberla visto mil veces —confesó Mino.

—Todas las que pudo soñar, no lo dude. Persina es la pequeña, y si distingue sus pechos distinguirá el brote de una semilla en la que, a pesar de su juventud, ya se presiente la gota de leche.

La plata supuraba un resplandor distinto en los cuerpos, como si la carne paliara aquel reflejo de armiño con su tersura más terrosa.

—Se van —anunció Mino desolado.

—Falta Garcela, la mediana, y no está lejos porque el aroma proviene de ella.

—Ahora la veo, está tumbada en la orilla, cerca de los juncos, me parece que la llaman.

—Esto no debiera decirlo un fraile —consideró fray Baldovino—, pero ya que todo proviene de Dios, no nos andemos con zarandajas. ¿Ya sabe a qué huele?

Mino volvió a aspirar y sus sentidos atesoraron el perfume de la noche y el sueño, lo más secreto de su emoción.

—Garcela yace con las piernas abiertas y es la flor de su cuerpo la que derrama este aroma: la flor de la vida, muchacho, por la que su tío Fabio tanto porfió.

—Ya se incorpora —informó Mino—. La vuelven a llamar.

—Pues nosotros nos vamos también, porque no conviene que a tu edad alegres la pestaña más de la cuenta, que luego entre lo que se sueña y no se sueña no se sabe dónde se anda. Las Melchoras son más recatadas de lo que puedas creer porque su padre, Melchor Nidio, el dueño del Edén, no consentiría otra cosa. No son iguales las Nudistas que las Desnudas.

37. La melodía de la existencia

—Donde hay algo que ver siempre hay un fraile —dijo Molpe a la vera del camino, y Jurial corrió a su lado como una sabandija alertada por la misma encomienda.

—Peca mortalmente el que con igual torpeza e intención mira lo que no debe y se solaza viendo aquello que está prohibido. En esta ocasión —ratificó fray Baldovino—, la intimidad de las Melchoras o el baño de las tres Gracias, si viene al caso.

—Usted no miraba —dijo Jurial—. Consentía en el deleite de los ojos como el último mortal de este valle de lágrimas, pero no miraba. Para usted la perfección cristiana nunca es el objeto carnal de la creación. Vamos, fray Baldo, que no comulgamos con ruedas de molino en el batisterio de San Socilo.

—Ni hicimos la primera comunión cuando todavía no nos la meneábamos —afirmó Molpe—. Cuando las Melchoras se bañan no hay ser humano en Ordial que no sueñe con las aguas seminales del Nega. Cerisa, Persina y Garcela son las diosas paganas de esta urbe.

—Mal entendéis la obra de Dios, peor imposible —aseguró el fraile—. Para justificar el deleite carnal mejor vais a la Lamprea o pagáis las lumias de la huerta del convento, más baratas mientras menos grato es el apoyo de la tapia. Gracias o pecado, sólo según la intención de quien mira, ya que peca el ojo que involucra la torpeza de la mirada. Lo que este joven vio para nada perjudica la condición cristiana de su descubrimiento y aprendizaje del mundo, más bien al contrario, y yo bien puedo jurar que sólo por sus palabras columbré la propia gracia de los cuerpos desnudos, a los que tengo por el mismísimo sacramento del matrimonio.

—No jure, fray Baldo —pidió Molpe—, que no hay noche de estío que no venga al soto. Los ojos que ven el milagro se callan y consienten, luego cada cual resuelve como puede la dichosa aparición. En los árboles de la chopera hay tantos intereses solapados que hay quien dice que en Ordial, desde que las Melchoras se bañan en los veranos más tórridos, ya no hay hijos de Ogino, todos son de madera: de los álamos del río.

—Este joven puede atestiguar lo que afirmo, del mismo modo que en alguna otra ocasión el novicio que me ayudó a saltar por la ventana o el mismísimo padre ecónomo, que me acompañó una vez para decidir si era milagro el sueño o sueño el milagro, tras la correspondiente confesión. Vamos, muchacho, aclara la circunstancia para que estos descreídos queden satisfechos, va en ello el prestigio de la orden.

—Fray Baldovino no miraba a las Melchoras —dijo Mino, que caminaba al lado del fraile, mientras Jurial y Molpe comenzaban a correr por el camino—. Era yo el que las miraba —confirmó alorado, sin que el cuerpo de las tres Gracias se difuminara en la plata del río, como si brillara la carne igual que una tea encendida en un recuerdo que jamás podría borrarse de aquel altar nocturno.

—No las miraba porque de tanto verlas se las sabe de memoria —dijo la voz de

Molpe en la distancia.

—Mentira cochina —afirmó fray Baldovino—. Dios es testigo de la inocencia de mis ojos, del mismo modo que de la culpa de mi pasado, si es cierto que fui cocinero antes que fraile, lo que no debo negar.

—¿Y Focila fue su mujer? —se atrevió a preguntar Mino.

—Si yo fuera Fabio te diría que una mujer no es de nadie y un hombre jamás tiene dueño. También te diría que apenas podemos vivir lo que la vida roba a la muerte, y que no hay cielo sin infierno, bien sin mal y placer sin dolor. Como no soy Fabio no te lo digo, pero obra en consecuencia si deseas ser libre hasta donde esta condición nos deja, que siempre es poco.

Fray Baldovino suspiraba y Mino, que caminaba sin mucha conciencia de por dónde iba, no se percató de que el fraile, con la cojera acentuada, no era capaz de seguirle.

—Esos cuerpos lunares son un tesoro secreto —le escuchó decir a sus espaldas—, qué duda cabe: hermosos e imposibles como el deseo que los conforma. Hijos del deseo de quien los procreó, ya ves qué contradicción, del mismísimo Melchor Nidio, dueño del Edén, padre de las Gracias y, a la vez, marido de las mismas, si la lógica humana nos deja comprender que el padre y las hijas yacen en el mismo lecho. Hay hijos de las hijas que por el Edén corretean como los párvulos de la misma tribu y de igual familia, todos de Melchor, que en el Edén mantiene la tradición del pecado original. Ordial también es Sodoma y Gomorra. Supongo que tu tío te lo habrá contado.

—No lo conocí —confesó Mino atónito—. Ni tenía noticia de él hasta que Aníbal me lo dijo.

—Entonces no leíste la leyenda de la medalla romana, del mismo oro de Plinio para mayor gloria.

—No.

—Bueno, eso será mejor que lo descubras por tus propios medios. Fabio te diría que entre sentir y ser, si de la filosofía escolástica hacemos tabla rasa, cosa poco apropiada para un hijo de San Socilo, lo que más conviene es sentir hondamente lo que no se puede ser, lo que es imposible, algo así como llegar a sentir sin ser, lo que fuimos y no, ese más allá tan incierto que el sentimiento involucra en la esencia. No me digas que porque te han cateado en más asignaturas de las debidas, ya que de otro modo no me explico que andes por Ordial en estas fechas, no te enteras de la tostada, porque este pensamiento no es más complicado que una vulgar ecuación. Hay que sentir, amigo mío, y acabar convencidos de que el sentido y el sentimiento son la mejor esencia, y no perder de vista lo que la esencia tiene de perfume, de aroma o melodía de la existencia.

Mino esperaba a fray Baldovino, que parecía arrastrar la pata con especial esfuerzo.

—Anda uno dando clases a los novicios y no hay modo de convencerlos, pero tú

que eres sobrino de quien eres lo tienes fácil. Fabio te diría que con lo que viste y oliste esta noche ya puedes sacar conclusiones.

—No estoy seguro de haber visto nada, apenas de haberlo soñado —confesó Mino, sin salir de su embeleso.

—Todo lo del cuerpo es un río, el alma sueño y vapor... —recordó fray Baldovino—. No eches en saco roto estas cosas que, como ya te dije, a veces se aprende en una noche no ya lo que se aprende en un año, sino en una vida. Pero vamos de prisa que Aníbal se pone nervioso con toda razón: no hay en el Edén tierra sagrada si no se la bendice y, mientras no se demuestre lo contrario, sólo un ministro de Dios puede hacerlo.

38. Los afectos familiares

El cartel que anunciaba el Edén de Melchor Nidio estaba pintado en la pared lateral del merendero y algunas letras difuminaban el nombre del dueño.

Todo el edificio, rectangular y de una sola planta, sobrevivía entre la yedra que trepaba hasta el tejado. La mesas veraniegas del merendero ocupaban la amplia azotea que asomaba al río en el altozano, en el recinto que demarcaba la balaustrada como una proa. Todo el recinto estaba cubierto por una enorme parra, que tendía sus vetustos tentáculos entre los postes y los alambres.

Cuando el fraile y Mino llegaron, vieron la furgoneta de Molpe aparcada en la explanada que limitaba el camino. Las choperas se continuaban en la antigua sirga hasta el precario acceso de la carretera que, algún invierno, dejaba a Melchor aislado en el Edén.

—¿El ágape o la exequia? —quiso saber Melchor, cuando fray Baldovino alcanzó la mesa, donde Aníbal, Jurial y Molpe bebían alegres.

—La exequia primero —opinó el fraile—, pero un vaso para repostar y un momento de alivio. Minuto más minuto menos para sacramentar la tierra no perjudicará al difunto.

—Este chico es el sobrino —le indicó Aníbal a Melchor, que tendió la mano a Mino—. Desde ayer por la noche me viene al rabo y cuando me descuido se pierde. El único pariente.

—Es la mejor credencial —aseguró Melchor—. Fabio fue el rey de estas riberas y el Edén tan suyo como mío, si convenimos que la amistad es un patrimonio que está por encima de todo.

—¿A Focila la despistó como corresponde —quiso saber Aníbal—, o vamos a tener visita inesperada?

—Hay que ver lo que pesa el pasado, fray Baldovo —dijo Jurial, vaciando el vaso que tenía en la mano.

—Pesa el destino, pero mucho más el pecado mortal, y de eso ya os percataréis cuando os llegue el momento. Despistarla con esta pierna es parte de la penitencia que ofrezco a las benditas ánimas.

Meroy le había ofrecido a Mino una silla a su lado y le pasaba un vaso.

—Los moros en la costa —le informó— eran más sospechosos que Osumio y las lumias del callejón, no me ponga a la cuenta el que lo abandonara por el soto, habrá alguna sorpresa, aunque el tiempo que llevamos ganado ya no hay quien nos lo quite.

Meroy guiñaba el ojo. Los dedos huérfanos temblaban ligeramente al alzar el vaso, y Mino pensó que una parte importante de las dos botellas vacías que había en la mesa la había bebido él.

—Un brindis —pidió Melchor, que acababa de descorchar otra botella—, y ya que fray Baldovino quiere la exequia antes que el ágape, vamos a la bendición.

—¿Vamos a brindar sin las Melchoras? —inquirió Molpe.

—Ésas vienen cuando recojan la prole. Ahora brindamos, si os parece, no a la memoria de Fabio, sino a lo que este muchacho representa de la misma: el único pariente que dice Aníbal. Da gusto que esté con nosotros cuando Fabio ya se fue.

Bebieron y Melchor volvió a llenar las copas.

—Una noche —recordó—, estábamos sentados a la orilla del río, mano a mano con una botella de marrasquino, que no sería la primera. La única vez que le vi lloroso y temblón, porque siempre que estaba cargado se crecía como un chopo y, como dice Garcela, se ponía más elegante. Le dio llorona, qué se le va a hacer, todos hemos pasado por lo mismo. Empezó a hablar de mis hijas, de mis nietos, de la herencia que yo dejaba en el Edén, y fue la única vez que me habló de su sobrino: es un chico, decía, tan parecido a mí cuando tenía su edad, igual de triste y espigado y con la misma napia.

Mino sintió los ojos de los presentes clavados en él y estuvo a punto de derramar su vaso en la mesa.

—El de tío es un grado que habría que reivindicar entre los afectos familiares —dijo Aníbal, alzando el vaso entre los garfios—, porque algunos sólo hemos sido sobrinos en la vida, no hijos ni nietos ni siquiera hermanos, tan sólo sobrinos. Yo soy huérfano en la totalidad, pero tuve un tío, viudo y solo, mi tío Muralda, y en lo poco que me duró están resumidos los mejores sentimientos, la generosidad y el aprecio. Ese grado de parentesco, el único que conocí, no lo cambiaría por otro: fue más que suficiente para conocer ese afecto menos egoísta que ninguno, más respetuoso y desprendido.

—Da gusto oírte, Meroy —aseguró fray Baldovino, echando mano de la botella que Melchor acababa de abrir—. A mi tío Cederio le debe la familia el haberse hecho

cargo de los siete hijos de dos hermanos que fallecieron, uno viudo y el otro abandonado por la mujer. Soltero y solo y más bien con poca renta, a los siete sacó adelante, mientras el resto de la familia se llamaba andana. Eso le debe, y más os digo: entre los siete uno salió calavera, pero el día que Cederio murió allí estaba, con el uniforme de legionario y el bigote mojado por las lágrimas.

—Yo no tengo la misma opinión, qué le voy a hacer —dijo Jurial—. Mi tío Osmo arruinó a sus dos hermanos y emigró con los restos de un negocio de lanas. Luego la familia supo, y estas cosas parecen del teatro, que yo y mi primo Jopa éramos hijos suyos, que no sólo no había respetado el negocio, tampoco las cuñadas.

—¿Y cómo lo supo la familia? —preguntó el fraile extrañado.

—Por culpa de uno como usted, ya ve lo que son las cosas. Cuando Osmo murió en un pueblo de Tucumán se confesó con un fraile, que si no era de su orden sería de otra parecida, y le encomendó contar la verdad a la familia. Y el dichoso fraile, que bien podía haberse callado la boca, ni corto ni perezoso escribió una misiva, que para qué voy a deciros la que armó.

—Yo no lo catalogaría en la condición de tío —opinó Aníbal—. Es tu padre, Jurial, putativo o puñetero, pero tu padre.

—No le deis más vueltas —decidió Melchor—. Echo el brindis, que el sobrino diga algo.

De nuevo Mino sintió los ojos de todos, dio un sorbo y se encogió de hombros.

—Sólo puedo decir lo que me hubiera gustado conocer a Fabio.

Persina fue la primera de las Melchoras en aparecer. Era todavía más joven de lo que Mino había adivinado. El floreado vestido flotaba sobre su cuerpo como una caricia de seda y en sus ojos había un brillo azulado, no muy distinto del de los de su padre.

—¿Los acostasteis? —quiso saber Melchor.

—Duermen y Cerisa dice que la cena está lista, cuando queráis la servimos.

—Lo que diga fray Baldovino.

El fraile se puso de pie y comenzó a rebuscar en el hábito.

—La exequia primero, como ya advertí —repitió—. ¿Dónde lo habré metido?

Alzó el hábito mientras todos le observaban interesados. Los bombachos del fraile se recogían en la espinilla.

—Así cojeaba más de la cuenta cuando esa loba me persiguió —corroboró, abriendo la hebilla del pantalón y extrayendo un hisopo de la pernera—. En San Socilo siempre hay un roto para un descosido.

39. Recuerdos funerarios

La luna era el ojo vigía del Edén, el agujero que colaba la mirada de níquel por donde el tiempo filtraba una eternidad de estíos y ensoñaciones que hacían de la noche un reducto de la memoria donde moraban los mejores recuerdos, las cosas buenas de cada día que se perpetúan en la noche para que no perezcan.

—Éste es el Edén que vivió Fabio —había dicho fray Baldovino—, el recodo del Nega que sólo pertenece a los mortales, porque ni Dios y los suyos, que en la inmortalidad tienen su esencia, pueden catar esta precaria felicidad que se consume en los instantes, en lo que procura cada emoción hasta que se desvanece: el Edén de la fragilidad humana.

—Aquí discurrieron las horas livianas de Fabio —habían escuchado sus amigos, en el crecido fervor de las palabras del fraile—, aquellas que fluyen como en el río de la necesidad y el reposo, las que nos liberan de las responsabilidades y el apremio, las que nos hacen pequeños y dóciles, como fuimos en la infancia. Un recodo, que por la gracia de Melchor y sus hijas, no pertenece a la realidad sino al sueño, a la ilusión de lo bueno que perdura en las noches aventureras, cuando, antes de recogerse, viene uno a este lugar y se queda quieto, ajeno al tiempo y a la vida, sujeto sólo a la imaginación de lo que somos y de lo que tanto nos gustaría ser.

Mino sentía a su lado la presencia de las tres Gracias y las palabras de fray Baldovino no acababan de tener una mínima coherencia, como si se derramaran sobre el frente de la balaustrada con la misma indeterminación de tantas homilías como había escuchado en las iglesias de San Froilo o de San Genadio, en los domingos en que su padre le obligaba a comulgar con él.

Recordó que fray Baldovino había preguntado por el lugar donde yacían los restos de Fabio, para proceder a su bendición, y Melchor, que había vuelto a brindar con el concurso de sus tres hijas, caminó hacia la balaustrada, que enfrentaba el río como una proa sobre el destino de la noche, abrió los brazos e indicó el vuelo del alma de Fabio, señalando las ramas de los álamos.

—No descansa —dijo con la voz tomada después de tantos brindis y tantas botellas— donde un mortal pudiera hacerlo, en la sepultura que ocupa lo que un cuerpo reducido por la muerte pudiera ocupar, sino en la totalidad del Edén: del patatal a la tomatera, de los manzanos a los perales, donde las fresas y las cebollas. En el Edén de Melchor Nidio crecen los frutos de una cosecha de abonados sentimientos y emociones libertarias, que el cuerpo de Fabio abona, y éste es el cementerio de una vida que en la huerta encontró el consuelo de su cosecha. Mejores lechugas y berzas que las que comen los frailes de San Socilo.

El hisopo había temblado en las manos de fray Baldovino porque, subido en la balaustrada, el equilibrio resultaba más inseguro de lo previsto.

Las fanegas del Edén se extendían como perlas agrícolas de un camposanto que la luna hacía brillar en su indeterminado contorno de cultivos. No supuraba en ningún

sitio el fósforo de los fuegos fatuos, apenas el verdor de las habas o la morada penumbra de las lombardas.

Fray Baldovino aspergió con el hisopo la totalidad del Edén para que los restos de Fabio, estuvieran donde estuvieran, quedaran postrados en la tierra sacramentada, aunque Mino escuchó la voz de Aníbal como una declaración que confirmaba el secreto del enterramiento.

—Donde ni Dios lo encontraría —dijo, con la voz de quien ya bebió más de la cuenta—, aunque una lechuga podría saber a la colonia que más le gustaba: Agua de Fasgarinas, aroma de romero, si al pecho de la novia no se le cortó la leche.

Cuando comenzaron a cenar se abatió sobre los comensales ese silencio que esparce la melancolía en las despedidas y, en el intento de remediarlo, todos siguieron concediendo mayor atención a la bebida que a la comida, aunque los guisos de Cerisa, que servía con sus hermanas, componían un ágape en el que Mino no lograba optar por el plato más exquisito.

—Las truchas del Nega escabechadas con el laurel y los ajos —decía Cerisa—, pero con el tomillo y la flor del romero dándoles el punto que a Fabio más le gustaba y, por supuesto, pescadas en el pozo de Baldón, porque no en todo el río se crían las mismas. El conejo a la cazadora y los pollos en pepitoria, todo con el punto del mismo capricho, porque a Fabio nunca le gustaba irse de la ciudad, al Edén lo más lejos, pero del campo siempre respiró lo mismo. Las chuletas a la brasa, sin que la pizca de orégano se note pero tampoco sin que falte, y esta tortilla de cebolla que Persina hace mejor que yo, porque no sé lo que me pasa que siempre la cuajo poco.

Fray Baldovino golpeó la mesa con el hisopo y los comensales, que atendían a Cerisa desde el más allá de sus recuerdos funerarios, alzaron la cabeza a un tiempo.

—Flaco favor le hacemos a Fabio si seguimos conturbados —advirtió— y el ágape se queda en los manteles. Nunca nos perdonaría este feo.

—Tú no les hagas caso —le había dicho Garcela a Mino, tomando su plato para servirle de nuevo.

De las tres era la que más le turbaba, porque su cercanía rescataba con mayor prodigalidad el recuerdo de las orillas del río, pero no era el aroma del cuerpo tendido y abierto en el secreto de la noche: era el fulgor de la piel, el brillo de una claridad lechosa que, en el nacimiento de sus pechos, dejaba adivinar la huella azulada de las venas.

—Lo primero que Fabio habrá hecho al llegar al infierno —dijo Melchor— es reclamar lo suyo. Entre otras cosas, un puesto en primera fila. El alma no se vende ni se alquila sin provecho.

—No le van a engañar —convino Molpe, que había abandonado el vaso y bebía, como casi todos, directamente de la botella.

—En tres días un hombre listo como él se percató del modo en que aquello está organizado. Ahora, lugarteniente —aseguró Jurial.

—Nunca se sabe lo que esconde el corazón de cada uno —opinó fray Baldovino

—. Lo que Fabio pinta en el infierno ni se puede imaginar ni es lícito hacerlo. Aquellos tres días pudieron ser suficientes para espantarlo, y una cosa es cierta: el infierno no es el Edén de Melchor, no nos engañemos.

—Tampoco el cielo, fray Baldovo —dijo Jurial—. Esa felicidad de los justos no se entiende. ¿Qué gusto puede dar pasarse la eternidad papando moscas?

Aníbal Meroy se había puesto de pie con muchas dificultades. Le vieron caminar hacia la balaustrada.

—Está aquí —dijo con la voz ronca, y alzó la botella en la mano para lanzarla con mucha fuerza hacia el río—, bebiendo como siempre con nosotros.

40. La serpiente

Lo que brillaba en el Nega era el reflejo de la mirada de ese ojo vigía que perforaba la noche, como si todas las noches blancas del río confluyeran en la memoria de sus riberas estivales.

Mino Mera acompañaba a Persina por el sendero que del Edén bajaba a la orilla más cercana.

—Con la luna llena —le había dicho— no duermen las truchas y algunas saltan como si se cebaran, borrachas de luz e insomnio. ¿Las viste alguna vez?

Antes de los postres había ido con Cerisa a la casa, ayudando a llevar los platos vacíos y las fuentes que, a pesar de los ánimos de fray Baldovino, no estaban diezmadas.

—Si quieres ver a los hijos de Melchor, asómate a la habitación del fondo —le propuso, cuando depositó lo que llevaba en el fregadero de la cocina.

Caminó por el pasillo con menos curiosidad que desconcierto. El pasillo cruzaba tras el mostrador del local del Edén y, en la penumbra, percibió el mármol de las mesas, las sillas recogidas encima de ellas, y aspiró el olor y la humedad del serrín: el escombros fermentado después de barrer el suelo.

Había una cama enorme y seis niños dormían en ella, todos perfectamente acostados y reclinados en la almohada, boca arriba, con el embozo de la sábana como un mantel impoluto bajo sus cuellos.

La luz de la luna estaba mitigada por el visillo, pero era suficiente para distinguir sus rostros apacibles, aunque el desconcierto de Mino se había incrementado y no logró fijarse en cada uno de ellos, sólo en el friso que los compaginaba en un sueño común de repetidos querubines, no muy distintos de los de alguna estampa de las que

tanto gustaban a la abuela Mapa.

—¿A que no los conoces más guapos? —escuchó que le decía a sus espaldas la voz de Cerisa.

Mino mantenía la puerta de la habitación abierta, pero no se había atrevido a entrar. Lo hizo Cerisa y se sentó a los pies de la cama, después de acariciar el embozo de la sábana que, en el centro, tenía unas letras bordadas.

—Suero, Publio, Solutor, Menelao, Argadín y Onero... —enumeró, señalando con el dedo de izquierda a derecha—. De los hijos de Melchor ninguno se llama como él, a las hijas ya sabes que nos conocen por su nombre. ¿A que es verdad que no los hay más guapos?

Mino asintió. Cerisa suspiraba al mirarlos.

—No te vayas —advirtió—, que te voy a dar una cosa.

Se puso de pie, volvió a acariciar el embozo de la sábana y abrió el cajón de una de las dos mesillas que había a cada lado de la cama.

—Es un pendiente —dijo, mientras lo depositaba en la mano de Mino, cuyos dedos temblaban en la penumbra—. No vale mucho, quiero decir que no tiene otro valor que el del recuerdo. Lo guardas si te parece, porque mis hermanas y yo pensamos que a Fabio le hubiera gustado. Cada una tenemos el mismo juego, nos lo regaló él.

—Me parece fatal que lo echas a perder —musitó Mino, dispuesto a devolvérselo.

—Ellas también te lo van a dar. Ahora que Fabio se fue, por nada del mundo volveríamos a ponémoslos, ya te digo que no tienen ningún valor, de otro modo Fabio en alguna ocasión nos los hubiera reclamado: alguna de aquellas noches que no le reía la fortuna, que eran bastantes, no creas.

Cerisa sonreía y Mino guardó presuroso el pendiente, con la sensación doblemente temblorosa de que el tacto de la diminuta perla atraía el recuerdo de su espalda: una gota resbalando por la desnudez donde fray Baldovino adivinaba la huella de la noche.

—Para que te guarde de los malos sueños —dijo Cerisa en un susurro, caminando por el pasillo delante de él—, sin que los confundas con los malos pensamientos, que son los que contienen los deseos, no te dejes engañar.

No estaba nada seguro de que lo que Persina señalaba sobre el agua, lejos de la orilla, en el vértigo de un salto y un chapoteo, fuera una de esas truchas insomnes, borrachas de luz. El Nega bajaba quieto como si la corriente se hubiese espesado hasta cristalizarse. El oro de Plinio, en las arenas ribereñas, se había transformado en una plata cribada que multiplicaba el fulgor de los cristales rotos.

—Tienes que fijarte bien —le había recomendado—, porque saltan cuando menos lo esperas y en el sitio más insospechado. No hay trucha que duerma en una noche de éstas, y algunas se vuelven locas.

El vértigo y el chapoteo se repetía de vez en cuando, y en el cielo que ganaba mayor oscuridad en la lejanía de las últimas choperas también podía distinguirse el

resplandor rayado de una estrella fugaz.

—¿Dónde enterraron a Fabio? —preguntó Mino, mientras Persina indicaba un brillo de escamas que se había encendido y apagado a un metro de la superficie.

—Sólo Melchor y Aníbal lo saben, en cualquier rincón del Edén, pero estoy segura de que le hubiese gustado que lo hicieran en el río. Te comen las truchas, decía, y eres el alimento de lo que más te apetecía: una forma de devolverles el placer que te dieron.

—¿Venía por aquí todas las noches?

Persina había inclinado la cabeza y entre el rumor sosegado del Nega que, en la cercanía de la orilla, semejaba el de un incipiente manantial, Mino creyó escuchar un sollozo.

—Muchas —musitó, mientras se alejaba, y Mino reconoció otra vez las formas soñadas del cuerpo bajo la floreada seda del vestido, y por un momento la vio salir de nuevo del agua en la chopera y adivinó en la profundidad el salto de aquel extraordinario bicho que salpicaba la noche con las escamas plateadas, mientras ella se lo indicaba como el mayor hallazgo.

Volvían por el sendero cuando escucharon algunas voces. Persina, que caminaba unos pasos delante, se detuvo. Mino vio que alargaba la mano hacia él, que le tomaba la suya y que dejaba algo en su palma.

—Cerisa te dio el suyo y yo te doy el mío, no sé si Garcela querrá. Nunca hagas lo que no quieras y no consientas con lo que no desees. En el río te aguardamos cuando quieras volver.

La perla diminuta tembló en sus dedos. La longitud del Nega estaba contenida en el palor de la noche y era como una serpiente que dormía en la espesura del Edén.

41. Las cosas de la vida

No había nadie en la azotea, bajo la parra. En la mesa donde habían cenado quedaban las botellas y los vasos. Persina había corrido hacia la casa y Mino no se atrevió a llamar.

Desde la balaustrada, en la proa del Edén, volvió a mirar el río y escuchó el eco del salto de una trucha.

Fue a la explanada y vio la furgoneta de Molpe aparcada en el mismo sitio. Lo único que le extrañó es que tuviese abierta la puerta trasera. Cuando se había decidido a seguir a Persina escuchó la voz de Garcela que le llamaba sigilosa.

—Vete por el camino, que los encuentras —le dijo—. Es que ha habido problemas, pero no te preocupes y, por Dios, no hagas ruido.

El camino arrancaba a la izquierda de la explanada, en la línea de la antigua sirga y las choperas. Mino sólo dudó un instante.

—Un momento —pidió Garcela y, a pesar de los nervios, Mino sintió otra vez aquella turbación de tenerla tan cerca que rescataba el aroma del cuerpo tendido en la orilla, la claridad lechosa del nacimiento de sus pechos cuando en la cena se había sentado a su lado para servirle—. Tenía que darte una cosa, porque se lo prometí a mis hermanas, pero me cuesta demasiado.

—No lo hagas —aconsejó Mino.

—Es el único recuerdo de Fabio, te lo juro. Ellas lo decidieron, pero yo no estoy de acuerdo.

—No les diré nada.

En la mano de Garcela las diminutas perlas le recordaron a Mino las gotas de leche que manaban de sus pechos henchidos, cuyos pezones humedecían su blusa.

—No te ates a nada ni a nadie —musitó Garcela, mostrándoselas—, pero tampoco seas sólo de ti mismo. Me quedo los pendientes para acordarme también de ti y a mi próximo hijo lo llamaría Belarmino, si no te pareciera mal.

El camino iba entre los chopos, a la vera del río y, según se alejaba, el río quedaba más distante, tendida la chopera sobre las riberas cada vez más frondosas. Vio un coche aparcado al lado de los árboles, en la primera vuelta.

—Mino —escuchó que le llamaban, cuando se acercaba con mucho cuidado.

Molpe estaba sentado al volante, fumando un cigarrillo.

—Es el balilla del doctor —le informó—. Venir tenían que venir, no quedaba más remedio, pero de sorpresa no iban a pillarnos. Yo hago guardia para que no lo utilicen. Les persiguen por ahí abajo, todos menos fray Baldovino, que ha tenido que salir el pobre por pies porque, para que la función fuese completa, también se presentó Focila.

Mino se internó en la chopera.

Las aguas brillaban en la lejanía como si su espejo multiplicara la fronda. Anduvo un rato tan sigiloso como despistado, sin atreverse a asomar a la orilla. Entonces escuchó algunas voces alteradas: un grito, un insulto.

Cuando salió de la chopera vio a Meroy y a Melchor tirando piedras en la orilla. No muy lejos corría Jurial y, delante de él, dos hombres que llevaban con muchísimas dificultades la enorme cesta de mimbre.

—Godo y Luvia —le informó Aníbal—. Dos patas para un mismo banco.

—¿Y el doctor? —inquirió Mino.

—En la madriguera. Los cobardes sólo asoman la gaita cuando no hay riesgo y el campo está despejado. Los secuaces hacen el trabajo sucio. Es igual que en el ejército.

—No podemos perdernos el número —opinó Melchor.

—No podemos —corroboró Aníbal—. Usted —le dijo a Mino— debe entender que la magia sólo es posible con el truco de la razón, y que todos transmigramos las noches en que estamos más puestos de lo debido.

Cuando caminaron delante de él, Mino se percató de que ambos lo hacían con muchas dificultades. Vio la botella que Aníbal llevaba en el bolso de la chaqueta y observó la pericia con que los garfios la tomaban, la abrían y se la ofrecían a Melchor.

Godo y Lubia habían agotado las fuerzas y estaban derrumbados al lado de la cesta. Jurial los amenazaba con una piedra.

—Que haya paz —pidió Melchor, cuando llegó con Aníbal a su lado—. Un trago... —les ofreció después, sin que Godo y Lubia pudieran entenderlo, pero aceptándolo en seguida—, porque todos sabemos lo que es necesidad.

Mino se mantenía en la indecisa distancia, observando al grupo que, con la botella de mano en mano, parecía encontrar un destino ajeno al robo y la persecución. Jurial vino a su lado.

—¿Lo que pesa un muerto es lo que pesa un vivo? —preguntó Aníbal Meroy a los secuaces.

—En canal, sí —dijo Godo sin mucha convicción.

—Los del desierto —opinó Lubia confuso, con los ojos extraviados en el cabrilleo de las aguas—, no, porque la arena los deseca.

—Delerio sabe de muertos más que de vivos, pero vosotros ni eso, no seríais capaces de distinguirlos. Lo mejor es que cojáis la cesta y la tiréis al río.

Aníbal y Melchor vinieron a sentarse con Jurial y Mino. Godo y Lubia se pusieron de pie con mucho esfuerzo. Alzar la cesta les costaba un trabajo enorme.

—Pesán más los muertos —decidió Godo—, porque no se contienen.

—Será verdad —dijo Aníbal Meroy.

Mino observó cómo llevaban torpemente la cesta hasta donde el agua lamía la orilla y allí la depositaban rendidos. Y fue entonces cuando apreció un extraño movimiento en la tapa, como si pugnara por abrirse con cierta suavidad.

—Transmigamos —confirmó Aníbal.

Lipo y Godo tardaron unos instantes en percatarse de lo que estaba sucediendo, y su primer impulso fue arrastrarse por la arena, confundidos y temblorosos. La tapa se alzó con la misma suavidad con que había comenzado a moverse.

—Fabio resucita y sus apóstoles corren a dar la buena nueva —gritó Aníbal, enarbolando la botella entre los garfios—. Id y decirle a Delerio Belisco Bortal que el cuerpo ya no es el mismo porque la vida del que vuelve de la muerte tampoco.

Mino se había puesto de pie.

En la cesta se incorporaba un hombre que vestía un gabán y les daba la espalda. Sus brazos comenzaron a alzarse como dos aspas hasta que sus manos se juntaron sobre su cabeza. Permaneció así unos instantes, los suficientes para que Lipo y Godo comenzaran a sollozar aterrorizados.

Mino cerró los ojos.

El resplandor del río llenaba su memoria y en la extraña emoción de aquel momento todo se confundía con una benigna tranquilidad, como si por primera vez en su vida estuviera seguro de algunas cosas, supiera algo que hasta aquel momento no había sabido.

—Iros de una puta vez —repitió Aníbal, enardecido— y anunciad la buena nueva.

Godo y Lubia emprendían la desbandada como dos pájaros ahuyentados por el disparo del cazador. Corrieron en direcciones opuestas, mientras el hombre de la cesta bajaba los brazos y se daba la vuelta, haciendo una inclinación y saltando a la arena, como el artista que acaba de ejecutar el número en el centro de la pista del circo.

—Eres digno sobrino del Mago de Zamanda —le dijo Melchor a Oscis, mientras iba hacia ellos.

—Digno —reconoció—, pero con el intestino más delicado, el faquirismo cada día me resulta más fatigoso que el ilusionismo puro.

Aníbal le ofrecía la botella. Oscis bebió un largo trago.

—Compruebe —le dijo a Mino— que es el gabán volador. Y más voy a decirle, si de veras usted me cree: ahora mismo me lo quito y lo dejo otra vez dentro de la cesta, echamos la cesta a navegar por el río y luego, más tarde, cuando volvamos a la Eternidad, descubriremos el gabán colgado del perchero, que es donde de verdad lo dejó Fabio.

—Estás inspirado, Oscis —convino Melchor, retomando la botella—, no nos cabe la menor duda.

El agua comenzaba a mover la cesta en la orilla, un leve balanceo como el de las barcas en el puerto.

Mino aceptó la botella que le ofrecía Melchor. Bebió sin cuidado y supo demasiado tarde que era aguardiente.

Oscis parecía decidido a cumplir sus palabras: se quitó el gabán, lo depositó en la cesta, la cerró y la empujó para que poco a poco se la fuera llevando la corriente.

El Nega empezaba a desperezarse bajo un fulgor distinto, como si la madrugada alumbrara las aguas desde su escondite.

—Riberas del Edén —musitó Aníbal Meroy con la voz ronca del alcohol y el sueño—, paraíso de los mortales.

42. El mar del alma

Fue veinte años después de aquellos días de agosto, cuando Mino Mera, que estaba casado, tenía tres hijos y ejercía su profesión de agente comercial en Borela, supo que los tres días que Fabio había estado en el infierno los había aprovechado para venderle el alma al diablo.

Eran los primeros días de un septiembre que arrastraba sin sosiego el fuego del verano, y Mino había ido a resolver algunos asuntos urgentes a la ciudad de Armenta. A Ordial volvía raras veces, sobre todo desde la muerte de sus padres en el trágico accidente de tráfico en la costa de Albera. Tampoco su hermana Lila vivía allí: estaba casada con un abogado de Lomares y era profesora en el Instituto de aquella ciudad.

Armenta no tenía río. Era una ciudad fortificada sobre la estepa gótica, arrasada por un mismo viento que sólo cambiaba de destino en las estaciones crudas: del fuego al hielo con la misma perseverancia y parecido rigor. El tiempo la había rescatado de su reclusión entre las piedras fundacionales y las murallas rotas, y la ciudad moderna se esparcía con un desorden premeditado, huida de sus orígenes como si pretendiera olvidar su conciencia antigua.

Cuando Mino Mera llegó aquella tarde, después de un viaje de cuatro horas en tren, sintió el desánimo del viajero que no logra evitar la emoción del extravío: una emoción melancólica que atenta contra las mismas sensaciones físicas, de modo que todo parece ajeno en lo que somos y miramos, y hasta la maleta tiene un peso especial, como si estuviese llena de las cosas de las que ya hace mucho tiempo nos hubiese gustado habernos desprendido.

Salió de la estación ensimismado, sumido en la ausencia de una lejanía que le desorientó por las calles aledañas. No conocía Armenta con exactitud, pero sí lo suficiente para guiarse hacia el entorno de la ciudadela, donde estaba el hotel en el que habitualmente se hospedaba.

En un bar tomó una cerveza y pensó que tenía que haber cogido un taxi en la estación.

La tarde derivaba con una lentitud extraña, tal vez estaba detenida en ese punto límite en que el oscurecer brota de la suciedad del crepúsculo, del oro viejo y polvoriento que empobrece la luz hasta desgastarla en el horizonte de la estepa.

Volvió a caminar con la misma indolencia y no estuvo muy seguro de haber cruzado alguna de las puertas de la ciudadela, de haberse sentado un momento en algún banco de los jardincillos que limitaban el interior de la muralla en la línea de las almenas.

Tardó bastante en percatarse de que el hombre que caminaba delante de él, por la Corredera del Mercado, lo hacía con el esfuerzo de la vejez reconvertido en una costosa agilidad, como si fuese alguien que había ido perdiendo con los años la ligereza de los pasos, pero no su intención y su ímpetu.

El hombre había aparecido en la plaza, y Mino le seguía sin ningún ánimo, orientado ahora por la desgana de ir a cualquier sitio y, sin embargo, atraído por aquella presencia: la única en la plaza y en la corredera, cuando la tarde se había

escondido entre las piedras como un bicho medroso, y las sombras crecían voraces.

El hombre entró en una cantina del soportal, que apenas salpicaba con la luz mustia del interior el empedrado, y Mino todavía dio algunos pasos al rebasarla.

Fue entonces cuando supo que lo que le llevaba tras él, sin que ningún recuerdo determinara alguna imagen concreta, era la constancia del brazo derecho inmóvil, con la mano metida en el bolsillo de la chaqueta, mientras el izquierdo se balanceaba al ritmo de los pasos.

No era la primera vez que Mino había seguido a alguien, o se había vuelto de improviso para una comprobación absurda, como si de pronto una aparición anticipara la advertencia de algo remoto: un recuerdo imposible y siempre frustrado.

Dió marcha atrás y entró en la cantina.

Era un local pequeño, casi tan sucio como oscuro. Tenía un mostrador de latón y tres mesas alineadas en la pared de enfrente. El hombre se había sentado en la última, probablemente después de recoger él mismo en el mostrador una botella y un vaso que el cantinero le habría ofrecido.

Mino dejó la maleta en el suelo.

Ahora, aunque la bombilla no ayudaba a iluminar su figura, podía observarle con la suficiente complicidad, orientado por esa certeza con que de veras fraguan las apariciones cuando, además, uno considera que no son completamente casuales, que el destino no siempre se siembra en el azar, porque la vida multiplica los caninos.

—¿Qué toma? —inquirió el cantinero, con la desgana de quien aborrece el oficio.

—Déjeme un vaso, que voy a beber con ese amigo.

Sobre el mármol veteado por la suciedad la mano derecha del hombre sujetaba con sus dos únicos dedos la botella con la que se servía. Mino acercó una silla, se sentó frente a él y alargó su vaso vacío.

—Si se puede invitar a un viejo conocido —sugirió.

Los ojos de Aníbal Meroy se alzaron con parsimonia, tal vez no muy dispuestos a hacer cualquier comprobación, probablemente convencidos de que todo lo que pudieran ver y reconocer ya lo habían visto y reconocido.

—Jamás negué un trago a nadie —dijo, llenando el vaso de Miro—. De lo que se tiene lo mejor es compartirlo y lo que no, no necesitarlo. Yo voy de lo poco a la nada, y cada vez estoy más contento.

Bebieron.

Los ojos de Aníbal tenían la humedad del cansancio y un brillo agotado que les daba mayor lejanía. Mino dudaba que le reconociera, pero la cabeza, en la que las canas se habían apelmazado como cuando se pisa la ceniza, hacía leves movimientos de asentimiento y recuerdo, y cuando los garfios reposaron ligeramente temblorosos sobre el mármol estuvo completamente seguro de que sí.

—Vi el corazón —le dijo, indicando el hueco del muñón entre los otros huecos— en un frasco del gabinete del doctor, aquella tarde que estuve en el Muergo.

—Se colecciona lo que se gana para que la derrota del que perdió sea más penosa.

Yo he perdido mucho, para qué le voy a contar, pero nada tan tristemente como eso: fue una pérdida miserable, no puedo por menos que reconocerlo. El meñique sigue siendo un secreto de infancia y el anular un disparate de juventud, pero la mano no los echó en falta: sólo el corazón me sigue doliendo, mucho más que el del pecho.

—¿Ya no vive en Ordial?

Aníbal había dejado de asentir con la cabeza y su mirada, diluida por los años, quedaba un instante atónita, como si la pregunta la extrapolara del espacio y el tiempo para abandonarla en algún lugar inesperado.

—Vine a lo que probablemente usted vino —afirmó con más desconcierto que seguridad—, pero de Ordial nunca me fui. Los años hacen al hombre de la misma madera que hacen al árbol, sobre todo cuando no hay más intención que seguir creciendo y acabarse. Nunca me gustó moverme más de lo debido.

—¿Y sigue yendo por la Eternidad y el Edén?

Volvía a llenar los vasos.

—Se ve que es usted el que ya no vive allí —afirmó—. La calle Ferrocarril es, desde hace al menos doce años, la avenida Colmero, que es como antiguamente se llamaba el barrio de la Estación, y desde que encauzaron las aguas del Nega y talaron las choperas ya no quedan paraísos en la ribera. Ahora el mundo es lo que se tiene a mano, pero antes no era otra cosa: lo que está a la vuelta de la esquina, lo que se tiene y lo que se recuerda, siempre lo mismo.

—No voy casi nunca —reconoció Mino.

—Pues yo casi nunca salgo —dijo Aníbal—. Ahora había que cumplir finalmente con esta encomienda y, a lo mejor, eso justifica el que, sin haberlo premeditado, estemos tomando juntos esta botella y mañana, después del entierro, cada mochuelo vuelva a su olivo.

Mino observó el gesto paciente y enigmático con que el rostro de Aníbal Meroy se había iluminado, y le recordó en el Edén, aquella madrugada lejana, cuando con más copas de la cuenta se había metido en las aguas del río para empujar la cesta de Oscis, que acabó convirtiéndose en un navío funerario que la corriente arrastró como un túmulo hasta el extremo de las choperas de la otra orilla.

—¿Ha venido a enterrarlo de verdad? —quiso saber.

—Cuando uno muere de mentira —dijo Aníbal—, sólo muere para los que creen esa mentira, pero la muerte es lo único verdadero con lo que contamos, qué le voy a decir, ya no es usted tan joven como era aquel agosto. He venido a acompañarle de veras en el último viaje. Estos años sólo vine a verlo tres o cuatro veces, las que pude.

—¿Era Armenta el sitio más adecuado para desaparecer?

—Cualquiera hubiese valido, con tal de que nadie lo supiera y la muerte fuese la mejor coartada de su desaparición. Pero hacía falta un sitio en que alguien le echase una mano, porque Fabio, y esto es lo que usted no sabe, estaba más enfermo de lo que nadie podía imaginar: enfermo del corazón, una víscera desgastada por el uso y el abuso. En Armenta vivía Pruna Salmila, que de joven lo prohijó, lo mismo que a

Delerio, cuando aquí cometieron todas las tropelías que les vinieron en gana. Y en casa de Pruna, en el mismo Yamul, ha vivido estos años, con la diosa casi tan vieja como él y las pupilas de un negocio que sólo alguien como ella supo ir modernizando. Todas las malas pasadas que en ellos le jugó el corazón, no le hicieron desistir de igual vida, aunque lo que más odiaba era la condición de carcamal, que es a lo que todos estamos abocados, ya me ve a mí.

Mino miraba los garfios de Aníbal que hacían chocar el vaso en la mesa.

—¿Qué hizo de veras en el infierno, aquellos dichosos tres días? —inquirió.

—¿Qué iba a hacer? —dijo Aníbal sonriendo complacido—. ¿Qué podía hacer alguien como Fabio en un sitio como ése? Venderle el alma al diablo. El cuerpo pudo jugarlo y, por desgracia, perderlo, aunque con la suficiente inteligencia para que nadie se lo quedara, pero el alma la vendió. De otro modo no podía haber vivido tanto y tan a gusto. Ahora ya la devolvió a su dueño que, por cierto, fue con él bastante más complaciente que ninguno de sus muchos acreedores. En este caso, la leyenda era la verdad.

El vaso vacío estaba quieto y los dedos de Aníbal se acercaban a la mano de Mino y dudaban sólo un instante antes de propinarle unos leves golpes, más comprensivos que afectuosos.

—Era usted demasiado joven para percatarse —dijo—, pero seguro que no tanto para aprender. La vida nos trae y nos lleva como ella quiere, y hay que dejarse. El entierro ya sabe que es a las diez. Pruna decidió que donde mejor estaba esta noche el cuerpo es en la Funeraria de San Lino, en la calle Monasterio, aunque seguro que usted sigue pensando como yo: mejor que en el Edén en ningún sitio, pero acabar enterrado en Armenta no es lo peor que pudo pasarle a Fabio, a fin de cuentas lo que pierde el cuerpo lo gana el alma y ahora el infierno ya es definitivamente lo suyo. Todos los vividores están allí, lo peor de cada casa.

Aníbal Meroy se había levantado y caminaba hacia el mostrador para pagar la botella.

—Quería enseñarle una cosa —dijo Mino yendo tras él, advertido de las prisas con que Meroy solía desaparecer.

Había sacado del bolsillo interior de la chaqueta un pequeño sobre y, al abrirlo, dejó caer sobre el latón del mostrador una medalla.

Aníbal tardó un instante en cogerla con sus dedos huérfanos, y cuando la tuvo entre ellos no logró contener el temblor de una emoción que todavía le hizo dudar.

—¿Dónde la consiguió?

—Entre las cuatro cosas de Fabio, que me dio Edesma, estaba el resguardo de un empeño. La recobré en el Monte de Piedad.

—Lo que Fabio más quería —dijo Aníbal—, lo más valioso que nunca tuvo.

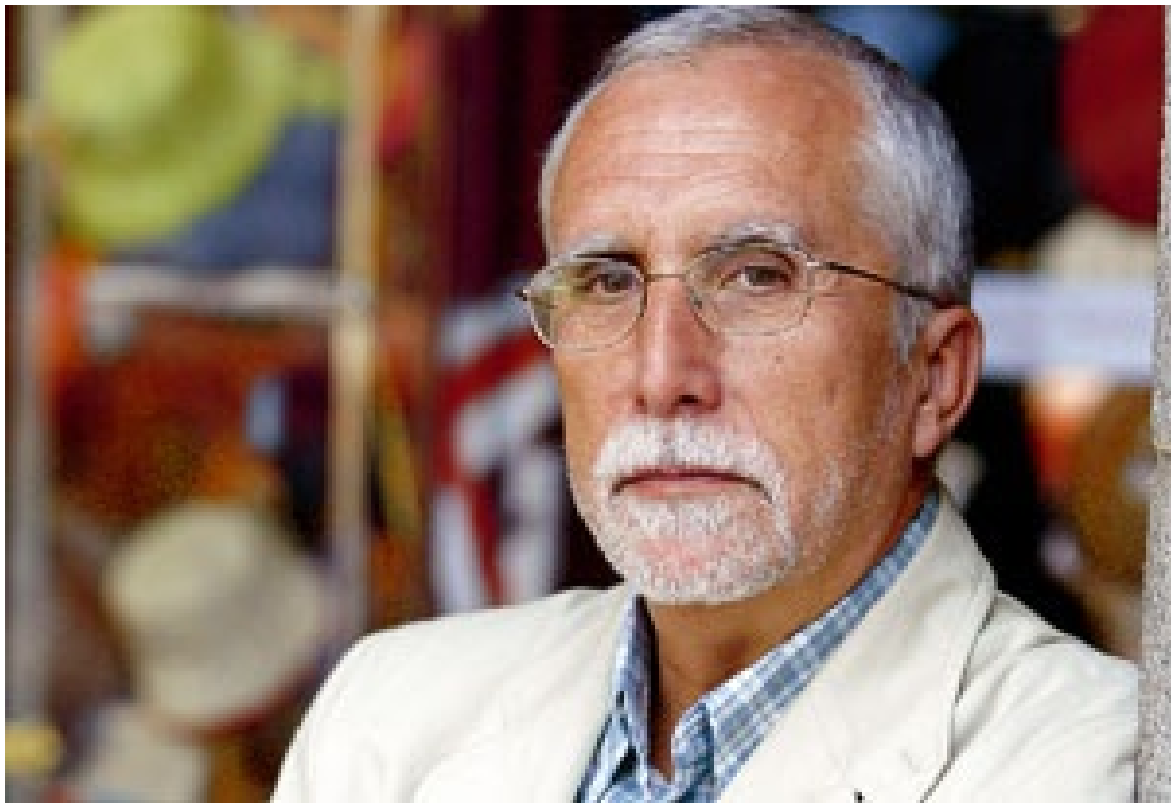
—Sé que es romana... —afirmó Mino— y de oro. El busto del emperador se distingue bastante bien, pero la inscripción está completamente borrada.

Aníbal la dejó en el mostrador y caminó apresurado hacia la puerta.

—*Flumen corporis...* —musitó, volviéndose y alzando el brazo derecho sin lograr contener el temblor de los dedos huérfanos y la emoción de las palabras—. *Mare animae...*

En la noche de Armenta Mino Mera caminó sin destino, con la maleta como el apósito del viajero que no quiere recogerse en ningún sitio.

El río del cuerpo confluía en el mar del alma como la leyenda que sellaba la adolescencia perdida en aquel agosto de hacía veinte años.



LUIS MATEO DíEZ (Villablino, León, 1942) es un escritor y académico español. Estudió Derecho en Oviedo y Madrid e ingresó en 1969, por oposición, en el Cuerpo de Técnicos de Administración General del Ayuntamiento de Madrid. En esta ciudad reside desde entonces alternando la oficina con la creación literaria.

Es autor de, entre otras, las novelas *La fuente de la edad* (1986), con la que obtuvo el Premio Nacional de Literatura y el Premio de la Crítica, *El expediente del naufrago* (1992), *Camino de perdición* (1995), *La mirada del alma* (1997), *El paraíso de los mortales* (1998), *Días del desván* (1999) y *Fantasmas del invierno* (2004). Sus fábulas están reunidas en *El diablo meridiano* (2001), *El eco de las bodas* (2003), *El fulgor de la pobreza* (2005) y *Los frutos de la niebla* (2008). Y todos sus cuentos están recogidos en *El árbol de los cuentos* (2006). Con *La ruina del cielo* (2000) obtuvo el Premio Nacional de Narrativa y el Premio de la Crítica. *Azul serenidad o la muerte de los seres queridos* (2010) es su último libro.

La literatura de Luis Mateo Díez está centrada en la tradición fabuladora de Castilla y León, pero su trascendencia es universal, es dueño de uno de los universos más personales de la narrativa española contemporánea. Escritura forjada desde la meseta, desde la soledad de los páramos más fríos, la obra de Luis Mateo Díez está vacía de moralejas pero repleta de historias sobrecogedoras que van desvelándose a través de un lenguaje empapado de lirismo. Su obra literaria ha sido traducida a numerosos idiomas y, en ocasiones, adaptada al cine.

Es miembro de la Real Academia Española y Premio Castilla y León de las Letras.